

Año XII Tomo XXX Núm. 120

# Ateneea

Revista Mensual de  
Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



23 MAR 1970

## SUMARIO

Enrique Molina  
Oscar Cerruto  
Rafael Pales Matos  
Juan Barros  
María Pascal  
Alejandro Vicuña

*Puntos de vista*  
*Del espíritu*  
*Los combatientes escriben cartas*  
*Penas Negros*  
*Mi caballo «Recuerdo»*  
*Márgenes de Paul Valéry*  
*La Cuaresma de Dijón*

**LOS LIBROS.**—**Leo Par:** *Cicerón*, por Alejandro Vicuña.—**Lautaro Yan-**  
**kas:** *Un libro de Aguilera Malta «Canal Zone»*.—**Arturo Troncoso:**  
*Una novela ecuatoriana*.—**Milton Rossel:** *Hombres*, por Eugenio Gonzá-  
lez.—**C. P. S.:** *Don Diego Portales*, Máximo Soto-Hall.—*Novelas del pára-*  
*mo y de la cordillera*, Sergio Núñez.—*El sueño de mi niñez*, Manuel Bena-  
vente.—**Guillermo Köhnenkamp:** *Exaltación*, por María C. Garay.—  
**Sady Zañartu:** *En torno a un autor premiado*.—**Juan Uribe Eche-**  
**verría:** *Cuentos*.—**Ricardo Tudela:** *«Estampas de la Biblia»*, por Jua-  
na de Ibarbourou.

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — NOTAS DEL MES.

Precio \$ 3.50

Junio de 1935

# Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA

FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago  
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. Su propósito es el de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	3.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

**LIBRERIA NASCIMENTO**

SANTIAGO  
Ahumada 125  
Casilla 2298

CONCEPCION  
Barros Arana 800  
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.  
Publicada por la Universidad de Concepción.

---

---

Año XII

Junio de 1935

Núm. 120

---

---

## Puntos de vista

### Tregua tardía

*Por fin la tregua del Chaco. Tarde, sin duda, porque el acuerdo firmado por los cancilleres en Buenos Aires, el día 12 de junio, pudo ser firmado antes. Antes de la matanza inútil, de la matanza estéril, que mantuvo suspendida sobre América hispana la amenaza de un conflicto continental. Se ha gastado un torrente copioso de tinta, un caudal abundante de buenas palabras. Y a despecho de las ideas democráticas con las cuales el americanismo se enjuaga siempre la boca, la guerra fué la confirmación de que las ideas democráticas no son carne y realidad en esta América tan llevada y traída en sus protocolos por los hilos no siempre visibles de la diplomacia.*

*Para los observadores imparciales, para los que nada tienen que ver con las intrigas o conversaciones secretas, para los que caminan por los senderos de otras actividades, para los estudiantes, para los intelectuales, para los que no poseen otra alcurnia que su propia postura en el escenario americano, esta tregua firmada al tercer año de matanza cuando pudo ser firmada, dos años antes, carece de explicación satisfactoria. No serán los muertos jóvenes que cayeron en las zonas palúdicas del Chaco quienes expliquen el contrasentido en el cual ha naufragado una vez más el concepto de la democracia. No serán las madres ni los huérfanos, los mutilados, o los muertos de sed y de angustia en las espantosas soledades de la planicie chaqueña, los que digan la palabra explicativa*

de este paso tardío de la tregua. Por supuesto que no queremos ahora aminorar los esfuerzos que hicieron los gobiernos para poner término al conflicto, ni se trata de empequeñecer la obra pacifista del gobierno de Chile. No es esa nuestra intención, ni cabría ella entre los márgenes de estos comentarios, que mes a mes, entregamos a nuestros lectores. Simplemente se quiere poner de relieve un hecho singular, casi inconcebible. Los lectores de esta revista conocen los insistentes llamados que desde estas columnas hicimos, a los hombres de pensamiento de América para que unidos en el propósito de defender el patrimonio democrático con que estas nacionalidades surgieron a la vida libre, promovieran en vastos movimientos de opinión, la paz que todos anhelaban. La fibra popular permaneció impasible. Estuvo muda. No se alteró con las sangrientas arremetidas de los ejércitos, ni creyó que su intervención acarrearía modificaciones esenciales en la situación creada por la disputa del Chaco.

Con largas intermitencias se sucedieron débiles movimientos de protesta, en distintas naciones. Organismos aislados, sin fuerza alguna en el ambiente, propiciaron con buena fe indiscutible, algunas ofensivas de paz.

No tuvieron éxito. Faltaba ciertamente, la forma continental, la fuerza moral determinada por vastos movimientos, como una oleada, para que se lograra poner término a esa bárbara matanza que ha afrentado a América, durante tres años. Y en este fracaso reside la decepción de los observadores imparciales. Porque vuelve a encontrarse en el continente, la desunión tradicional, el aislamiento también tradicional de los pueblos, que no se conocen ni se respetan en sus ideas de generosidad o de americanismo. La guerra del Chaco prosperó en medio del repudio general de América; sin embargo, pudo mantenerse durante tres años su tensión bélica. ¿No es esto acaso un contrasentido que hace dudar de la potencialidad humanitaria de estos pueblos, ricos en intenciones, pero lentos y tardíos para la acción rápida y eficaz?

Tal es nuestro punto de vista, que no desconoce los beneficios que la paz traerá, lograda al fin, por los gobiernos mediadores. Pero esta paz no excluye que dejemos constancia de nuestra protesta, especialmente porque la democracia americana ha demostrado a todo lo largo del conflicto que ella fué ineficaz para poner un término a la guerra en los instantes en que más urgente era hacerlo. La economía de los pueblos en conflicto, desangrada y maltrecha, las vidas sacrificadas sin beneficio alguno, puesto que nada noble, nada constructivo, nada ejemplar, tiene sentido grande y substantivo en esa guerra—los heroismos individuales son de todas las guerras y ya no interesan ni sirven a la humanidad—las repercusiones largas y angustiosas que determinará a través del tiempo, las dificultades que sobrevendrán más adelante y los peligrosos vaivenes de la preparación misma del clima de paz, son otros tantos motivos que aconsejaban con impostergable energía, la cesación de la guerra, mucho antes de la fecha en que los mediadores se reunieron en la capital argentina.

Celebramos la tregua como un acontecimiento grande en la vida de América. Y pueda ser que este continente, aproveche las lecciones amargas que se desprendieron del conflicto mismo, y las lecciones también dignas de ser sutilmente pesadas de la falta de solidaridad de las fuerzas democráticas de las naciones que no pudieron o no quisieron promover con anterioridad, los impulsos que habrían terminado antes con la incongruente matanza del Chaco.

## Del espíritu <sup>(1)</sup>



**E**STE tema del espíritu es apasionante. ¿Qué es el espíritu? ¿Es una substancia, una causa, una función, una mera palabra acaso, o un resultado sin substancia de las actividades de la vida? Es una de las palabras con más sentidos y de más variados usos del lenguaje humano. Es más rica en sugerencias que su sinónimo alma y parece que tuviera un poder mágico sobre la emotividad de los hombres.

En las parejas de términos positivos y negativos que forman una de las texturas del lenguaje se contraponen, preferentemente, espíritu a materia y alma a cuerpo; pero no hay ninguna razón para que los términos que se presenten como correlativos sean espíritu y cuerpo.

Estas voces sirven para expresar una dualidad en el ser humano en que se ha creído desde los tiempos más remotos. Rastreando el origen de esta creencia junto con el de otras de religiones primitivas se llega también

---

(1) Capítulo de un libro que se está imprimiendo en las prensas de la Universidad de Chile, sobre la filosofía bergsoniana.

a la concepción de los espíritus, en plural, entidades buenas o malas, que desde entonces son huéspedes de la fantasía del hombre. Pero si se examinan con detención tales creencias se ve que, claramente, no suponen una dualidad de substancias.

A la parte más sutil de las dos que integrarían la persona humana se la ha llamado el *doble*, que más tarde se depurará y alcanzará la categoría de alma.

Los antropólogos y etnólogos han sugerido la hipótesis de que esta creencia se derivaría de la interpretación de hechos inexplicables de otra manera para la mentalidad primitiva. La sombra de la persona no es ni puede ser para el salvaje un fenómeno relacionado con la luz y un obstáculo que la intercepta; es una emanación y desdoblamiento de la persona, es cosa viva ligada a ella por lazos orgánicos y expuesta a daños. Es el *doble*.

Cuando ese hombre ve reproducida su imagen en la linfa de un lago no puede pensar tampoco en fenómenos de la reflexión de la luz. Supone que de sí mismo se ha desprendido una película que le es propia, reproducción sutil de su persona que se está bañando en el agua. Es su *doble*.

Ese hombre sueña mientras duerme y se ve cazando, enamorando o corriendo otras aventuras en lugares más o menos distantes. Despierta y se encuentra en el mismo sitio donde se había puesto a dormir. Lo ocurrido no tiene otra explicación para él sino que, mientras su cuerpo permanecía como muerto, su *doble* salió a vivir

realmente las aventuras forjadas por su fantasía. La vuelta del doble trajo su despertar. De aquí también que se asimile la muerte a un sueño perdurable y el culto de los muertos que es el cuidado de la conservación del cuerpo esperando la posible vuelta del doble ausente.

El concepto del doble ha sido materialista, pero de una materialidad más tenue y diáfana que la del cuerpo.

Dentro del espiritualismo corriente subsiste esta noción del espíritu y a éste se le imagina como una substancia leve, difusa, vaga, ingrávida. Aparece y desaparece sin dejar rastro como un vaho. Es el aliento de los vivos y el ánima de los muertos. Es una especie de gas. Al respecto ha ocurrido también un intercambio de designaciones. A principios del siglo XVII, a los gases, que empezaban a ser conocidos, se les llamaba *espíritus*. El ácido clorhídrico era el espíritu de sol; el ácido carbónico, el espíritu silvestre; el hidrógeno, el espíritu inflamable. La palabra *gas* es de origen holandés y en este idioma espíritu se dice *Geest*, término casi igual al alemán *Geist* con que se designa el mismo concepto.

Espíritu y alma son, en gran parte de su significado, expresiones sinónimas. Dentro de la metafísica espiritualista con ambas se designa al principio activo de la conciencia y del cuerpo. Se puede distinguir, no obstante, a alma de espíritu: 1.º en que aquélla contiene la idea de una substancia individual. Sin embargo se ha dicho y se dice «el alma del mundo», manera de



decir muy frecuente de los estoicos y que Platón emplea en el *Timeo*. 2.º En que la palabra espíritu se aplicaría con preferencia a las operaciones intelectuales.

Ortega y Gasset hace una distinción semejante. (1) «Llamo espíritu, dice, al conjunto de los actos íntimos de que cada cual se siente verdadero autor o protagonista. El ejemplo más claro es la voluntad». . . . «El acto en que entendemos con evidencia suficiente una proposición científica sólo puede ser ejecutado por ese centro de mi ser que es la mente o espíritu. Ni con el cuerpo ni con el alma *sensu stricto* se piensa. Es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos y apetitos: lo que vamos a llamar en sentido estricto, alma».

Tratándose de dos términos que lo más probable es que no tengan ningún contenido ontológico, tal vez no vale la pena buscarles distintas ubicaciones tan precisas. Sin embargo, algo de esa diferencia se halla consagrada en el lenguaje y es más propio referir las cosas de la inteligencia al espíritu y las de los sentimientos al alma. Así cabe decir: «lo siento con toda el alma» y no sonaría bien: «lo siento con todo el espíritu». Al revés, se puede hablar del *esprit de finesse*, espíritu de sutileza, y resultaría casi un despropósito referirse a un «alma de sutileza».

---

(1) *El Espectador*. V.

\* \* \*

Bergson <sup>(1)</sup> no se preocupa de puntualizar una diferencia entre alma y espíritu, y en sus lucubraciones emplea de preferencia este último término al que identifica, ventajosamente, para la claridad del sentido, con la conciencia. «Quién dice espíritu, dice ante todo conciencia», son sus palabras. En otra parte expresa: «¿Cómo definir de otra manera el espíritu sino como la facultad, la fuerza de sacar de sí más de lo que contiene, devolver y dar más de lo que recibe?» En estas líneas el espíritu casi queda identificado con el impulso vital, la fuerza creadora por excelencia. El espíritu que obra en el hombre no viene a ser más que una derivación, una emanación, un avatar del impulso vital. Esto, en cuanto a una caracterización genética; pero ya hemos dicho que el espíritu es conciencia y como tal su cualidad suprema es la memoria». La primera función de la conciencia consiste en retener lo que ya no es, en anticipar lo que aun no es. El presente no tiene más volumen que el límite puramente teórico que separa al pasado del porvenir. Puede en rigor ser concebido; en verdad no es jamás percibido. Cuando creemos sorprenderlo ya está lejos de nosotros. Lo que percibimos en realidad es cierto espesor de duración que se compone

---

(1) Nuestro autor trata del espíritu en todas sus obras y particularmente en *Materia y Memoria*.

de dos partes: nuestro pasado inmediato y nuestro porvenir inminente. Sobre este pasado estamos apoyados; sobre este porvenir nos inclinamos: apoyarse e inclinarse así es lo propio de un ser consciente. La conciencia es, pues, un lazo de unión entre lo que ha sido y lo que será, un puente echado entre el pasado y el porvenir». Si examinamos una frase cualquiera, por más corta que sea, por ejemplo: «Estamos estudiando el espíritu», cada sílaba, al pronunciarse, va cayendo en el pasado y se registra en la memoria, y al llegar a la última toda la frase es ya presa del recuerdo. No es presente. «Nuestra vida interior entera, dice Bergson, es como una frase única, empezada en el alba de nuestra conciencia, sembrada de comas, pero en ninguna parte cortada por puntos».

—¿Qué decir de las relaciones de la conciencia con el cerebro?

La experiencia nos muestra, expresa Bergson, que la vida de la conciencia se halla ligada a la vida del cuerpo, que hay solidaridad entre ellas; nada más. Pero hay mucha distancia de aquí a sostener que lo cerebral sea equivalente de lo mental, que se podría leer en un cerebro todo lo que pasa en la conciencia correspondiente. «Un traje es solidario del clavo en que se encuentra colgado; cae si se arranca el clavo; oscila si el clavo se mueve; se agujerea y se desgarrá si la cabeza del clavo es demasiado puntiaguda. No se sigue de aquí que cada detalle del clavo corresponda a un detalle del traje, ni que el clavo sea el equivalente del traje: aun

menos que el clavo y el traje sean la misma cosa. Así la conciencia se halla incontestablemente colgada de un cerebro, pero esto no significa de ninguna manera que el cerebro dibuje todo el detalle de la conciencia ni que la conciencia sea una función del cerebro. Todo lo que la observación, la experiencia, y por consiguiente, la conciencia nos permiten afirmar, es la existencia de una cierta relación entre el cerebro y la conciencia». (1)

Bergson se complace en estos amenos juegos literarios; pero ellos no prueban nada.

—¿Cómo comparar la relación de la conciencia y el cerebro con la que existe entre un traje y el clavo en que está colgado? Si se completa la comparación se verá la inanidad de ella. Descolgado el traje del clavo conserva aquél toda su integridad y se halla más a punto de servir al uso a que está destinado, mientras que no se ha encontrado jamás una conciencia separada del cerebro ni que pueda hacer algo desprendida de la materia orgánica que le sirve de base. «La distinción tradicional del cuerpo y del alma, dice L. Brunschvicg, implica el absurdo de que sería menester trazar un límite entre las funciones del cuerpo y las del alma, límite que tendría que estar necesariamente en el espacio y el alma una vez proyectada en el espacio deja de ser alma». (2)

---

(1) *L'énergie éspirituelle*. Pág. 59

(2) *De la connaissance de soi*. Pág. 187.

Continuando en el desarrollo de su tesis, dice Bergson que el cerebro no puede engendrar imágenes ni contener recuerdos. Estas funciones son propias del espíritu. El cerebro y los nervios no son ellos mismos más que imágenes y no pueden dar lugar a representaciones. El papel del cuerpo, del cerebro consiste en ser centros de acción, la periferia por donde se descarga la actividad del espíritu. El cerebro no es sino una especie de oficina telefónica central.

La esencia del espíritu consiste en ser recuerdo puro. Las sensaciones actuales son las que ocupan porciones determinadas de la superficie de mi cuerpo; el recuerdo puro, al contrario, no interesa a ninguna parte de mi cuerpo. Sin duda engendrará sensaciones materializándose, pero en el preciso momento en que haga eso, dejará de ser recuerdo para pasar al estado de cosa presente, actualmente vivida. El recuerdo puro mientras se mantiene como tal, no participa de las dualidades de la sensación de ninguna manera. También cuando por las conveniencias de la acción el pasado se convierte en imagen, el recuerdo puro abandona su estado de tal y se confunde con cierta parte del presente.

Pregunta inquietante es querer saber dónde se ubica el recuerdo puro; pero esta curiosidad sólo resulta, según Bergson, de nuestra manera de pensar especialmente. Es impropio buscarle domicilio. El recuerdo puro es cosa de la duración, es inextenso y carece de substancia. Se actualiza a través del cerebro para atender a las necesidades de la vida.

He aquí el sólo papel del cerebro dentro de las concepciones bergsonianas. Es órgano de atención a la vida. El espíritu rebalsa del cerebro, como la sinfonía de una orquesta, rebalsa la batuta y los movimientos del director de orquesta que marcan el compás. Como el lente hace confluír los rayos de la luz dispersa en un solo punto, el cerebro concentra las fuerzas del espíritu o del recuerdo puro en los puntos convenientes para la vida. El espíritu que concibe Bergson no se personifica, pues, individualmente ni supone una substancia espiritual. Sin embargo, sugiere nuestro filósofo la posibilidad de una supervivencia espiritual, cuya manera de realizarse es un misterio.

No concibiendo el espíritu en forma de substancia, bien pudiera Bergson aceptar una interpretación monista del mundo. Pero no es así. Para nuestro filósofo el espíritu subsiste al lado de la materia como una energía inconfundible con ella.

Encuentro más aceptables al respecto las hipótesis de Bertrand Russell y Harald Hoffding. El primero denomina a la suya «monismo neutral»; y supone la existencia de una sola substancia que no quiere llamar ni materia ni espíritu. El segundo la llama «de la identidad» y dice que los fenómenos de conciencia y los fenómenos corporales correspondientes forman dos aspectos de una misma cosa mirada por distintos lados e irreductible el uno al otro, como una línea curva o una sección de la superficie de una esfera tienen un lado convexo y otro cóncavo, absolutamente incambiable

el uno por el otro, a pesar de que una misma contextura los sostiene a ambos.

Toda mi experiencia está de acuerdo con esta manera de pensar. No he tenido jamás la intuición de la existencia de un espíritu puro, externo a la vida de mi conciencia. Cuando he tratado de imaginármelo he tenido que materializarlo en alguna forma. Mi noción del espíritu la debo exclusivamente a mi vida interior. Tengo el sentimiento de llevar una vida espiritual cuando pienso, reflexiono: establezco juicios, me ocurre una idea nueva, me deleito en la belleza, practico el dominio de mí mismo, sofreno mis apetitos, hago cosas buenas, quiero y comprendo a los demás.

Con lo dicho, algo hemos avanzado acerca del alto significado que tiene para nosotros lo espiritual en la vida y sobre los ricos sentidos de que es susceptible el término espíritu. Este se nos ofrece desde luego como parte del tesoro lingüístico de que somos herederos y sirve para que los hombres hablen y discurren sobre una multitud de cosas que no entienden bien. Es por lo mismo un término de contenido impreciso. Una de sus aplicaciones más frecuentes consiste en denotar el carácter esencial de una cosa. Así se habla del espíritu de una raza, del espíritu de un pueblo, del espíritu de una época, del espíritu de una obra.

En virtud de la imprecisión de su significado, la palabra espíritu ocupa un término intermedio entre los valores musicales y los propiamente lógicos o conceptuales. La música conmueve y despierta en los sensibles

a ella, emociones de otra manera inefables; pero la vaguedad y amplitud de los estados a que da lugar, hace que cada cual la interprete según su propio sentir y experimente la placidez de encontrar expresado en esas notas imprecisas lo más íntimo de su ser.

Algo semejante ocurre con términos como espíritu y libertad, pongo por caso. Son musicales, imprecisos, se hallan en perpetua irrealización y estamos seguros de que cada vez que se les nombra despiertan algún eco en lo mejor de nuestra naturaleza. Son términos que constituyen un precioso vaso en que vamos decantando nuestros anhelos insaciados de algo superior.

Lo espiritual existe y existirá mientras haya vida humana como una función de nuestro ser, función que supone la actividad orgánica de la substancia primitiva, llámesela cuerpo, materia o como se quiera. Lo espiritual no es principio, sino un resultado que a su vez se convierte en causa. No es la causa eficiente de nuestras creaciones, sino la flor de nuestra actividad creadora que en forma concreta se incorpora en obras y en forma abstracta en valores. Entiendo por valores aquellos conceptos cuya substancia se extrae de la apreciación de las cosas y de los hechos y en los cuales, por referirse a intereses profundamente vitales, se infunde de manera inseparable el calor de los sentimientos.

Pero supongamos que existiera el espíritu en la forma que dice Bergson, como un flúido, una fuerza de indeterminación que, por decirlo así, soplara fuera de nosotros para insertarse en su oportunidad en el cere-



bro ¿Satisfaría tal concepción esa inquietud nuestra que se manifiesta cuando hablamos de las normas del espíritu, cuando ensalzamos sus excelencias y buscamos la elevación espiritual? ¿Cómo suponer que lo más característico del espíritu humano, como ser los valores y las emociones relacionadas con ellos, las emociones de lo bello, de lo bueno y de lo cierto, provengan de una entidad tan difusa y deshumanizada?

¡Ah, no! El espíritu se halla integrado por todo lo que ha hecho el hombre en el campo de la moral, de la ciencia, del arte y de la religión—la obra toda de la inteligencia iluminada, disciplinada y sacudida de emoción—y por lo que aspira a hacer en estos mismos órdenes para continuar perfeccionándose y superándose.

La ejecución de obras bellas, la busca de la verdad, el cultivo de los sentimientos de bondad, de justicia, de amor; el enriquecimiento de los conceptos correspondientes a ellos y su incorporación en instituciones que mejoren la vida y alivien el dolor; los actos nobles y heroicos; la práctica de las más modestas virtudes: estas obras y creaciones constituyen la realidad del espíritu. El hombre es el artífice de ellas y en ellas debe buscar las ejecutorias de su superioridad.

## Los combatientes escriben cartas



SOLO en el primer combate el hombre es capaz de retroceder, de quebrarse. Después lo gana la embriaguez de la sangre.

Yo salí de La Paz seis meses después que tú. El entusiasmo de las despedidas había descendido: ni bandas militares, ni grupos de señoritas con detentes y papel picado. Salimos a las ocho, en medio de un silencio muy poco estimulante. El viaje, tú lo conoces. Primero el Altiplano, tan ancho como triste; aquel día, lluvioso y desolado. En el tren los soldados se esforzaban por espantar la nostalgia, queriendo aparecer despreocupados y alegres. Canciones, risas sin objeto y siempre en carcajada; imprecaciones, vivas, zambra ruidosa. Alboroto de una ebriedad sin alcohol, que no es el alboroto del alma. Su algazara era más bien triste. En Oruro nos detuvimos apenas. Bajo el sol incierto mordía el frío del atardecer los arenales de la pampa. Entramos en Uyuni con aguacero de tormenta—relámpagos y truenos—y las cortinas de la lluvia escoltaron el convoy militar hasta cerca de Atocha. Allí cambia

el paisaje y se insinúa ya el clima de los valles tarijeños. Luego el tren nos dejó en Tupiza, y aquella misma noche partimos en camiones a Villamontes. Los cuarteles no daban abasto para la tropa, de modo que a mí me destinaron, junto con otro contingente, a un *pahuichi*, una construcción rústica de troncos de jacarandá. Aquel día llegué a mi alojamiento después del rancho, dispuesto a descansar; estaba fatigado, y más que fatigado, abatido. Me tumbé, pues, sin desnudarme sobre una colchoneta, pero súbitamente salté como un resorte, dando un grito involuntario. En los travesaños del techo, acurrucadas sobre los palos, como loros, meciendo las colas en el aire, dormitaba una nidada de ratas, que se me antojaron tan grandes como tamandúas. Los soldados a quienes habíamos hallado ya instalados en el *pahuichi* reían indiferentes, pero se opusieron en masa cuando traté de espantar a las asquerosas alimañas. Entonces eché de ver que también los rincones de la vivienda estaban habitados por otros inmundos pobladores: unas arañas peludas y barrigonas con patas altas y quebradas. Yo estaba horrorizado. Y los nervios del simpático me dolían de la tensión. Mis compañeros me daban unas explicaciones que yo no entendía muy bien: la incómoda fauna constituía algo así como la policía higiénica del recinto, organizada contra los mosquitos y otra suerte de bichos venenosos.

—¡Cómo se ve que usted es novicio!—concluían sonriendo con cierta protección.

Disimulé mi repugnancia, pero aquella noche no dor-

mí. Fué mi primera noche de perros de la campaña; después he pasado muchas, pero muy distintas. Había tolerado los piojos, durmiendo sobre colchonetas mugrientas y sudadas; había acostumbrado mi olfato a los malos olores, entre gente sin el hábito del baño y con los pies apestando a cadaverina; había puesto mi piel en contacto con prendas sucias y ya utilizadas por otros soldados enfermos. Pero aquellas ratas encima de mi cabeza y su olor vagamente almizcoso, penetrando hasta la raíz del cerebro, fueron una terrible prueba para mí. ¡Unas ratas inofensivas! Cómo me río ahora. Después las he visto correr debajo de mis piernas, familiarizadas como gozquecillos con la hora de mis comidas.

Pero la resistencia de los sentidos no es más larga que la de los hábitos espirituales. Gradualmente se olvidan, una a una, todas esas adquisiciones de la civilización y la higiene. Primero las camisas limpias, más tarde los calcetines, los pañuelos; y después, insensiblemente el hábito de afeitarse, de lavarse los dientes, de las abluciones matinales, de recortarse las uñas, de trinchar los alimentos. ¿Para qué todo eso? Bah... La educación, el refinamiento. Eso está bueno para los salones; para los comedores iluminados de las ciudades, para la vida confortable. Aquí no hace falta. El mejor día viene una bala y se lleva todo al diablo. Y a la muerte no le interesan demasiado las buenas maneras.

Esta vecindad de la muerte es la que rebaja al hombre. Lo hunde paulatina pero rápidamente en la abyección más degradante.

En el primer combate es todavía el hombre civilizado el que resiste. Es el hombre de la ciudad, cortés, afeitado, sonriente, cultísimo, que lee a los clásicos, se entretiene con el superrealismo, juega golf, baila, sigue los progresos de la ciencia y discute la política europea, el que tiembla con la proximidad de la batalla y siente que el fusil le quema las manos. Suenan los primeros disparos; la tormenta está encima. Volcanes que él no ha visto eructan en la noche mangas de fuego. Truena la artillería, estallan los estoques, la fusilería y las ametralladoras escupen ruidosamente su mortífera carga. Cuerpos humanos saltan a su lado como marionetas, y quedan inertes; miembros mutilados, muñones sanguinolentos, cabezas que han sido separadas del tronco por una ráfaga de ametralladora, caen aquí y allá, vuelan nuevamente en el aire al estallido de una granada que abre el vientre de la tierra; árboles se tumban con pesado estrépito, calcinados por los obuses. El pobre hombre no se pertenece; de sus manos cuelga inútil su instrumento de muerte. El tableteo de las ametralladoras suena en la caja de su cerebro, los quejidos, los gritos, el silbido de los shrapnells, el rezongar de los cañones, todo el estruendo de la batalla se desarrolla allí dentro, en el estrecho escenario de su alma. ¡Qué animal minúsculo y cobarde es él entonces! Pegado a la tierra, sobrecogido por el espanto, se siente de pronto desamparado, instalado frente a lo negro de lo desconocido, indefenso. Un impulso impreciso lo arroja a la encrucijada en que se baten las espadas de todos los

vientos, donde corrientes sin dirección azotan los costados del alma, y el ser, desquiciado, perplejo, inerme, gira sobre su delirio. Ningún arrebató es posible entonces, ningún sacudón capaz de substraerlo a esa caída. La parte iluminada del alma se desmorona; rudas jaurías de incertidumbre acometen a la razón. Y entonces aparece su pobre caos, su interior informe, su desbarajuste elemental. No se trata ya de una introspección, de un llamado más o menos acucioso a la conciencia, sino que es la misma conciencia que amenaza quebrar su geometría, y deja al aire el esqueleto miserable que apenas cubrían falsas apariencias, el barniz de la cultura, la mecánica de la rutina. En el fondo, muy en el fondo de sí mismo, puede adivinar al hombre abstracto, emergiendo de su inmundo lodo, viviendo una vida que no alcanzó él jamás a sospechar; gusano aun, pero lleno de verdadera luz, y al lado de cuyas calientes formas, las suyas, las de todos aquéllos que se exterminan junto a él, aparecen tristemente congeladas. Es el último fogonazo de magnesio que atraviesa la noche de su espíritu doblado y sin gobierno. Suenan disparos aislados; algunas gargantas se desgarran en un gemido. No ha sucedido nada hasta el próximo combate. Y para entonces ya la fiera tiene colmillos nuevos. El fusil ya apunta y se fija sobre una mira. Ahora sabe que allí se mueve el enemigo.

\* \* \*

Recibí tus noticias poco antes de someterme a la operación que, al parecer, ha salvado mi vida. Tus pa-

labras me acompañaron en el curso de todo este período de delirios, de cuchilladas y cloroformo. La persona que me las trajo prometió volver. ¿O es que ha vuelto ya? Con ella te enviaré esta carta, que empiezo a escribir con el cerebro todavía sumido en las tinieblas de la pesadilla. Figúrate que no me acuerdo qué cara tiene; cuando vino estaba yo como a la orilla de la tumba. Los médicos no me daban importancia. Tuvieron que moverse esos resortes que siempre se mueven en estos casos, que los parientes influyentes conocen y que tienen la virtud de conmover la humanidad de los doctores. Bien es cierto que mi caso no era de los menos delicados: un proyectil alojado en las paredes del estómago, creo que una de esas paredes perforada; no sé. Los médicos atribuyen el éxito de la intervención a mi fortaleza física, pero yo pienso que es obra de esa voluntad de vivir que de pronto nació en mí, después de que me hirieron.

Es curioso, querido Mauricio. Durante los combates se le da la menor importancia a la vida; se anula, en cierto modo, eso que hemos dado en llamar el instinto de conservación. No es que se pierda el miedo a la muerte; ésta es una frase que estampan los periodistas que ven la guerra desde sus sillones de la retaguardia, y que nunca podrán tener ni la más remota idea de esta sensación de ausencia, de insensibilidad, de vacío que el soldado padece delante de la muerte. Caen los compañeros al lado de uno, se encogen, quedan quietos, y uno no comprende esa caí-

da, no la siente. Es un accidente, su cuerpo ha tropezado con una bala, una de esas balas con las que uno puede tropezar mientras corre, sin freno, por el despenadero del asalto. Pero el combatiente, si piensa algo, es sin fanfarronería, en esa frase fanfarrona de Melgarejo: **Todavía no se ha fundido la bala que ha de matarme.** Vive; centenares de proyectiles han cruzado cerca de su cabeza, han silbado en su oído, y él vive; granadas han estallado junto a él; la artillería cavaba embudos tan grandes como para ocultar un regimiento. ¡El vive! Los aviones zumbaron sobre el hoyo de su trinchera; el soldado se ha pegado como una raíz a un árbol, inconscientemente, con la vista fija en las evoluciones de los pájaros de acero y ha visto abrirse la tierra y levantarse los árboles con la cabellera de la raíz al aire, las hojas chamuscadas, y la muerte en todo su organismo de verdura; junto con los brazos mutilados de la naturaleza, brazos humanos, miembros sangrantes, jirones de uniformes, todo entrevisto en medio de una niebla de humo de pólvora. ¡Y él vive! ¿Cómo no ha de sentirse, pues, un poco por encima de la muerte? Es arriesgado, ciego, acometedor; el olor de la sangre y el de la chamusquina saturan su cerebro. Su piel es invulnerable, las balas no la tocan. Y un día cualquiera, un día igual a los demás, en que retumba el trueno sordo de la artillería y el tableteo de las ametralladoras barre el pajonal y descabeza las agujas de la maleza, siente un golpecito en el estómago. Trata de seguir corriendo pero cae; desliza su mano entre las ropas: allí hay san-



gre; poca sangre; un escozor de quemadura, y sin embargo sus venas parecen haberse vaciado; lo adormece una lacidud intensa. El combate suena fragoroso en otra parte; el herido ya no le pertenece. Caído allí es como un montoncito de tierra, como una planta; podría morir entonces y no lo notaría él mismo; su muerte sería como un sueño. Pero más tarde despierta y es como si resucitara, como si naciera otra vez, con más exigencias que un ser nuevo. La sed abrasa su lengua, que tropieza con el paladar y es áspera como un trozo de cuero; la fiebre golpea en sus sienes y el dolor muerde fieramente por la boca de la herida. Está solo; el silencio cae a plomo como el sol, pero todo a su alrededor parece abandonado. Piensa si él mismo está desamparado allí, a la orilla de una isla, rodeado de muertos, o si todos los ejércitos que combatían en esos campos malditos han perecido. Y su grito perfora el silencio; su grito de bestia herida, de bestia que quiere vivir; su grito cargado de todo ese miedo que sacude ahora su organismo. Ese hombre que corría entre las balas, ligero y desaprensivo, rozando las mandíbulas de la muerte, es este mismo que ahora se estremece como una hoja. ¡Quiere vivir! Su grito angustioso no es humano y él mismo se infunde espanto al escucharse. Suda copiosamente; se ha tumbado de costado y se arrastra, desgarrándose las ropas, hipando y con la lengua colgante. Su alarido ha despertado otros alaridos, y ahora es un coro de gargantas empavorecidas que lanzan un sonido animal, escalofriante, lleno de ansias de vivir.

Pero no pienses que esto termina con el auxilio de los camilleros; ni con la asistencia del médico de campaña, que suele hundir el escalpelo, sucesivamente, en las carnes de varias docenas de soldados, sin tener siquiera el tiempo necesario para desinfectarlo. No; ese reclamo de vida se agita ya, sordo y persistente, en la sangre del soldado, golpea en cada uno de sus latidos; no ha de abandonarlo más, clavados sus dientes en el cerebro del herido.

\* \* \*

Mi heroico comportamiento, según se dijo, me valió una licencia para someterme a una intervención quirúrgica en La Paz. Un privilegio que no todos alcanzan. Equivale, como comprenderás, casi a tanto como devolverle su propia vida en una orden de Comando.

La Paz, la capital, la retaguardia. Allí hay comodidades, camas limpias, cirujanos con guantes de goma y mandiles impecables; enfermeras de manos amables y suaves, y esa seguridad que da la ciencia cuando se sabe que tiene a su alcance elementos y recursos. Debo confesarte que, aunque no lo parezca, uno no piensa demasiado en la familia; a ratos se la representa como un estorbo. Claro que esto no es, quizá, sino un brote más de egoísmo en su economía animal agostada, que sabe, inconscientemente, que la tranquilidad es otro elemento necesario para su defensa. Porque el egoísmo despierta también ahora con toda su tremenda ferocidad. Desde el avión que ha de conducirme a La Paz, y donde ya

estaba cómodamente instalado, yo veía llegar los nuevos contingentes de hombres sanos y fuertes, y alejarse enseguida hacia donde la naturaleza y los hombres aniquilan a los hombres, y yo amaba, por primera vez mi herida y me complacía, en cierto modo, en el dolor de la desgarradura.

Los diarios, ya lo has visto, me dedicaron columnas encendidas de loas. ¿Para qué me sirve esta gloria? En el fondo, yo me avergüenzo de ella. ¿Qué hice para merecerla? Sinceramente, no lo sé. He matado tal vez, he matado hombres, y aunque te parezca ridículo, me estremezco al recordarlo. Quiero suponer que todo eso no ha sucedido. Y esta gloria me incomoda; me que-man sus elogios. Cuando vienen a verme todas esas señoritas ociosas que forman en las instituciones patrióticas, me finjo profundamente dormido, o débil y fatigado, y si no puedo evitarlo, las escucho con encono, con unas tremendas ganas de echarlas a puntapiés. ¡Qué salvaje! Ellas me miran asustadas y compasivas. ¡Pobre muchacho! El Chaco los trastorna, los cambia, dicen. Mi primo Fulano, por ejemplo, ha llegado que no es el mismo: ¡inconocible! ¡El que era tan divertido, ustedes lo saben!

¿Es que vuelvo a ser aquel escéptico de hace dos o tres años? El mismo, tal vez no. Mi escepticismo de entonces era—si puede decirse—fresco, liviano, impulsivo. Me he quedado mirando muchas veces las caras de los soldados convalecientes o ya convalecidos, y he observado una luz nueva en sus ojos. Que cosa es,

no sabría explicarlo; pero también sus palabras son más escasas y parece que el soldado se las guardara para mejor ocasión. Triste destino el de la generación nuestra. Y es que ahora hay pólvora en nuestro aliento, querido Mauricio. Yo la siento. Mi boca está impregnada de ese sabor secante y azufroso. Una generación con más muertos que sobrevivientes, y éstos con esos muertos pesándoles; con todos esos destinos truncados a cuestras.

\* \* \*

Y a propósito. En una carta tuya, creo que la primera que me enviaste después de separarnos, me hablabas de un Pato Eyzaguirre de nuestras correrías de infancia. Fermín Eyzaguirre estuvo en mi regimiento, la casualidad lo llevó allí. Era Cabo y, como siempre, un desbocado. El cuartel era su ambiente y estaba dentro del uniforme como si hubiera nacido con él puesto. Cosa curiosa: no perdió su buen humor de fisga hasta el primer combate, los primeros estampidos lo desmoralizaron. Su bautismo de fuego iba a ser, también, bautismo de muerte. No cayó en medio de la refriega sino que se hirió él mismo en un brazo. Izquierdistas llaman en primera línea a los que así proceden; el Pato fué, pues, fusilado por izquierdista. Alguien lo había visto, lo denunció. (Otro que acabó de igual manera fué Alfredo Berindoague, aquel estudiante de Derecho que servía el matonaje del gru-

po nacional universitario, ¿te acuerdas? Lo sorprendieron tomando unos polvos de ipecacuana, con el objeto de sostener las apariencias de una supuesta anafilaxia o algo así, con incontinencia y fuertes vómitos). Hay otros procedimientos; por ejemplo, el que se finge loco, demasiado corriente y hasta desacreditado; pernoctar junto a los pantanos infectados por los anofeles; estancar el agua, en último caso, para criar zancudos que fueran a picar a los palúdicos, y a transmitirles después a ellos el mal mediante su flechazo inyectado de parásitos; someterse a un severo régimen de conservas, desdeñando los alimentos vitamínicos, para acarrear la disentería o el escorbuto, lo que, por supuesto, no resulta demasiado difícil. Otros muchos recursos a los que acude la imaginación desesperada de los soldados en su afán de alcanzar su más ambicionado anhelo: ser evacuados a las ciudades de retaguardia. Conozco el caso de aquél que llegó a inyectarse la sangre de un compañero atacado de malaria.

¿Cobardía? ¿Temor a la muerte, de la que tratan de huir por los mismos caminos que a ella conducen? Hum... Fatiga, más bien. Terror a la monotonía, a los corrosivos del aburrimiento, y que hacen desear ardientemente la batalla, la lucha cuerpo a cuerpo, la carnicería feroz y cavernícola. ¿Hay algo más espantoso, hay condena más refinada y dura que esa vida de la trinchera? Un espacio reducido, debajo de la tierra, con el agua hasta las rodillas, a veces hasta la cintura; límite para el cuerpo, que se da de topetones contra los

muros como el murciélago apresado en una alcantarilla; límite para los ojos fatigados de no ver el campo, los horizontes, y con un cielo encima que llega a pesar como una loza; límite para el espíritu que la prisión angosta parece haber amoldado a sus dimensiones. El hombre se educa, así, en la acechanza; y sus músculos no desean otra cosa que saltar afuera, arma al brazo, mordiendo un deseo ciego de matar, de hundir una y otra vez la cuchilla de la bayoneta, como la fiera enceguecida hunde en su víctima la garra; de aspirar el tibio aroma de la sangre como un perfume bárbaro y capitoso.

\* \* \*

Hace poco te hablé de mi primera noche en Villamontes y de mi vigilia bajo las colas oscilantes de una población de ratas. Era el primer choque fuerte del habitante de la ciudad, asignando a este término la representación de todos esos hábitos de una vida superior, limpieza, confort, seguridad, con un mundo que comparten las alimañas, la mugre y los elementos violentos, un mundo en toda su primitividad y que siglos acumulados de civilización le han hecho olvidar hasta un punto que el hombre cree, honradamente, no haberlos conocido jamás. Pero además de esta evidencia, a cuyo contacto queda ya resquebrajada la moral de suyo frágil del hombre ciudadano, hay la otra, la del clima y el paisaje, que la hiere acerbamente. Es la primera contusión seria que padece el que, desde ese instante,

es ya un combatiente, tanto más grave porque afecta a su cuerpo sino a su espíritu.

La naturaleza se abre aquí bárbara e intacta. Y el soplo de la selva, de esa entidad desconocida y siniestra, penetra en el espíritu atribulado del habitante de las mesetas y de los espacios desguarnecidos y lo estremece. Con todas sus armas y sus fuerzas inteligentes, el hombre se siente aquí pequeño, aplastado e indefenso. Poderes desconocidos para él lo acechan desde la manigua. Nubes de mosquitos zumban, renovados, en torno a su cabeza; los de la mañana no son los del atardecer; aprende a reconocerlos por el estrago de su lancetazo. Aprende también a imponer una tiranía a sus necesidades fisiológicas, de acuerdo con las costumbres de los voraces enjambres, cuyas horas de migración ya percibe. Es curioso así ver al soldado, en determinados momentos del día, con las posaderas metidas dentro de una lata gasolinera, o cubierto con unas polleras de mujer que uno no sabe de donde han podido venir. No es más fácil, en cambio, adaptarse a las variaciones violentas y súbitas del clima, al pesado calor que aniquila toda acción y lame el cerebro con lengua de fuego durante el día; al surazo nocturno húmedo, trasminante y contra el que no vale ningún abrigo. Y es frecuente encontrarse con soldados muertos, enterrados hasta el cuello en la arena a la que fueron a pedir abrigo; a veces unas paletadas más de arena para cubrir la cabeza, bastan a su inhumación; por toda cruz un cacto. La naturaleza de la selva es

opresora. Su vigorosa podredumbre penetra en la voluntad y la enferma; en el vaho calcinante de esta vida lujuriosa, intensa, ardiente, el hombre y su voluntad se cuecen como en una hornalla. Ceden sus resortes oprimidos entre los quebrachales como en una prensa; su mirada se enreda en los tuscales lo mismo que una serpentina sin objeto: por todos lados la maraña, el límite, el encierro

Uno se extraña leyendo las cifras que da el periódico de la desproporción entre el número de prisioneros bolivianos y paraguayos. Y la respuesta ahí está. El porcentaje de indios, en esa cifra, es, además, abrumador. Y es que primero el clima, el paisaje, la naturaleza, luego su incomprensión de la causa que defiende, determinan su entrega. No a las balas sino a la selva, a sus arañas peludas y voladoras, a sus insectos, a sus alimañas, al canto nocturno del guajojó, a su humedad peligrosa como una fiebre, a sus poderes infernales en que el indio se rinde. « ¡No tatituy! ». Alza los brazos, deja caer el fusil. El paraguayo no comprende. « ¡Kolla cobarde, sí! ».

\* \* \*

¿Pero escribo para ti esta carta? ¿Te llegará alguna vez? Debes perdonarme si me he dejado arrastrar por esta corriente de impresiones. Veo que ha subido nuevamente mi temperatura. Hallarás, probablemente, algo de mi fiebre en lo que escribo; explícate así su desorden. Muchas veces quise enviarte estas mismas líneas



desde el Chaco; pero ahora veo que no habrían podido ser nunca las mismas. Otro pulso, otras extrañas energías mueven allí el fondo de nuestras almas. Como si dijéramos una vida de túnel, de termite, de alcantarilla, sólo que, además, furiosa y delirante. Recuerdo así que una noche, en medio de un fuego de hostigamiento, sonaron en las trincheras enemigas, a cincuenta metros de la nuestra, los bordoneos de una estudiantina. Una polka paraguaya, y de seguido un vals, un vals vienés cualquiera; lánguido y evocador. Sin acuerdo mutuo cesaron de martillar nuestros fusiles. La noche era clara y caía sobre los pajonales suavemente, resbalando por la luz de sus estrellas; detrás de nosotros se alzaban las islas de monte con sus masas verdeoscuras, y, por primera vez, sin amenazas, domesticadas, casi decorativas. La melodía corría por entre los pajonales como una brisa tibia, venida de muy atrás, de un mundo resplandeciente que fué alguna vez nuestro mundo y que ahora, hundido en el recuerdo, era una hermosa alegoría y nada más. Como sucede en el sueño, así rápida e intensamente, cruzó por la placa del cerebro, escena por escena, la vida de ese mundo, nuestra propia vida, soleada y tranquila, y en la que los episodios más menudos y que uno creía haber olvidado del todo, sepultados en los subfondos del inconsciente, se destacaban con poderosa luz, con luz nueva, conmovedores y llenos de una remota poesía. Y por primera vez también nos examinamos mutuamente, sonrientes y un tanto asombrados: barba crecida y descuidada, ojos hundidos y en

la mirada un brillo sin bondad, que hacía más esquinado la piel sucia, terrosa y el estrafalario revolar de los capotes desgarrados. Sin saber cómo nos hallamos fuera de la trinchera, sobre el pajonal; allí estaban también los paraguayos. Observábamos sus miradas escudriñadoras, aunque afables; nuestros ojos investigaban seguramente de igual modo. Estábamos casi extrañados de hallarnos frente a hombres iguales a nosotros. Les preguntamos si a ellos les sucedía lo mismo. Rieron regocijados. ¡La verdad purita! Parecían tan sucios y andrajosos como nosotros; quizá peor. Cambiamos provisiones: galletas, café, yerba mate, cigarrillos, charque; cambiamos también algunos obsequios «como recuerdo»: boquillas talladas en palo de jacarandá o de algarrobo; detentes, lapiceras, o simplemente botones arrancados a las chaquetas. Cuando nos retiramos a nuestras respectivas posiciones, después de habernos abrazado con sincera simpatía, estábamos hondamente conmovidos. ¡Volvíamos a sentir al hombre moverse dentro de nosotros! Empezaron nuevamente a traquetear las ametralladoras, como con desgano; más tarde la artillería con furia cada vez más creciente. Los bólidos de fuego cruzaban con sordo ruido los espacios y caían sobre la llanura como para rajar en dos pedazos el planeta; a lo lejos, entre las sombras, el monte ardía, de cuando en cuando, en súbitas llamaradas de estruendo, tal si las bocas ocultas de cien volcanes vomitasen lava ardiente sobre la selva. En medio del tableteo de las automáticas, la fusilería desplegaba sus cortinas de muerte, apuntando a

la segura: sabe que donde se abre el fogonazo allí detrás está el objetivo. El suelo trepidaba debajo de los pies; la tierra rodaba, dando tumbos, por un despeñadero. Fué aquella una de las batallas más sangrientas a que me tocó asistir. A las cuatro de la mañana, poco antes del alba, recibimos orden de atacar a la bayoneta las trincheras enemigas; como turbión de exterminio, como avalancha erizada de dientes caníbales, horda demente y enceguecida, caíamos sobre sus posiciones. Alaridos, disparos a bocajarro, injurias, imploraciones, cuchillas ensangrentadas hundiéndose una y diez veces en la carne desdichada, cuerpos que se contraen, brazos frenéticos que golpean con vigor redoblado, brazos que se abaten, gemidos, cuerpos blandos, carne que cruje al desgarrarse, ojos que revientan como globo en la punta de los machetes, chorros de sangre que saltan sobre el herido y bañan sus ropas, manos que se aferran a los tobillos o a los faldones del capote, manos ya de muerto y sabor de sangre, sabor de sangre caliente y que perdura por muchos días en la boca. El adversario se replegó derrotado. Ocupábamos ahora las trincheras desde donde la noche anterior nos habían ofrecido los paraguayos su serenata. Y he aquí que un soldado corre por el lodo enrojecido de la posición enarbolando una guitarra que ha ensartado medio a medio con la cuchilla de su fusil. No recuerdo, ahora, si en la sonrisa con que aplaudíamos su hazaña se disimulaba entonces una vaga desazón.

Del próximo libro «Clima de sangre», novela de la guerra del Chaco.

Rafael Pales Matos

## Poemas Negros <sup>(1)</sup>

### NUMEN

Jungla africana-Tembandumba.  
Manigua haitiana-Macandal.

Al bravo ritmo del candombe  
Despierta el tótem ancestral;

---

(1) La lírica negra comienza a penetrar en la sensibilidad nueva, con un aliento de sensualidad y de exotismo. Su jadeo rítmico es casi como un vaivén lujurioso de danza. Pales Matos, ha publicado hace poco una colección de *Poemas Negros*. No es un poeta de color; pero vive en Puerto Rico y ha asimilado todo el pintoresco enjambre de la zona negra o mulata, de donde surge esta voz fresca entre los dientes apretados y blancos, rechinante y llena del zumo derretido de las guayabas. Muchas de sus formas son incomprensibles. El dialecto lanza su destello cobrizo, entre la música de las maracas, en el torbellino de las rumbas y candombes. Hay palmeras y salobre inquietud de mujeres de anchas miradas envolventes. Es el frenesí de la danza, el caliente vapor de la manigua, el insidioso aliento de la jungla, entremezclado con los giros del alcohol, la violencia rubia y el monótono roncar de los tambores. No se entienden fácilmente sus formas dialectales, pero sus versos danzan, gesticulan al son de la música, de que están envueltos. En Chile se publican por primera vez, y *Atenea* cumple así con su programa americanista, dando a conocer en sus páginas a los escritores y poetas más interesantes de todas las regiones del continente.—(N. de la D.).

Pantera, antílope, elefante,  
Sierpe, hipopótamo, caimán.  
En el silencio de la selva  
Bate el tambor sacramental  
Y el negro baila, poseído,  
De la gran bestia original.

Jungla africana-Tembandumba.  
Manigua haitiana-Macandal.

Toda, en atizo de fogatas,  
Bruja cazuela tropical,  
Cuece la noche mayombera  
El negro embó de Obatalá.  
Cuajos de sombra se derriten  
Sobre la llama roja, y dan  
En grillo y rana su sofrito  
De zoología nocturnal.

Jungla africana-Tembandumba.  
Manigua haitiana-Macandal.

Es la Nigricia. Baila el negro,  
Baila el negro en la soledad.  
Atravesando inmensidades  
Sobre el candombe su alma va.  
Al limbo oscuro donde impera  
La negra fórmula esencial...  
Dale su fuerza el hipopótamo,

Coraza bríndale el caimán,  
 Le da sigilo la serpiente,  
 El antílope, agilidad,  
 Y el elefante poderoso  
 Rompiendo selvas al pasar,  
 Le abre camino hacia el profundo  
 Y eterno numen ancestral.

Jungla africana-Tembandumba.  
 Manigua haitiana-Macandal.

## MAJESTAD NEGRA

Por la encendida calle antillana  
 Va Tembandumba de la Quimbamba.  
 —Rumba, macumba, candombe, bámbula—  
 Entre dos filas de negras caras.  
 Ante ella un congo, gongo y maraca,  
 Ritma una conga bomba que bamba.

A paso lento la Reina avanza,  
 Y de su inmensa grupa resbalan  
 Meneos cachondos que el gongo cuaja  
 En ríos de azúcar y de maleza . . .  
 Prieto trapiche de sensual zafra:  
 El caderamen, masa con masa,  
 Exprime ritmos, suda que sangra,  
 Y la molienda culmina en danza.

Por la encendida calle antillana  
Va Tembandumba de la Quimbamba.  
Flor de Tortola, rosa de Uganda,  
Por ti crepitan bombas y bámbulas;  
Por ti en calendas desenfrenadas  
Quema la Antilla su sangre ñañiga;  
Haití te ofrece sus calabazas;  
Fogosos rones te da Jamaica;  
Cuba te dice: ¡dale, mulata!  
Y Puerto Rico: ¡melao, melamba!

Sús, mis cocolos de negras caras . . .  
Tronad, tambores; vibrad, maracas;  
Por la encendida calle antillana  
—Rumba, macumba, candombe, bámbula—  
Va Tembandumba de la Quimbamba.

## INTERMEDIOS DEL HOMBRE BLANCO

Las tierras de patois y el papiamento,  
Acordeón con sordina de palmeras;  
Azul profundidad de mar y cielo  
Donde las islas quedan más aisladas.

Acordeón en la tarde . . .  
Fluir perenne en soledad sin cauce;  
Horizontal disolución de ideas  
En la melaza de los cantos negros.

Emoción de vacío  
Con el trapiche abandonado al fondo,  
Y el cocolo bogando en su cachimbo  
Quién sabe hacia qué vago fondeadero.

Y en la terraza del hotel sin nombre.  
Algún aislado capacete blanco,  
Alelado de isla  
Bajo el puño de hierro de los rones.

## II

La noche es un criadero de tambores  
Que croan en la selva  
Con sus roncas gargantas de pellejo  
Cuando alguna fogata los despierta.  
En el lodo compacto de la sombra  
Parpadeado de ojillos de luciérnagas,  
Esos ventrudos bichos musicales  
Con sus patas de ritmo chapotean.

Con soñoliento gesto de batracios  
Alzan pesadamente la cabeza  
Dando al cálido viento la pringosa  
Gracia de su energía tuntuneca.

Los oye el hombre blanco  
Perdido allá en las selvas . . .  
Es un tuntún asiduo que se vierte  
Imponderable por la noche inmensa . . .



A su conjuro hierven  
Las oscuras potencias:  
Fetiches de la danza,  
Tótemes de la guerra,  
Y los mil y un demonios que pululan  
Por el cielo sensual del alma negra.

¡Ahí vienen los tambores!  
Ten cuidado, hombre blanco, que a ti llegan  
Para clavarte su aguijón de música . . .  
Tápate las orejas,  
Cierra toda abertura de tu alma  
Y el instinto dispón a la defensa;  
Que si en la torva noche de Nigricia  
Te picara un tambor de danza o guerra,  
Su terrible ponzoña  
Correrá para siempre por tus venas.

## Mi caballo "Recuerdo"



Instantes después de haber nacido, murió su madre, en medio del potrerillo de «las casas». Quise hacerlo andar, pero el pobrecito apenas se tenía parado en sus cuatro patitas calambrientas y desorientadas que parecían rellenas con aserrín. Lo cargué sobre mis hombros y me quedé largo rato mirando los despojos de mi yegua «Regalona», que al exhalar el último suspiro, había formulado un relincho de despedida para mí y para su crío, y se había quedado inmóvil con los ojos vidriosos y como riéndose. Cargada de años y de merecimientos, su último acto de fidelidad fué legarme a su hijo al morir, a quien bauticé en su honor con el nombre de «Recuerdo».

Al depositar en el jardín de la casa el «coleóptero», me rodearon los perros con gran regocijo y formaron gran alboroto. Creyeron que se trataba de una merienda apetitosa, y si me descuido, se lo comen... Pero con tres puntapiés y unos cuantos gritos, comprendieron que se trataba de la mitad de mi corazón, y el «Regalón», un perro viejo, mestizo, de «pastor» en

«zorrero», que era el más hipócrita de la jauría, empezó a lamerle el cuerpo al crío en señal de comprensión y entonces todos los perros entendieron que había llegado a «las casas» otro hijo del amo y empezaron a ladrar con inconfundibles muestras de regocijo.

Empecé a amamantarlo con leche de burra en un biberón jubilado del nene, porque jamás quiso apegarse directamente a la pollina que le señalé como madrastra, para evitarme el trabajo de prepararle la mamadera.

Tal vez el calor, el pelaje áspero, la reducida estatura de su nueva mamá, sus orejas enormes y su cola como escoba de bruja, lo aterrorizarían al acercarse a ella, pero el hecho fué que jamás quiso allegársele, contrariando con esto lo que sucede con los seres humanos; no hubo más que recurrir al biberón y dárselo tres veces al día con increíble puntualidad, pues toda la gente de la casa, especialmente los niños, se peleaban por darle la mamadera al «Recuerdo».

A la vuelta de tres días, los cuatro cabos del simpático animalito, cobraron fuerza suficiente para transitar por toda la casa, como todos los habitantes de ella, incluido los perros, quienes se familiarizaron con él hasta el punto de tomarlo para la risa y chacotearse con él en el patio, como se hace en las escuelas con los niños recién ingresados.

Todo lo aceptó el crío con increíble buena fe, y a tal punto llegó su adaptación al medio, que circulaba por las piezas de la casa mezclado con perros, servidumbre y chiquillos y hasta al comedor se aparecía a la

hora del postre para mendigar pedazos de pan, terrones de azúcar y pegaduras de almíbar de los platos, todo lo cual se le ofrecía siempre con largueza y en medio de gran algazara.

—Ya llegó su «mercé», decía la criada, con cierto retintín y tal vez con envidia, al sentir en la repostería los pasos de cuatro personas del «Recuerdo».

Se volvían todas las cabezas hacia la puerta y lo demás ya se sabe...

Creció el «Recuerdo» en poco tiempo, con la variada alimentación que recibía, y se crió como cualquier fiel cristiano, comiendo a las mismas horas que todos los de la casa, hasta adquirir prematuramente la forma de un caballito. Con su pelaje mulato obscuro, con su mano blanca, con su anca dividida por una zanja bien pronunciada, con su tusa a la chilena y su colita recortada un poquito en el extremo, daban tentaciones de montarse en él; pero yo jamás lo permití porque se habría puesto «sillón» o «blando de lomo».

Cuando pasó la época de la lactancia, que duró hasta que a la pollina se le concluyó la leche, el «Recuerdo» había crecido demasiado y aunque su índole era la de un santo, comprendí que había llegado la hora de enviarlo al potrero, para que adquiriese el mundo que es necesario que adquieran los caballos para que salgan «buenos».

Quizás, si se hiciese lo mismo con los niños, la pedagogía tendría mejor resultado...

Le costó mucho al capataz sujetarlo en el potrero

de los caballos y muchas veces saltó cercos y atropelló puertas en busca de la «querencia» y a ella llegó como una exhalación, metiendo un ruido de dos mil de a caballo y aposentándose en el comedor que era su pieza preferida, sin ánimo de irse sino a empujones...

Gran celebración causaba esto en el ánimo de todos; pero pudo más mi afición a los buenos caballos para no tentarme a regalónearlo y a la vuelta de unas cuantas reincidencias de esta especie, ordené que lo largaran al cerro con la yeguada para que se tornase salvaje en contacto con la naturaleza y con la libertad absoluta en que pacían las yeguas con sus crías y las vacas con las suyas.

Seguramente le sucedió en el cerro lo que a los huérfanos en casa ajena. El hecho fué que cuando bajó a «rodeo» en la primavera, a los dos años cumplidos, el «Recuerdo» venía inconocible y convertido en un verdadero salvaje.

Cortó dos lazos cuando ordené que lo pillaran para tusarlo y arreglarle las uñas, para lo cual hubo que manearlo y sujetarlo entre cuatro peones.

El viejo Pereira decía, mirándolo embobado:

—Qué bueno sale este caballo, patrón. ¡No hay más que mirarlo! Y ¡quién había de creerlo, con la crianza tan fatal que se le dió en un principio!...

Lo hice amansar por Zacarías Beltrán. Harto borracho era el muchacho, pero jamás conocí un caballo malo «salido de sus piernas».

Se cruzaron apuestas sobre si iría a «corcovear» o

no al ponerle la montura; y el viejo Pereira se reía socarronamente cuando se hablaba de esto...

No sólo «corcoveó» el «Recuerdo» cuando lo montó Zacarías, sino que lo «arrojó por las orejas», por primera vez en su vida, y se «revolcó con la montura».

Pero al fin tuvo que someterse a las formidables piernas del amansador y a «medio chancar» «se lo pasé» al viejo Pereira para que lo «arreglara».

Era un sabio Juan Pereira en materia tan ardua como es la de «arreglar» bien un caballo; y a la vuelta de un año de ir y venir por cerros y valles amaneció amarrado debajo de un sauce, frente a la casa, y ensillado con mi «montura nueva».

El viejo Pereira, pitándose un cigarro, sentado en el pértigo de una carreta, esperó mi llegada para observar mi sorpresa y cuando puse el pie en el estribo para montar, me dijo por debajo:

—Es como una oveja, patrón. Súbase con confianza. Dele sogas por «la orilla de la quincha» y póngaselas sin miedo. ¡No vaya a menear la cola el muy brutito!...

\* \* \*

Duró tres días el rodeo en que estrené a mi caballo «Recuerdo» y cuenta la fama que en los tres días de rodeo atajé en él «del puro cuadril» todos los animales que corrí que fueron más de veinte...

Y esto, fuera de las «averías» que necesariamente tienen que producirse en tales ocasiones cuando se anda en «bueno»,

María Pascal

## Márgenes de Paul Valéry



**A**NOCHE estuve leyendo algunos versos de la «Jeune Parque», una de las obras de Valéry, que me desconcierta. ¡Qué importa! Hay países y paisajes en que la armonía y la belleza nos penetran y embelesan, antes de que los hayamos habitado o comprendido. Recuerdo que a los doce años, me entretenía leyendo versos de Prudhomme y no los comprendía; ahora los encuentro muy humanos y llenos de profundidad. Quizá algún día me embriagaré del misterio rico y profundo de la «Jeune Parque». No tengo prisa; y además, si en arte no fuera posible amar sin comprender, la vida sería árida y triste, y la razón demasiado exigente.

Valéry, ante todo, es poeta; sus armonías sutiles, su discurso fácil y elegante dentro de la vaguedad, su dibujo puro, el mecanismo mágico de su pluma, hacen funcionar esas potencias excitantes de la vida afectiva, y de la sensibilidad intelectual, que generalmente en el lenguaje cotidiano pasan inadvertidas. Lo curioso es que a una inteligencia crítica como la suya, se asociara tan admirablemente la virtud poética.

Después de ejercitarse en la poesía por varios años, comenzó a escribir en prosa, en sus cartas a Pierre Louys. Evidentemente que la obra escrita a un lector único y determinado, tiene más probabilidades de ser clara, precisa y completamente desligada de literatura. Si pudiéramos leer los miles de cartas de amor y de amistad, que se escriben a diario en un ambiente medianamente culto, nos admiraríamos de su estilo y calidad. Lo que hace el encanto de éstas, es la espontaneidad; y que la preparación (que echa a perder tantas buenas obras), está ausente.

Se escribe a un destinatario conocido, sobre un objeto preciso y un objetivo determinado. Esa voluntad de ejercer una influencia más o menos directa, es lo que anhelan los literatos al tratar de orientar y guiar al lector. En los libros, lo difícil es llenar artificialmente el abismo que separa al autor de los desconocidos. Si el novelista conociese a sus lectores, como uno conoce a quien le escribe, podría prescindir de la necesidad de la preparación, es decir, de ambientar al lector, y entrar directamente en materia. En una palabra, el puente de unión que se establece entre el escritor y el público. Siempre hay ese puente, solamente los pasajeros pueden ser, más o menos numerosos, o más o menos interesados, en ver lo que hay del otro lado!

Hay dos clases de público. El público masa, sobre el cual se requiere producir una impresión fuerte, explotando siempre los mismos puntos; y el público selecto, sobre el cual se desea influir con profundidad, y al



que se necesita ir conquistando uno por uno. Valéry es para el segundo.

Es un ingeniero literario que utiliza todos los recursos del arte. Inventa combinaciones entre el cálculo y la poesía, la lógica y la imaginación.

Para él, el arte de escribir contiene resortes virtuosos, riquezas de composición jamás supuestas, si no desconocidas; ocultas por la noción que tenemos del mecanismo literario, noción vaga y mediocre dentro del barniz de cultura general.

¡Qué lujo de libertad cuando el hombre puede disiparse en las cosas, sin dejarse confundir en sus ideas!

Su dominio es de inteligencia pura. Escribe para rendirse más nítido a sí mismo, para salir de los pensamientos rebeldes que se le escapan, y como usa letras, estas parecen fijar sus ideas y dar la claridad y solución que sólo ellas pueden proporcionar.

Las divagaciones de «Variété» (II), han provocado vivos debates. Leyéndolas se siente mejor la unidad de espíritu del autor, y la continuidad de su esfuerzo mental. ¡Qué potencia cerebral incomparable, combinada a la capacidad de trabajo! Paul Valéry tiene una tendencia, bien natural en una personalidad tan poderosa como la suya, a substituir por sus propios problemas, los de los grandes hombres que retrata. Su retrato de Baudelaire, no es sino un substituto de sí mismo. «Variété» (II), nos muestra a Valéry como un pensador magnífico, y más que los puntos confirmados en aquello, que son notables, nos interesa el enorme desarrollo es-

piritual, y la figura intelectual del autor. Un gran juego de inteligencia cristalizada en ideas discutibles (como toda idea) nos encanta y nos seduce.

El juego intelectual de Valéry, es uno de los más trascendentales de nuestra época, porque no emplea el método de los filósofos profesionales para expresar sus ideas. Los filósofos definen con precisión, una cantidad de palabras establecidas y todo lo reducen a sistema. Y así llega un momento, en que la realidad concreta, se halla confusamente disimulada bajo un velo espeso de problemas que no tienen ningún contacto con los sentimientos que cada uno lleva consigo.

El método de Valéry es diferente, en ningún momento pierde contacto con lo más real, lo más inmediato, lo más completo. La idea va, incesantemente, de la inteligencia a los hechos y nunca se aventura más allá del margen humano. Valéry se mueve dentro del cuadro de las cosas conocidas, jamás en la metafísica. Mira funcionar al ser humano y nada se le escapa. Es un asiduo estudiante de su Yo, la conciencia absoluta de sí mismo, su afán de conocerse y de dibujar con exactitud su existencia, no le abandona jamás. Le obsesiona el anhelo de llegar al grado máximo de perfección, en la facultad de definirse en forma específica y precisa. Buscar lo que se es, lo que se puede, lo que se quiere, por medio del análisis, y junto a la espontaneidad del poeta, asimila la sagacidad, el escepticismo, la atención y el raciocinio, del crítico. Sin embargo, no se reconoce como hombre de letras, dice que desde el momento que

un principio está reconocido y asimilado por alguien, es inútil perder el tiempo en sus aplicaciones. De aquí se deduce su negación absoluta a toda aplicación literaria.

De tal modo que, después de haberse saturado de literatura, de haberla reducido por análisis a su esencia, de haber estudiado las modalidades de su empleo y adquirido el poder de utilizarlo, Paul Valéry abandonó la partida y renunció a escribir. Si después de veinte años se resolvió a hacerlo en verso, fué exclusivamente para ejercitar su mecanismo intelectual.

Cualquiera que sea el objeto a que se refiera, siempre las mismas orientaciones, una reducción de contingencias y de circunstancias a los elementos más simples, un examen del objeto hasta la depuración, y al final del análisis, una reconstrucción abstracta; y en el momento de la aplicación, Valéry se esquiva dando por razón la inutilidad de toda realización en la existencia. Solamente los poderes, las hipótesis, las posibilidades le interesan. Sistema extraño y difícil de comprender. ¿Su objeto? Sería preciso que Valéry se explicara y nos dijera si se considera un caso excepcional, y su evangelio espiritual, como un resultado positivo.

Desde que el mundo es mundo y los hombres saben pensar, se contradice y ataca como anormal, el renunciamiento a la acción, después de adquirido el conocimiento y el poder. Y esto es, precisamente lo que resume la filosofía de Valéry. No veo sino el resultado de su temperamento. A un sensual que nació preciso, su sensualidad le exige ir a buscar las delicadezas de la

forma. No le conozco personalmente, pero, por lo que se puede deducir de sus obras, es un cerebral de una sensualidad desbordante, combinado con una ausencia de afectividad total. Temperamento corriente en Francia, en el siglo XIX, más raro después. El desbordamiento de la sensualidad, seguido de un poderoso análisis cerebral que la condena, sin un impulso generoso del corazón que sirva de juez, llega fácilmente a esa renuncia absoluta, que es la esencia de Valéry. Rechaza todo lo que sea afecto, en nombre del rigor intelectual. Me gustaría saber la opinión de Valéry sobre el rol de la sensibilidad en la vida humana. Probablemente, él atribuye a la mujer el absolutismo del sentimiento y la vida afectiva, y en consecuencia, escribe para los hombres! Nos choca ver eliminar en una concepción precisa de la existencia, un elemento tan importante como la sensibilidad y el corazón, sobre todo cuando el concepto de la sensualidad se conserva. ¡Combinación extraña de espíritu y de carne, de entusiasmo y de amargura!

El autor de «Mr. Teste», admira a los autores dramáticos y lo que él no puede hacer: escribir novelas. Las intrigas en los libros no le interesan. No le importa sino el sistema viviente, al que todos los hechos afluyen; en una palabra, la intriga interior. Una vez que le pidieron escribiera para un diario, tardó diez días en hacer un artículo que un cronista ejecutaría en dos horas. Tuvo que abandonar el oficio.

Le obsesionan demasiado sus trabajos, sus estudios y sus preocupaciones.

Los novelistas sufren y gozan con sus personajes, Valéry no sabe sufrir sino para sí, no puede inquietarse sino en tratar de conocerse mejor. Y esto le preocupa tanto, y tan intensamente, que no tiene tiempo de quejarse!

Aunque decididamente arrasa con todo sistema establecido, es en esencia un clásico. Como él mismo lo dice al hablar de Baudelaire. «Un clásico es un escritor que lleva la crítica en sí mismo y la asocia íntimamente a sus trabajos».

Su vida es una mezcla de analítica y ensueño. El espíritu del soñador parece un sistema sobre el cual las fuerzas exteriores se anulan, y donde los movimientos internos y la inquietud, le estimulan en sus búsquedas infinitas. Paul Valéry se mueve dentro de un terreno propio. Allí la ciencia y las letras son hermanas y se divierten con los mismos juegos. Sus abstracciones, son compañeras inseparables; habla de ellas, las delinea con un arte sin igual, las expresa dándoles vida como otros pintan un mundo material. Privilegio estupendo que le vale la amistad y la admiración del lector capaz de seguirlo en sus sueños de artista y en sus divagaciones de sabio... y el respeto intimidado de los demás.

Hay dos instintos capitales de la inteligencia. Uno nos incita a solicitar, a obligar a seducir esos espíritus que nos proporciona la casualidad.

El otro, egoísta, nos atrae a la soledad y al aislamiento.

Uno, nos empuja a parecer, el otro nos anima a ser y a confirmarnos en ser. Este es el espíritu de Valéry. «En todo hombre profundo, hay una virtud oculta, que engendra necesariamente un solitario».

Por Alejandro Vicuña

## La Cuaresma de Dijón

1604

(Capítulo del libro «El Señor de Ginebra», que aparecerá próximamente).

La vieja capital de Borgoña reclama por medio de sus Autoridades edilicias la presencia del Obispo de Ginebra durante la Cuaresma de 1604.

Años antes, de camino hacia París, Francisco ha prometido a la orgullosa ciudad detenerse alguna vez dentro de sus muros y contribuir por medio de su palabra a la cultura moral y religiosa de sus pobladores. La súplica, pues, dirigida por los Regidores de Dijón al Obispo Saboyano, está abonado con el recuerdo de esa promesa, y Francisco no sabe faltar a la palabra empeñada.

A regañadientes el Obispo de Ginebra resuelve salir de su diócesis, porque mucho teme dejar su redil e ir a apacentar los corderos de otros, abandonando los propios (1).

No obstante, su viaje a Dijón es de necesidad impostergable y se justifica plenamente por otro motivo. Algunos bienes temporales, pertenecientes a la diócesis de Ginebra, han sido entregados por Enrique IV al joven Arzobispo de Bourges, Andrés

---

(1) Maupas du Tour, 341.

Fremiot, Consejero del Parlamento de Borgoña, sin que haya mediado cesión alguna de parte de su legítimo dueño.

Desde tiempo atrás se pleitea por este motivo en los tribunales de Dijón, con gran repugnancia de Francisco, que siente horror por las contiendas judiciales, y con mayor razón, si es un Obispo el contendor (1).

¿No sería posible arreglar amistosamente el enojoso asunto, entendiéndose personalmente con el joven Arzobispo de Bourges?

La conciencia episcopal de Francisco está pues perfectamente formada para abandonar momentáneamente su diócesis y dirigirse a Dijón; de modo que, cuando se aproxima la Cuaresma, parte sin mayores preocupaciones con rumbo a la ciudad borgoñona.

Las muestras de respeto y simpatía prodigadas al Prelado de Ginebra en Dijón corresponden al interés y curiosidad con que desde largo tiempo atrás desean conocer y escuchar a ese Obispo cuya fama invade ya toda la Francia.

Es el tercer día de la predicación Cuaresmal.

---

(1) La repugnancia de Francisco por los litigios de dinero cabe observarla en las palabras escritas a M. Chantal, a propósito de ciertas discusiones habidas dentro de la Comunidad: «La haine irreconciliable que j'ai aux procès, aux contentions et aux tracas, me fit écrire ainsi. J'approuve grandement que vous lui donniez la somme qu'elle desire, puisque cela est plus conforme a la douceur que Notre Seigneur enseigne a ses enfants. Enfin, la paix est une sainte marchandise qui merite d'être achetée chèrement». Carta 566.

En otra ocasión, a propósito también de una discusión de dinero entre dos monasterios de la Visitación, escribe a M. Chantal. «J'apprends une extreme tentation entre les monasteres de N. et de N. pour certains mille ecus, que je voudrais plutot etre au fond de la mer qu'en difference entre eux. Est il possible que des filles nourries en l'ecole de la polie de la croix, soient tellement affectoinnées a la prudence du monde, qu'elles ne se sachent pas accommoder par condescendance ou par resignation. Carta 528, del 30 de agosto de 1622.



La voz apacible y argentina del orador resuena bajo las ojivas de la Capilla Ducal, mientras su figura elegante aparece bañada por luz difusa que se filtra a través del rojo y azul de los ventanales góticos. Santos y duques, que reviven en los vitraux de la vieja capilla, contrastan con las formas cenicientas de guerreros, nobles, abades y obispos que yacen inmóviles en lápidas tumbales, diseminadas en el pavimento o empotradas en los muros de piedra.

A través de sus labios finos y rojos, admirablemente destacados en el oro de ondulada barba, se desgranán las palabras de Francisco, dulces, insinuantes, armoniosamente serenas y van a caer en las almas como gotas de rocío o bálsamo maravilloso.

Los oyentes experimentan una especie de goce artístico y espiritual ante las frases y conceptos de ese predicador, tan distinto de los demás, que no grita o gesticula con ademanes exagerados, ni trata de conquistar a su auditorio con frases de dudoso afecto, y mucho menos quiere perturbar las conciencias con su palabra. Es el talento, la bondad y la dulzura de un alma de distinción evangélica que fluye del pecho del orador y reconforta al auditorio en sus variadas necesidades e inquietudes.

Una mujer todavía joven y hermosa, con esa belleza que imprime en los rostros femeninos el dolor tempranamente saboreado, no escucha sino que bebe ansiosa la palabra de Francisco. Sus grandes ojos negros devoran al predicador apacible que suaviza las angustias de su alma. Sin quererlo, se alza en medio de la multitud, y el porte majestuoso de esa silueta, encuadrada admirablemente en negro ropaje, domina por un instante al predicador, que se impresiona vivamente ante la vitalidad de esa figura singular. Los labios entreabiertos de la mujer denuncian el arrobamiento que la fascina y subyuga totalmente al hombre que dirige la palabra desde el púlpito.

Se ha producido la chispa fundidora de almas.

El tiene 37 años y es Obispo; ella 32 y es viuda.

El Arzobispo de Bourges, Andrés Fremiot, ha sido solicitado para que sirva de intermediario en la presentación de dos personas desconocidas que desean conocerse. Su hermana Juana Fremiot, Baronesa de Chantal, quiere trabar amistad con el Obispo de Ginebra. A su vez, Francisco, ignorante del estrecho parentesco que una a la dama vestida de negro con el Arzobispo de Bourges, le pregunta quién puede ser la atrayente desconocida de la Capilla Ducal. Satisfecha su curiosidad, solicita el honor de ser presentado a ella. El Arzobispo tiende el lazo social que, convertido en estrecha amistad, unirá por el resto de la vida a su hermana Juana Francisca y al Obispo de Ginebra.

Hija del Presidente del Parlamento de Borgoña, Juana Francisca ha sufrido junto a su padre los vaivenes y azares de la política. El destierro y confiscación de los bienes, de que hicieron víctima al señor de Fremiot, amargan los tiernos años de Juana Francisca, quien participa de muchos dolores y privaciones, sin tener siquiera el consuelo de la asistencia de su madre, muerta cuando ella tenía solamente año y medio de edad.

El carácter de esa niña no puede menos de resentirse, viéndose privada de los cantos del hogar y víctima inocente de toda clase de contratiempos. Se hace un tanto sombría y melancólica; mas, lejos de abatirse por la desgracia, se desarrolla en ella una altivez indomable, denunciadora de la vigorosa sangre que circula por sus venas.

A los veinte años, la interesante hija del señor de Fremiot es llevada al altar por el Barón de Chantal, joven apuesto y caballeroso, de viejos pergaminos y atrayentes prendas personales. En el castillo de Bourbilly, herencia de los Chantal, la joven pareja establece su hogar, viéndose coronada esa unión por un hijo y tres hermosas niñas.

La carrera militar del Barón lo obliga a largas ausencias del castillo. Apenas la Primavera comienza a alegrar la tierra,

los hombres se apresuran a entristecerla, descolgando sus espadas de los viejos muros, alistando sus corceles para la expedición lejana y ciñendo al mismo tiempo sus cuerpos de acerada coraza y sus frentes con el yelmo protector, coronado de gloriosos penachos.

Para la castellana de Bourbilly hay, pues, dos estaciones durante el año claramente señaladas, con obligaciones y actividades muy distintas. En invierno y otoño, período de paralización de las hostilidades, Juana Francisca se dedica con alma y vida a la atención de su esposo y satisfacción de sus gustos y aficiones.

Como buen militar, es inclinado el Barón a las fiestas y alegrías, tanto más deseadas cuanto que son un desquite de las privaciones y tristezas a que lo someten el resto del año las contingencias de la guerra. Suntuosas recepciones, partidas de caza, juegos y festines succulentos se suceden durante el invierno y otoño en Bourbilly, siendo la hermosa castellana el mejor adorno y surtidor de alegría en esas reuniones. Magníficamente ataviada, sabe animar las conversaciones con su ingenio chispeante, interesar a los hombres con su gracia y belleza, animar a los tímidos con su espontánea sencillez, y a todos encantar con su simpatía y femenino señorío.

Cuando los campos se cubren de flores y retoños, la Baronesa se despoja de sus joyas y atavíos. Su esposo ha salido para la guerra, y ella, en una especie de luto por la ausencia de su amado, se encierra dentro del castillo, sin más pensamiento que el recuerdo de su marido y el cuidado de sus hijos.

Así transcurrieron algunos años...

Pero llegó un día fatal para la felicidad de ese hogar.

En compañía de un amigo, y rodeados de ansiosos lebreles, salen del castillo en busca de codiciada caza. El sonar de las trompetas, piafar de corceles, ladridos de perros y gritos de halcones orquestan la marcha hacia los bosques cercanos, asilo de toda clase de alimañas.

Hay luz en el ambiente, alegría de vivir en los corazones. Nada presagia la nota de trágico dolor que ensombrecerá esa partida tan alegremente iniciada.

Una pieza de caza se avista a corta distancia, y toman al punto los cazadores sus posiciones para abatirla. ¿Qué sucedió? Una bala toca al Barón de Chantal, que rueda de su cabalgadura herido de muerte.

La entereza cristiana del malogrado caballero le permite reunir sus últimas fuerzas para pedir un sacerdote e invocar piedad sobre el amigo que casualmente lo ha herido.

Trasladado a una vivienda cercana, y avisada la Baronesa de la desgracia, se verifica pronto la escena desgarradora: Ella, junto al esposo tiernamente amado.

—Señora, dice penosamente el Barón, las órdenes del Cielo son justas; es preciso respetarlas, amarlas y morir.

—Es necesario vivir, replica ella...

Días después lloraba su viudez Juana Francisca de Chantal.

A partir de tal momento, no existen para esa mujer adolorida sino Dios en el cielo y sus hijos en la tierra. Recluída durante algunos años en el castillo de Bourbilly, testigo de su felicidad, se va más tarde a vivir a Monthelon en casa de su suegro, hombre terrible de carácter, de fama detestable, y dominado todavía por una pérfida mujer de confianza, a cuya tiranía deben someterse incondicionalmente cuantos llegan a aquel hogar.

¿Será preciso describir los sufrimientos y humillaciones de la altiva viuda en su nueva residencia?

En el ánimo de su suegro sólo influyen las razones, sentimientos e intereses de la intrusa, que ha logrado privarlo de toda voluntad. La suerte de su nuera y de sus cuatro nietos reviste un carácter secundario y sin importancia en el castillo del viejo Barón de Chantal.

¿Por qué en tan humillante situación permaneció Juana Francisca durante varios años, cuando tenía en sus manos irse?

a Bourbilly o a casa de su padre, el Presidente del Parlamento de Borgoña?

Sólo un deseo muy ardiente de perfección y vencimiento de los propios gustos y el amor de sus hijos pudieron decidir a la joven viuda a llevar esa vida de martirio en casa de su suegro (1). Posiblemente en su afán de ofrecer a Dios el máspreciado holocausto, aceptó vivir en condiciones tan repugnantes a su señorío y altivez de carácter.

El anuncio de la predicación de Francisco en Dijón movió al señor de Fremiot a escribir a su hija residente en Monthelon, a fin de que viniese a la Capital borgoñona, para escuchar al famoso predicador. Juana Francisca conducida por la Providencia, abandona momentáneamente su voluntario infierno, para acudir a la invitación de su padre y conocer al hombre predestinado, que haría vibrar en su alma adolorida y llena de inquietudes una nota de inefable amor e inalterable paz.

¿Por qué se cautivaron aquel día el gracioso predicador y la viuda atribulada?

¿Qué secreta afinidad arrojó en el más tierno y casto de los abrazos a esas dos almas privilegiadas? ¿Por qué se enamoraron, en el más puro alcance de tal concepto, el Obispo de Ginebra y la Baronesa de Chantal?

Desde la muerte de su esposo, Juana Francisca busca la paz en el seno de la Religión. Desvinculada totalmente del mundo, ansía la satisfacción de su alma en la práctica de las virtudes cristianas, tratando de reemplazar en su corazón los afectos terrenales por los sentimientos más puros del amor divino. No cree posible otro consuelo a sus dolores que los otorgados por Dios a quienes saben entregarse a El sin reserva.

Para facilitar la realización de sus propósitos, busca Juana

---

(1) Aquel anciano caprichoso e inhumano había exigido de su nuera la residencia junto a él, so pena de desheredar a sus hijos.

Francisca a un Consejero experimentado, director de su alma, que allane las dificultades, la reconforte en sus desfallecimientos y disipe las incertidumbres anexas a la senda escabrosa de la perfección.

Desgraciadamente, la elección de director para esa conciencia torturada, lejos de procurar la paz y el gozo espiritual, contribuye más y más a perturbarla. Es cierto que el sacerdote guía de Juana Francisca la hace progresar en el camino del bien, pero al precio de cuántas zozobras y dolores! Atribulada ya por la desgracia, en los consejos e imposiciones de ese sacerdote imprudente y tirano, encuentra la Baronesa nuevos motivos de ansiedades y sufrimientos espirituales. Y como si fuera poco aún, el director de esa alma doliente se propone eternizarse el monopolio de su víctima, obligando a Juana Francisca a hacer el voto de no cambiar durante toda la vida de director espiritual. ¡Santo respeto a la libertad evangélica!

Desesperada y totalmente ajena a las alegrías de la tierra, aún las más legítimas, y con inquietudes constantes sobre las esperanzas celestiales, el alma de esa mujer admirable se purifica dolorosamente sin compensaciones de ninguna especie.

¿Cuál no sería, pues, su sorpresa y consuelo, al vislumbrar en el orador de la Cuaresma de Dijón al posible salvador de su alma?

El Obispo y la viuda, al ser presentados recíprocamente por el Arzobispo de Bourges, tuvieron la ilusión de haberse conocido con alguna anterioridad.

¿Dónde se habían visto por la vez primera?

Pensó Francisco haber contemplado esa figura en una visión celestial que le anunciaba el nacimiento de la Orden religiosa de la visitación. Creyó, a su vez, la viuda haber divisado años antes a Francisco en la encrucijada de un camino.

¡Eternos espejismos de las almas enamoradas!

Se habían conocido en esas fantasías que forjan las almas

soñadoras; se descubrían mutuamente como el tipo de belleza física y espiritual acariciado en sus momentos de pasión, y se encontraban al fin en la realidad del tiempo y del espacio.

Francisco, naturalmente gracioso, dulce y elegante, casi podría escribirse, femenino, ha soñado con una mujer atormentada, altiva, hasta cierto punto varonil. Juana Francisca a su vez, de carácter concentrado, difícil a las confidencias, arisca en la manifestación de sus sentimientos, cifra su ideal de belleza en un hombre sencillo, de natural distinción y de suavidad exquisita.

—¿Pensáis contraer nuevas nupcias, señora Baronesa?—pregunta Francisco con encantadora sencillez a su amiga, al descubrir en sus atavíos ciertas elegancias y coqueterías no acostumbradas.

—Señor Obispo, se ama una sola vez en la vida, replicó sonrojándose la encantadora viuda.

—Habrá, entonces, que retirar los anzuelos, insistió el Obispo, refiriéndose a ciertos adornos de su negra indumentaria.

Y al día siguiente desaparecían las «lindezas» del traje de la viuda.

La broma es la expresión frecuente de ciertos espíritus para manifestar y ocultar al mismo tiempo las simpatías que experimentan. Por otra parte, las mujeres, sobre todo las altivas e inteligentes, suelen dar de sí la mayor suma de encantos cuando se juega con ellas por medio de la frase delicadamente picaresca. Para saber hasta dónde llega la simpatía que puede irradiar una mujer, nada más eficaz que someterla a la broma ligera y sin intenciones.

Francisco y Juana Francisca se buscan constantemente y sin disimulo de ninguna especie.

Los trabajos de la Cuaresma, predicaciones, confesiones y absolución de innumerables consultas ocupan materialmente

todo el tiempo del Obispo; pero aprovecha las horas de comidas para frecuentar dos casas en donde podrá conversar con la Baronesa. Por tal motivo, el señor de Fremiot y el Arzobispo de Bourges tendrán diariamente el honor de verlo sentado a su mesa, departiendo con su hija o hermana.

«Me gustan, dice, sin ambages Francisco, las almas independientes, vigorosas y sin afeminamientos» (1).

Y en respuesta a tal confesión del Obispo, escribía la Baronesa años más tarde: «Yo no podía apartar de él los ojos: tanto me movían a la admiración sus palabras y santas acciones, y ninguna dicha juzgaba comparable a la de estar junto a él» (2).

En casa del Arzobispo o del padre de Juana Francisca se hacen presentes en ciertos instantes los hijos de la Baronesa, ante quienes no sabe ocultar el Obispo su indecible ternura. Los cuatro niños gustan mirar y escuchar al huésped, resistiendo a su tío o abuelo cuando quieren hacerlos abandonar la sala donde los embelesa tan simpático señor.

Un episodio de esas reuniones, cuyo significado no escapará a quien algo comprenda en materia de afectos y sus diversas manifestaciones, es contado ingenuamente más tarde por el propio Francisco en carta a la Baronesa.

La hija mayor de Juana Francisca, María Amada, niña de seis años de edad, que más tarde había de casarse con un hermano de Francisco, fué objeto de una prueba especial de cariño de parte de ese Obispo gentil hombre. «Estoy obligado a amarla con mayor ternura, escribe más tarde, porque una vez que Vos estábais ausente de la casa, ella me hizo muchas atenciones y me permitió besarla con un beso de inocencia» (3).

Un beso dado a una niña de seis años de edad, que se recuer-

(1) Vida de Santa Juana de Chantal, París, 1874. T. III, pág. 494.

(2) Memoires sur sa vie et ses vertus. París, 1893, pág. 63.

(3) 24 de enero de 1608.



da aún a cuatro años de distancia, significa algo más que una vulgar caricia de un hombre formado a una criatura inocente.

Motivo de angustia, y muy grande, para Juana Francisca es no poder abrir su alma en confesión ante su venerado amigo. El voto a que la ha sometido su director espiritual se lo impide. «Moría de ganas», escribirá más tarde, de caer a sus pies y manifestarle las interioridades de mi alma.

La Cuaresma toca a su término, y el Obispo de Ginebra debe volver al seno de su redil. ¿Será posible que se aleje sin escucharla en confesión?

En ausencia momentánea de su director espiritual, se resuelve la Baronesa a confiar muchas intimidades a Francisco, y aun le pide que la escuche en el confesonario.

El Obispo «se hizo de rogar un poco» (1). Posiblemente se alarmó ante el entusiasmo de esa mujer, y sin duda quería mantener su ministerio sacerdotal al abrigo de cualquier sentimiento terreno.

Una cosa, y muy atrayente sin duda, era alternar con esa dama inteligente, de porte magnífico y ceñida su frente con la diadema real de la desgracia altivamente sobrellevada. Compartir la tragedia de esa alma; contemplar esos labios, comprimidos por el sufrimiento, abrirse como el fruto de la granada en sazón y develar su misterio íntimo, rojo de fuego y de sangre, de amor y de dolor, de pasiones contenidas, de impulsos no confesados, era un momento de placer intensamente humano, que muy pocas veces se presenta en el curso de la vida. Pero... escucharla en confesión, en el tribunal misterioso, donde desaparece ese respeto humano que tantas veces contiene a flor de labios la palabra decisiva, preludio del vértigo irreparable; oírla, sin que la mirada, ese guardián del pudor, modere la emoción de un alma enternecida; oírla, a ojos cerrados y con las ma-

---

(1) *Memoires sur sa vie*, c. 4 París, 1893, pág. 53.

nos juntas, era intensamente conmovedor para el joven Obispo de Ginebra.

Un hombre apasionado, de rodillas ante una mujer, logra muchas veces echar por tierra los más jurados propósitos. Una mujer hermosa y desgraciada, de rodillas ante un hombre, cualquiera que sea su función o santidad, despierta a su vez emociones de peligrosa ternura.

¿Y si la rendida viuda pronunciara en el secreto de la confesión la frase desconcertante, expresión de un afecto incontenible?

Francisco escuchó a la Baronesa en la intimidad del sacramento de la Penitencia.

Más tarde el Obispo de Ginebra confesaba con la ruda franqueza de quien está seguro de la limpidez de sus intenciones que al escuchar a la Baronesa sentía que «su alma se alojaba íntimamente en la suya» (1).

Pero, a todo esto, es preciso separarse, y solucionar todavía el grave problema del voto de Juana Francisca, de permanecer por toda la vida bajo la dirección espiritual de un sacerdote que no es el Obispo de Ginebra.

—«Los dos nos entenderemos bien», aseguró Francisco a la viuda, mientras le recomendaba permanecer fiel a su primer director espiritual (2). Deja el Obispo, al tiempo, la misión de romper ese vínculo contrario a la libertad de una conciencia y a los intereses de un alma.

El día antes de abandonar la ciudad, Francisco pasó a despedirse de su amiga, y con viril sinceridad le hizo esta significativa declaración:

—«Señora, Dios me impele a hablaros en confianza. Jamás «una distracción había asaltado mi espíritu durante la celebra-

(1) Saint Jeanne-Françoise Fremiot de Chantal.

(2) Memoires sur sa vie et ses vertus. 1893, pág. 53.

« ción del Santo Sacrificio. Desde hace algún tiempo, Vos acudís  
« siempre en esos instantes, no para distraerme, sino para unirme  
« más a Dios. Ignoro lo que El quiere darme a entender con  
« esto» (1).

La Baronesa y sus cuatro hijos allí presentes cayeron de rodillas ante el Obispo, implorando su bendición, y la mano trémula de Francisco se alzó más pálida y perfilada que nunca para hacer la señal de la cruz en esos momentos desgarradores.

En medio de gran algazara y muestras de respeto y gratitud, parte al día siguiente, lunes de Cuasimodo, el Obispo de Ginebra con rumbo a su diócesis.

A las insistencias del Municipio de Dijón para obtener que aceptase una rica vajilla de plata dorada y un anillo con piedra preciosa, como recuerdos de la predicación de esa Cuaresma, el Obispo replicó que «él no vendía la palabra de Dios y no quería « llevarse más que sus corazones» (2).

Y en verdad ¿qué podía interesarle a ese hombre el obsequio de los Dijoneses, cuando entre pecho y espalda llevaba por la vez primera el afecto de una mujer?

En Dijón había experimentado Francisco esa transformación maravillosa que hace saborear al hombre en su plenitud el verdadero sentido de la vida.

Meses atrás penetraba a la ciudad un angel humano. Quien ahora cruza los muros de Dijón con rumbo a Annecy es un hombre angelical.

Era la Primavera de 1604.

---

(1) Memoires 4, 54.

(2) Histoire de Sainte Chantal, par Bougand, 1, 210.

## SEÑALES

Víctor Hugo

□ Cincuenta años se conmemoran desde la muerte del gran poeta, nacido en Besancon en 1802 y muerto en París en 1885. La actualidad de esta memoria hace renacer una época. Y se establecen contrastes y se aprecian semejanzas que apenas resaltan sobre un recuerdo constante que mantiene la obra del recordado. Hijo del capitán José Leopoldo Sigisberto, conde Hugo después y coronel en Italia y general en España, bajo Pepe Botellas, Víctor salió de París, en unión de su madre y sus dos hermanos, primero para Nápoles, donde el padre perseguía a Fra Diávolo, luego para España, donde Sigisberto mandaba en jefe la región de Segovia, bregando a diestro y siniestro con el Empecinado. Hugo conservó de este viaje a España un recuerdo que le acompañó toda su vida. Al pasar por un pueblecito vasco, se le grabó el nombre para salir a flote al cabo de muchos años: Ernani. El le pondría una hache para nombrar a un bandido caballeresco. Lo que vió de España lo guardó en su memoria hasta el punto de —como dice Pierre Scize— poder ser reclamado por los españoles como poeta nacional, por su inspiración. Lo que no vió, lo supo imaginar de tal suerte, que ningún viajero actual puede negarle la verdad de sus versos:

*Alicante aux clochers méle les minarets...*

*Cordoue aux maisons vieilles*

*a sa mosquée où l'oeil se perd dans des merveilles...*

y a propósito de Salamanca:

*S'assied sur trois collines  
s'endort aux sons des mandolines  
et s'éveille en sursaut aux cris des ecoliers...*

hasta inventar, con un ripio espléndido, envidiable:

*Le poisson qui rouvrit l'oeil mort du vieux Tobie  
se joue au fond du golfe où dort Fontarabie...*

Vuelto de España, vivió en las Feuillantines, cuyo jardín ha quedado en uno de sus más bellos versos. En 1822, publicó su primer libro: Las Odas, que le valieron una pensión y el permiso para casarse con Adela Foucher. Este matrimonio (precedido por una romántica historia, en la que los padres de Adela y de Víctor, amigos antes de nacer éstos, habían brindado, al reunirse después de sus matrimonios, por que las dos familias por venir se unieran), no fué todo lo constante en su concordia que hubiera sido de desear. Sainte-Beuve, amigo de Víctor y constante visitador de su casa, enamoró a Adela Foucher, hasta el punto de que Víctor tuvo que echarlo de su mansión violentamente. En desquite, el poeta halló una Egeria en la actriz Julieta Drouet, cuyo amor e inspiración le acompañaron hasta el fin. No sin que Adela, la infiel, acometida de celos, consiguiera, dejando ella a Sainte-Beuve, que Hugo abandonara su relación íntima con Julieta Drouet.

Víctor Hugo, (aquel loco que se creía Víctor Hugo, como dice Cocteau), era un hombre demasiado dedicado al arte, demasiado elocuente y persuadido de sí mismo, para que el amor en él no fuera más que una autoadmiración nueva y quizás declamatoria. Sainte-Beuve era más comprensivo y seguramente más delicado. La misma fuerza de Víctor —cuya virilidad resplandeció hasta la vejez— no excusa que Adela se encontrara

con una *amitié-amoureuse* que probablemente no pasó mucho más allá de lo elástico de esta denominación, tan particularmente gálica.

Hugo tenía una fuerza extraordinaria, no sólo en su imaginación y carácter, sino física. Se sabe de él, que, comiendo un día en casa de Alejandro Dumas, decidió distraer a los comensales y, además, lucirse. Se metió en la boca una naranja entera, con cáscara. Rellenó los rincones que le quedaban libres, con tantos terrones de azúcar como le fué posible. Y se puso a mascar todo aquello, tras sus labios completamente cerrados. A la mitad de la operación, trasegó unos buches de kirsch y, unos momentos después, abrió la boca riendo. Todo se lo había tragado. No perdió un solo diente en toda su vida.

Hablaba a veces, muchas veces, en verso, manifestando que le costaba trabajo hablar en prosa en numerosas ocasiones, al revés que Monsieur Jourdain. Su orgullo era célebre. Un día que se paseaba por su jardín, en actitud olímpica, se le acercó Leconte de Lisle. ¿Sabes en lo que estaba pensando?—preguntó el autor de *La Leyenda de los Siglos* al de *Los Poemas Antiguos*. Seguramente, en una nueva obra, maestro. No. Estaba pensando en lo que podré decirle a Dios cuando me encuentre en su presencia... —¡Oh!—contestó Leconte de Lisle: —Le diréis: «Mon cher confrère...».

La inspiración le brotaba constantemente. Una mañana volvía del Jardín del Luxemburgo y decía a Sainte-Beuve: Si encontrara a Béranger, le daría ahora mismo el motivo para una bella canción. Acabo de encontrar a M. de Chateaubriand en el Luxemburgo. No me ha visto. Estaba pensativo, absorbido, mirando a los niños que, tendidos en el suelo, hacían figuras y jugaban con la arena. Si yo fuera Béranger, haría una canción sobre eso: «Yo he sido ministro, he sido embajador, etc.; tengo la orden del Espíritu Santo, el Toisón de Oro, el gran cordón de San Andrés, etc... y una sola cosa, al fin y al cabo, me divierte: ver a los niños jugando sobre la arena... Yo he escrito

René, he escrito *El Genio del Cristianismo*; he dominado a Napoleón; he abierto la era poética del siglo. Y sé que una sola cosa me divierte: ver a los niños jugando en la arena. He visto América, he visto Roma y Grecia; he visto Jerusalén, etc...». Y después de cada enumeración de fortunas, grandezas y honores, contaba Sainte-Beuve, añadía siempre aquellas palabras: ver los niños jugando en la arena. El cuadro trazado por Víctor Hugo era perfecto. Jamás lo que separa la canción, de la oda propiamente dicha, me ha sido mejor definido.

Desterrado, vivió en Bruselas, luego en un pequeño burgo, Vianden, del que se guardan motivos poéticos y pictóricos sacados por el poeta durante su proscripción. Desde 1823 a 1827, alternó un volumen de Odas con las novelas «Han de Islandia» y «Buj-Jargal», de las que más tarde se habría de arrepentir. El 27 estrenó «Cromwell», preludio decisivo del Romanticismo. En 1843 dejó de escribir durante mucho tiempo por dos razones: la de estar metido en política y, sobre todo, el dolor que le produjo la muerte de su hija Leopoldina, ahogada en un naufragio cerca de Villequier, cuando hacía su viaje de novia. El 1853 reinició su producción con «Napoleón el Chico», panfleto primordial de «Los Castigos», publicando desde entonces lo más grande de su obra: *Las Contemplaciones*; *Los Miserables*; *Las Voces Interiores*; *Los Trabajadores del Mar*; *El Hombre que ríe*; *La Leyenda de los Siglos*; *El Noventa y Tres*; *Los Cuatro Vientos del Espíritu*. Murió a los ochenta y tres años, dejando inéditas muchas obras de las cuales han sido publicadas: *Teatro en Libertad*; *El fin de Satán*; *Cosas vistas*; *Toda la Lira* y una parte de su correspondencia.

Las exequias fueron extraordinarias. El Arco de Triunfo de la Estrella estaba cuajado de crespones negros y bajo él, el túmulo. Hoy, su cuerpo descansa en el Panteón. Una de las proposiciones que se han hecho con ocasión del cincuentenario es trasladar su tumba a un sitio sin techo. Que los muros tristes y grisientos que elaboró Soufflot no parecen indicados para con-

tener aquel despojo grandioso. Un monumento, aire libre y el sol cayendo sobre las piedras del sepulcro. No se ha decidido nada todavía. Por París circula, ante la conmemoración, en medio de la hondura de una tragedia humana que anda en estos días por la gran ciudad, junto a una amenaza de guerra, la frase pomposa de Víctor: «Guerra a la guerra; Muerte a la muerte»; y un dejo romántico anima y entristece la corriente del Sena, donde se miran, sin Cuasimodo, las volutas y gárgolas de la catedral de Nuestra Señora.

### Magnus Hirschfeld

□ En Niza, donde convalecía de una larga enfermedad, ha muerto el Doctor Magnus Hirschfeld, alemán, desterrado a Francia por el régimen nazi. En Sexología, Hirschfeld era quizás la primera figura científica del mundo. Por lo menos en lo referente a estudios fisiológicos y anatómicos. A los 63 años, deja una obra contenida en 180 volúmenes, todos referentes al mismo tema.

Las principales, tratan de los anormales, de los que hace una clasificación, para entrar al aspecto social de aquéllos, defendiéndolos contra la moral mal entendida y proponiendo la creación de instituciones hospitalarias y reformativas. Sus estudios sobre las hormonas le colocaron a la cabeza de los especialistas.

Los nazi, no contentos con desterrarle, destruyeron el Instituto de la Ciencia Sexual, creado por Hirschfeld en Berlín y destrozaron su laboratorio-museo. Cuando se disponía, en Francia, a reunir lo poco que había logrado salvar de este pillaje, cayó enfermo. Mejoró levemente, pero sin conseguir una total reposición, se trasladó al suave clima de la Costa Azul, donde ha dejado de existir.

Acababa de publicar, en francés, escrita directamente en este idioma, (que perfeccionó con intenso trabajo en homenaje



a la acogida que le dispensaba Francia, su libro «El Alma y el Amor». Era un gran viajero, que curioso por el tema de su especialidad científica, recorrió gran parte del mundo. Los viajes enriquecieron su museo, para que las huestes de S. A. lo desperdigaran y quemaran en unas horas de saqueo furioso.

### Crisis

□ Gide se hace comunista, pero mantiene su idea individualista hasta un punto que sería imposible, seguramente, de ser aceptada sin más ni menos por los teóricos del Soviet... Drieu la Rochelle, va a Italia, escribe unas crónicas entusiastas en *Marianne*, luego su ensayo «L'homme mur et le jeune-homme» y por fin, en seguida, su libro «Socialisme Fasciste», donde se declara abiertamente partidario del fascio. Malraux, soviético hasta la médula. Fernández, que había asistido al Congreso de Escritores Soviéticos, hace ahora una entrevista al Conde de París, (heredero del trono de Francia, para los realistas), y viene a decir que él, Ramón Fernández, socialista, obrerista, hombre de izquierda, no puede afirmar que todo eso signifique ser antimonárquico. Esto indigna de tal suerte a Louis Aragon, que usa todos los trucos comunistas que hemos visto usados recientemente, en Chile, por los dos contendientes de una polémica. Frases, frases y frases. Lo que detestaba Lenin. En el mismo número de *Comunne*, donde sale este artículo de Aragon, aparece una noveleta de Jean Giono: al mismo tiempo, Jean Giono colabora en *Vogue*.

Todos buscan algo, pocos encuentran. Otros se creen que lo han hallado y se dedican a incurrir en la misma fraseología pintoresca que decían que había fracasado. Sin duda que no hay que burlarse de ciertas palabras, cuando están bien empleadas. La crisis fraseológica está en su apogeo. Se discute al aire. Esperemos que salga de todo este batiburrillo una inclinación determinada. Pero los unos parecen olvidarse de que algo está

llamado a pasar a la historia y los otros, esgrimen palabras, echándolas a perder. Avdeenko, novelista soviético, ha pronunciado, en el último congreso, una arenga en loor de Stalin. Una voz, al oír aquella oratoria, dijo: Lenin no toleraba chistes de este género.

#### Cinema

□ Se han caracterizado estos últimos extremos, por ser películas sin mucha trascendencia ni notabilidad, pero todas ellas llenas de un amable regocijo, de una ligereza simpática. No han dejado una impresión profunda, pero han distraído suficientemente. Perteneciendo a la categoría de películas eminentemente musicales, no han adolecido de los usuales defectos de esta clase. Quizás todo esto dependa de que ninguno de estos films es norteamericano, y con ello se ha logrado una originalidad, un sistema diferente y algo nuevo, que con menos gastos y menos luminarias, es mucho más efectivo.

□ Así, «La Favorita del Rey», (Nell Gwynn), interpretado por Anna Neagle y Sir Cedric Hardwicke. La gracia agilísima de la bailarina seduce al rey Carlos II de Inglaterra. Y el amor del monarca y la cantante, se prolonga, lleno de cordialidad, ternura y regocijo, hasta el fin de los días de Carlos.

Anna Neagle es una mujer deliciosa, llena de vitalidad y de finura, dentro de lo relativamente «vulgar» que tiene que ser por su papel. La belleza de esta actriz, tan distinta a las americanas de uso diario, destaca y atrae durante toda la proyección.

□ Paula Wessely, la protagonista de «Mascarada en Viena», es asimismo una artista espléndida. La película, cuya trama es divertida y engorrosa hasta la carcajada, se destaca por la precisión de los ambientes y por lo excelente de la interpretación. Paul Wolhbruck, que hace el papel del pintor Heydeseck, es un actor de escuela teatral, pero que ha sabido adaptarse al ci-

nema con gran acierto. Expresivo, serio, justo. Los demás personajes—especialmente el cirujano melómano—demuestran una identificación excelente con sus líneas de representación.

□ Y, en fin, «Desfile de Primavera», cuyo tipo central es Franciska Gaal, es otro film distraído, liviano, alegre, cómico, pero, como los dos anteriores, de buen gusto y acertada interpretación. Esta película (que bien puede ser destinada a la propaganda para la restauración de la monarquía austrohúngara), tiene deliciosos trozos musicales. Sobre todos, destacadamente, la marcha militar llamada de «las barritas saladas», es animadora, pimpante y graciosa hasta satisfacer.

Repito que no son films de trascendencia artística. Pero son buenos. Como elementos de pura distracción y de buen gusto; para pasar un rato de sosiego y recreo, tres obras que no dejan nada que desear. Que no se indignen los currinches.

□ Los noticiarios, «Fox» y «Metro», vienen cada día mejor. En cambio, los «Universal», se limitan a presentarnos las tonterías más destacadas de Yanquilandia. Parece que para Laemmle, en cuanto se refiere a noticiarios, no existen más que los Estados Unidos. Por lo menos, podrían ahorrarnos la voz gangosa e insoportable del explicador. En Madrid, cuando los primeros noticiarios Universal se explicaron en inglés, con el *slang* detestable de ese caballero desconocido, se armó tal pateo en los cinematógrafos, que la empresa se ha cuidado muy bien de ponerlos en castellano. Aquí, el amable y pacífico auditorio, sigue encantado con el gringo y con las escenas que nos muestran a un niño que reparte leche en bicicleta y a una elefanta que alza la trompa y mueve el rabo. Todo por supuesto, en un sitio de los EE. UU. A ver cuando se deciden por mejor camino los noticiarios Universal. A no ser que siga manteniéndose la tranquilidad admirable del respetable público.

## Fechas de junio

□ Hace un año se empezaron a publicar en «Atenea», estas Señales. Al final de cada una de ellas, distribuídas por meses, se ha publicado hasta hoy un calendario que pudiéramos llamar meteorológico-poético. Al solemnizar la fecha, el que señala substituye dicho calendario por otro, que bien pudiera calificarse de almanaque de remembranzas. Las fechas del mes en turno, darán motivos a estos recuerdos, que al trazarse, no se retroirán sino hasta donde los recuerdos puedan resucitar noticias que fueron vividas por nuestra generación. Sin descender a las lejanías de la historia, sino solamente hasta los años que, a pesar de cercanos, muestran o pueden mostrar una remembranza que nos haga surgir impresiones propias.

□ El 1.º de junio de 1910 partió hacia los mares antárticos la expedición del Capitán Scott, a bordo del «Terranova». La tragedia en que concluyó este grupo de gente heroica es digna de ser recordada. Roberto Scott, aficionado desde su juventud a los viajes y descubrimientos, mandó desde 1901 a 1904 la expedición del «Discovery». Descubrió la Tierra de Eduardo VII, atravesó la gran barrera de hielo y llegó hasta los 82º latitud Sur. Triunfante, regresó a Inglaterra, para emprender en 1910 un nuevo raid en el «Terranova». Fué el segundo (Roald Amundsen le precedió), que puso pie sobre el mismo polo Sur, señalando con una bandera el punto magnético. No pudo regresar. Perdida en las tempestades y el frío, la partida fué destrozada. Al emprender el regreso, murieron casi todos los marineros, se extraviaron otros y el teniente Oates se suicidó. Scott fué encontrado, muchos meses después, congelado dentro de una tienda de campaña, empuñando la pluma con que escribía sus memorias. Cerca de él, se tendía el cadáver del teniente Wilson y los despojos de los últimos perros que arrastraban el postrer trineo

de la expedición. Sólo se salvaron unos pocos tripulantes, entre ellos el teniente Evans, que publicó más tarde su libro «South with Scott».

□ El 5 de junio de 1916, viajaba rumbo a Rusia el crucero inglés «Hamsphire», llevando a bordo en misión secreta, como Ministro de la Guerra, a Lord Kitchener. Las postreras noticias que se tuvieron de este barco, fueron las de la mañana de este día. Después, hasta hoy, apenas se ha sabido nada de lo que sucedió. Ni rastro del crucero, aunque algunos creyeron hallar despojos flotantes de arboladura. La opinión inglesa se mantuvo, como en ocasión de la batalla de Jutlandia, aterrorizada, pero silenciosa en su patriotismo. Un golpe para la marina británica es algo que no se puede comentar en Inglaterra. El héroe de Kartum, el jefe del ejército conquistador del Sudán, el vencedor de Omdurman, el jefe de Estado Mayor de la guerra Boer, se hundió con el Hamsphire cuando éste, según todas las probabilidades, chocó con una mina flotante en las entradas de los estrechos del Báltico.

□ El 22 de junio de 1908, moría en Petersburgo el compositor Rimski-Korsakov. Oficial de la marina en su juventud, estaba siempre, en sus ocios, dedicado al estudio de la música y de la composición. Abandonó su carrera al conocer a Balarikev que tuvo sobre él una influencia decisiva. Formó el grupo de los Cinco, hacia 1871, en unión con César Cui, Balarikev, Borodine y Mussorgski. La intención de esta compañía era dar a la música rusa un carácter nacional. Siempre estudioso, trabajó, después de haber escrito «Antar» y «Sadko» en perfeccionar la fuga y el contrapunto. Fué nombrado Inspector General de las Músicas de la Flota Rusa. Sus obras más famosas son: Snegorutchka; El Zar Saltán; El Gallo de Oro; La Skovitana; La Gran Pascua Rusa; Scherazada; y la instrumentación de las principales obras de sus compañeros de grupo, ya instrumentadas por ellos, y en

las que, a veces, no hizo nada que añadiera mejoría a lo que habían realizado los propios autores.

□ El 30 de junio de 1913, murió en Aix-les-Bains, Henri Rochefort, el gran panfletario francés, que tanto representó en los días iniciales de la Tercera República. Empezó el periodismo colaborando como redactor de exposiciones en varios diarios de París. Llamado por la política fundó en 1868, «La Lanterne» (el 1.º de junio), en cuyas prensas se lanzaron los más violentos ataques contra el Imperio. Tuvo que salir a Bélgica, y a su regreso, inició la publicación de «La Marsellaise», más fuerte y radical que su predecesora periodística. El 4 de septiembre de 1860 fué sacado de la prisión para ser nombrado miembro del Gobierno de la Defensa Nacional. Después se pronunció, dimitiendo, contra el Gobierno de Thiers, pero no quiso entrar a formar parte de la Comune. Deportado a Nueva Caledonia, no volvió a Francia sino en 1880, para fundar «L'Intransigeant», con teorías radicales y socialistas. Diputado otra vez, volvió a dimitir para pronunciarse en favor del General Boulanger, a quien siguió, condenado en rebeldía, a su destierro de Bélgica. Se estableció en Londres hasta que en 1895 pudo volver a su tierra, donde hizo violentas campañas en relación con Panamá, Dreyfus y el movimiento Nacionalista. Murió cuando la intranquilidad europea presagiaba el estallido de la Gran Guerra. Este rebelde con inclinaciones populares y hasta populacheras, era marqués de Rochefort-Lucay. Una de las figuras más valientes de su época.—JOAN DE SELVAS.

## LOS LIBROS

CICERÓN, por *Alejandro Vicuña P.*

A estas horas, los aficionados a los estudios clásicos deben estar de plácemes: hay todavía quien recuerde a Grecia y Roma, quien se interese en su historia, artes y letras y quiera participar al público de sus opiniones. Un refinado poeta nos narra no ha mucho las peripecias de un viaje por la Hélade inmortal; hoy es un muy culto sacerdote quien nos traza en unas doscientas cincuenta páginas la biografía de Cicerón, cumbre de la literatura y el pensamiento latinos y postrer adalid de la república romana. Quizás esta vez sea la primera en que trabajos de esta índole los emprendan escritores chilenos. Y es muy de desear que, abierta así la vía, sean muchos los que se lancen a seguir por tal camino en que, aun a falta de novedades, se tienen siempre la grata contemplación de un glorioso pasado y las útiles lecciones de la experiencia.

De interés es el tema que trata el señor Vicuña. Lo que al respecto se ha escrito llenaría ya una biblioteca, y seguramente seguirá inspirando juicios, comentarios y estudios a las generaciones por venir. Es que por raro caso, en Cicerón se aúnan el insigne estadista, el agudo pensador, máximo artífice de las letras latinas y su orador supremo, fundido todo ello en la más amable, compleja y humana personalidad. Agréguese que el autor de las «*Catilinarias*» vivió en uno de los períodos más decisivos y trascendentales de la civilización antigua, en los mo-

mentos en que un nuevo credo religioso iba a trastornar desde su base aquella cultura.

El señor Vicuña, viniendo después de millares de críticos a darnos su impresión acerca del Padre de la Patria Romana, no ha intentado en su libro hacer obra de novedad y erudición sino poner al alcance de todo el mundo una somera vida del genial orador. Para ello ha tenido que esbozar la historia política de aquel tumultuoso y trágico período. Lo ha hecho en estilo sencillo, breve, castizo, con acá y allá ciertos chispazos de elocuencia, aunque evitando toda fraseología, que en este caso hubiera sido explicable y, lo que aun es más meritorio, omitiendo todo vano aparato de una erudición que le hubiera sido fácil aparentar. La índole del tema escogido por el señor Vicuña hace que en él política e historia tengan parte predominante; Cicerón es nada más que un testigo, por cierto uno de los más abonados y considerables, en aquel gran proceso histórico. De modo que al juzgar este libro hay que atender en especial a su valor histórico y político, a la exactitud y corrección de los juicios que los sucesos y los actos de Cicerón merecen a su biógrafo.

En este punto debe reconocerse que desde hace más de un siglo las grandes figuras de la antigüedad pasan por una mala hora: sopla en la atmósfera crítica un vendaval de iconoclastismo que azota y derriba los más sólidos monumentos, las más consagradas figuras. Homero y Platón y Virgilio, Aristóteles y Tácito ven discutidos y negados sus más claros títulos a la inmortalidad. No ha escapado a este sino el gran orador de Roma; al contrario, sobre él se ha descargado más implacable que sobre ningún otro el martillo de la crítica erudita, empeñada en demoler al político, al orador, al filósofo y al primer prosista latino. La crítica alemana, sobre todo, con Mommsem a la cabeza, se ha esforzado en derrumbarlo de su milenario pedestal, movido por razones políticas que todo el mundo conoce.

El señor Vicuña sigue esta corriente y no vacila en disparar también su piedra a la estatua de Cicerón. Casi podría decirse



que su libro es una tremenda requisitoria en contra del orador romano. La vida privada y pública de éste le arranca el más franco y cruel vituperio; página tras página, insultos, malévolas alusiones y despectivos epítetos se amontonan en onda formidable que ha de aplastarse sobre su víctima. Para su biógrafo, Cicerón es «hombre de pobrísimas condiciones de carácter» (p. 23) y su vida política «una serie de cobardías y oportunismos» (p. 30) de «prevaricaciones políticas», (p. 31); había en él un lacayo, un sirviente incondicional de los poderosos» (p. 33). En su vida familiar, al casarse, muéstrase Cicerón «frío calculador» (p. 45), porque «ese hombre no había nacido para el amor» (p. 24). (¿Cómo lo habrá sabido el señor Vicuña?). Más allá nos pinta a su víctima como «un funcionario arrastrado», (p. 46) «un gran vanidoso» (p. 51) a quien «le faltó el sentido del humorismo», «arribista por temperamento» (p. 56) «de menguado carácter», (p. 130). Nos habla el autor (p. 137) de «la ruindad moral» de su biografiado; y agrega (p. 185) que era «un bufón político», y «un viejo mesiánico», (p. 206). Hay que repetirlo, es a Cicerón a quien se refiere todo esto y son sólo algunos de los ultrajes directos y categóricos que el señor Vicuña le dirige. Pero no son los únicos; él discurre una manera más sutil y encubierta de todavía socavar esa fama: las alusiones ofensivas, las preguntas insidiosas, los comentarios hirientes que el lector desprevenido suele coger sin desconfianza y que van formándole una desfavorable impresión del personaje. Sí, por ejemplo, Cicerón logra la absolución de algunos reos clientes suyos, (p. . . .) es un mal funcionario «que no respeta los principios de la vindicta pública». Ha de entenderse que dicha vindicta requiere la condenación de todo acusado. . . . Pocas páginas después se le moteja por haberse gloriado de descubrir la tumba de Arquímedes. Más lejos (p. 137) recordando el fracaso de la defensa de Gabinio, se hace esta inocente pregunta: «¿Integridad del juez o inadecuada defensa del abogado? Bien comprendería Cicerón que una mala defensa equivale a una buena acusación». Para el señor Vicuña no puede,

pues, un abogado perder un pleito si no es por traición a su cliente o porque no logró sobornar al magistrado. ¿Se divisa la consecuencia de todo esto?

El conjunto de estos rasgos ciceronianos compondría una personalidad vil y repugnante, pero a lo menos habría en ella el mérito de la unidad y coherencia. Mas el señor Vicuña no entiende así el carácter de su protagonista, y a raíz del sombrío retrato que precede, nos muestra en cada página y a veces en el mismo párrafo, un Cicerón totalmente diverso del anterior y que es su radical antítesis: ya no hay hombre con más nobles y exaltadas cualidades que el supino orador. De nuevo órganos a su biógrafo. «La historia debe anotar ese rasgo de la juventud de Marco Tulio, (la defensa de Roscio), como una honrosa excepción en la serie de cobardías y oportunismos», (p. 30). «Cicerón debió pronunciarse incidentalmente contra la medida de Sila o quizás, sin necesidad alguna se propuso hacerlo, movido *ciertamente* por esa inquietud y amor que anidan en el espíritu de la juventud», (p. 32). En la misma página leemos «de los ímpetus libertarios y democráticos del talentoso abogado». El autor nos recuerda (p. 33), «el impetuoso discurso donde atacó la ley de Sila que privaba a varias ciudades del derecho de ciudadanía romana»... y en la pág. 37 nos habla del «jurisconsulto escrupuloso». Todavía un paso, y hallamos la más clamorosa palinodia (p. 46): «La honestidad en el manejo de los fondos y su incorruptibilidad ante los halagos del dinero hicieron del Cuestor un modelo de funcionario en una época en que la corrección moral no era distintivo de los servidores de la República... Por tal motivo la escrupulosidad de Cicerón en el manejo de los fondos fiscales constituye un hecho digno de alabanza». En la misma página leemos del «correcto funcionario que se aprestó para regresar a Roma». Algo después expresa el autor que Verres, a quien ataca Cicerón, «era el más corrompido y execrable ciudadano de Roma», (p. 52). ¿Fué de un ciudadano vulgar, sin carácter ni moral, ni patriotismo el buscar y conseguir la condenación de Verres?

El propio señor Vicuña lo confiesa más lejos, (p. 56): «Más que todo el amor a la justicia y horror por las iniquidades de Verres decidieron a Cicerón a aceptar la demanda de los sicilianos... Mucha independencia de carácter necesitó el acusador». «Verres pertenecía al partido aristocrático»... sin embargo, fué perseguido por ese mismo Cicerón «lacayo y sirviente de los nobles romanos». «El defendería a los oprimidos contra los poderosos», cosa muy natural en «un tímido y arrastrado», y ello «porque sobre todas las cosas estaba la salvación de la República», (p. 57) consideración harto inexplicable en un funcionario de menguado carácter, en un bufón político de la ruindad moral que se nos describe. Reconoce el señor Vicuña que en la acusación contra Verres «había una cuestión del más alto interés patriótico», (p. 59) y que castigar al prevaricador «era hacer obra de justicia, de moralidad y de imprescindible política». ¿Ven mis lectores dónde había ido a albergarse el sentimiento de la moralidad y justicia? ¿Ese mismo cliente y pensionado de los aristócratas romanos estatuye que los jueces podrán sacarse de la orden de los caballeros, despojando así de tal privilegio a la clase noble!... ¿Bastan estas contradicciones? Todavía no. Porque he ahí que en la lucha del Senado contra los tribunos (p. 62), Cicerón «se inclina a la clase popular», siempre contra el interés de los que lo tenían a sueldo... Y he ahí que el gran orador llega al Consulado «después de haber recorrido con honradez y competencia excepcionales los grados inferiores de la administración,» (p. 67), y una vez cónsul, continúa «desarrollando su plan para robustecer el poder público amenazado por las embestidas de conspiradores y demagogos», (p. 69). Deja testimonio poco después el señor Vicuña (p. 73) «de la ecuanimidad ordinaria de Cicerón». De ese hombre cobarde, sin carácter, vanidoso y bufo, admira el autor (p. 78) «la actividad increíble desplegada por ese hombre extraordinario que orienta con su palabra a la opinión pública y prepara al mismo tiempo los planes de ataque al enemigo y defensa de la sociedad», y reconoce que «tales hombres sabrán

luchar como grandes ciudadanos de una República», (p. 50). Es que hubo «energía y prudencia» en Cicerón (p. 87) y por eso lo proclama «el más grande de los romanos», (p. 88). La actitud de Cicerón ante Antonio, preludio de las formidables «Filípicas», arranca al crítico una postrera confesión (p. 202): «El día dos, dice, acudió (Cicerón) a la Asamblea, pero no para obedecer las órdenes de Antonio sino para encararse resueltamente con él».

¿No cree el señor Vicuña que hubo un tantico de coraje y de patriotismo en así desafiar al jefe omnipotente, y a sabiendas de que con ello se jugaba la vida?

Como se ve, en estos juicios del señor Vicuña acerca de un mismo personaje resalta en último análisis una profunda y flagrante contradicción, y tal, que de ser histórico y verdadero uno de esos personajes, el otro resulta por el mismo hecho irreal y falso. Ningún modo de eludir el dilema. En efecto, el Cicerón que don Alejandro Vicuña nos pinta es psicológica e históricamente un imposible; hay en él una contraposición de atributos como jamás se vió en mortal alguno, y que nos trae a la memoria aquel «monstruo incomprendible» que describiera Pascal. Este Cicerón que, ora planea en las alturas, ora se hunde en las simas, jamás existió, no es el que conocieron y escucharon Augusto, Julio César o Salustio. César mismo, supremo conocedor de hombres, ¿habría desplegado todo su ingenio y poderosa fascinación para captarse al vil personaje que el señor Vicuña nos pone ante la vista? ¡Pero si ya los propios elogios que el biógrafo tributa al magno orador anulan los cargos y ultrajes que le endereza! No: «el más grande de los romanos» no fué, no pudo ser un lacayo, un bufón, prevaricador, a sueldo de los patricios, y cobarde por añadidura. Hay un monumental error de psicología al juzgarlo en estos términos que se excluyen y con olvido de las trágicas circunstancias en que le tocó actuar. En su larga carrera oficial encontróse el orador frente a tres grandes crisis de la República en derrumbe: ante Gila, ante Catilina y ante la tiranía de Marco Antonio y César. En esos tres momentos de su vida Cicerón,

respaldado por el Senado, (testigo presencial y a quien, sin embargo, poco toma en cuenta el biógrafo), defendió, valerosa y triunfalmente, la más noble causa, la del derecho, la del respeto a las leyes y la moral, columnas sustentadoras de la patria; desplegó en ellos todo el genio, energía y ardimiento requeridos por el orden y la justicia, arriesgando en toda ocasión la propia vida en cumplimiento de lo que él estimaba su deber de romano. Y si en el último caso, frente a César y Antonio, dictadores omnímodos, fallaron su tino de estadista y su conocimiento de los hombres, injusto e infundado es buscar la causa del fracaso en miserias y cobardías del gran ciudadano, en vez de explicarlo por la inaudita corrupción política y social de los tiempos, por la falta de escrúpulos de sus adversarios, por la suprema habilidad de César, el primer hombre político del mundo antiguo, y finalmente porque llegada para Roma la hora del derrumbe, no podía ya aplicársele el verso grandioso: «*Moribus antiquis res stat romana virisque*». Que en plena omnipotencia de Antonio un hombre se haya atrevido a invocar públicamente las glorias y prestigio del pasado, haya desafiado al triunviro y lo haya requerido para que devolviera las libertades conculcadas y en la más fulminante oratoria de todos los tiempos lo haya infamado por la eternidad, basta para hacer de aquel ciudadano, de Cicerón, que sacrificaba su vida en aras de la patria, la más radiosa y excelsa figura de la historia romana, cumbre de sus letras y política y filosofía. ¿Habríamos, si no, de condenar la causa del derecho cuando la fuerza le impide triunfar?

Que en Cicerón, como en Demóstenes, el hombre físico, diremos, la audacia, la inescrupulosa corrupción y la antipatriótica y arrolladora ambición de un César impidiesen a Cicerón salvar a Roma en aquellos días de caos, no es un descrédito para el orador latino, como no lo es para Demóstenes haber huído en Queronea. Ambos libraron la batalla de la libertad y del derecho, intervinieron en ella; mas no puede exigírsele a nadie. Y

sólo resta repetir la palabra sublime del orador ateniense: «Lo demás está en manos de los dioses».

Este, el enamorado de las grandezas de la República, su defensor entusiasta hasta el sacrificio, éste es el verdadero Cicerón, el que con rara unanimidad celebra toda la historia contemporánea de aquel período. Por lo demás, éste es también el que resulta de la propia exposición del señor Vicuña. Hay en su libro una característica notoria para todos sus lectores: mientras todos esos denigrantes epítetos que he transcrito—bufón, lacayo, arrastrado, arribista y menguado, etc.—no descansan en ningún hecho concreto que los justifique, todos los encomios del señor Vicuña fluyen de obvios e indiscutibles sucesos históricos, son, puede afirmarse, la fórmula y síntesis de esos mismos hechos y actitudes. Es que mientras allá hablaban la imaginación y prejuicios del autor, aquí la justicia y la verdad se han impuesto al criterio del biógrafo.

Empero, aun esta verdad no aparece plena y totalmente dicha. El elogio del señor Vicuña recae sobre un aspecto de Cicerón, sobre el estadista, y no es lo suficientemente explícito acerca del escritor y el pensador, del gran maestro de la prosa latina. Verdad es que en estas páginas aparecen nombradas varias de las obras sociales, retóricas y especulativas de Cicerón; sólo que no se comenta su extraordinario mérito de forma y de fondo. En este caso tal insistencia era de estricto rigor, porque en el estadista romano todas esas capacidades intelectuales se compenetraron hondamente y se explican las unas por las otras. No fué Cicerón persona a quien pueda juzgársela exclusivamente por sus actitudes políticas: su pensamiento especulativo reaccionó poderosamente sobre sus conceptos e iniciativas cívicas. Y, por fin, ¿es acaso mediocre mérito en la personalidad de un individuo haber elaborado insuperables modelos de su idioma, haber marcado rumbos nuevos al espíritu romano y haber importado al Lacio las sabidurías y sistemas helenos? ¿Y presumirá alguien de cono-

cer a fondo a Cicerón sólo por saber que liquidó a Catilina y Verres y desafió las iras y venganzas de Marco Antonio?

Para corregir y perfeccionar esta engañosa e infiel semblanza y ofrecer de Cicerón un retrato auténtico hay que estudiarlo en su vida pública dentro de la sociedad en que actuó, en medio de los intereses, codicias e intrigas dominantes a la sazón, y aun más ampliamente en la vida espiritual y especulativa de la Roma de César. Labor del historiador político, a la vez que del crítico en su más amplio sentido.

Así aprecia el valer y condiciones peculiares de Cicerón como político uno de sus más recientes historiadores, y sus palabras son la suma del buen juicio, la penetración y la imparcialidad:

«Una vez perdido por el Senado el resto de su poder, nada  
« podía impedir la monarquía; no quedaba ya más que una lu-  
« cha por el trono. Que la adhesión de Cicerón al partido de los  
« nobles y sus empeños para robustecerlo por una alianza con la  
« orden de los caballeros no salvó a la República, no basta para  
« tildarlo de desatinado o de veleta. La época de salvar a la Re-  
« pública ya había pasado; pero no era para un republicano pa-  
« triota el reconocer en aquel momento esta verdad o para con  
« desesperación abandonar la lucha. Indudablemente él pade-  
« ció de indecisión, pero esta fué debida en parte a su capacidad  
« para contemplar los dos lados de una cuestión y en parte al  
« hecho de que su propósito era el bienestar de la República  
« romana, y no su propio encumbramiento al poder despótico.  
« No siempre quedó manifiesto por cuál de dos o más vías había  
« mayores posibilidades de lograr el bien de la República; y un  
« patriota honesto bien puede contemporizar mucho en la es-  
« peranza de ganar más». (Heitland, the roman republic, tomo  
III, p. 70)

Si esto puede alegarse en pro del hombre político, aun más amplias y justicieras y definitivas son las siguientes palabras de un eximio crítico, que engloban a Cicerón en sus múltiples actividades. Dice M. Clovis Lamarre en su «Histoire de la Littera-

ture Latine (vol. III, p. 188) «Todos estos yerros de Cicerón no  
 « los disimulo. Mas al censurarlos no puedo menos que pensar  
 « cuán difícil y a la vez cuán gloriosa debiera aparecernos la si-  
 « tuación de este hombre que por toda arma no tiene más que su  
 « palabra para combatir a una multitud de ambiciosos rodeados  
 « de legiones de su amaño; que se ve obligado a apoyarse ya en el  
 « uno, ya en el otro para defender la causa legítima; que siempre  
 « fiel a la República, en el tiempo mismo de la dictadura, no  
 « desespera de atraer al Dictador a la idea de reconstituir un  
 « gobierno liberal; y que, si hasta el fin se entrega a sus ilusiones,  
 « no obedece jamás en esta ceguera sino al más ardoroso, al más  
 « puro patriotismo, logra reanimar el entusiasmo en un pueblo  
 « degenerado y le hace aclamar todavía una vez, en el Foro,  
 « esa palabra de libertad que jamás volverá a resonar ahí des-  
 « pués de él».

Este Cicerón es el que no nos muestra debidamente el libro de don Alejandro Vicuña.—LEO PAR. Mayo 20 de 1935.



UN LIBRO DE AGUILERA MALTA. «Canal Zone», novela.—Editorial Ercilla. Colección América.

Aspero y galopante este libro de las tierras conquistadas, áspero y galopante como la vida siempre fustigada y torva del chombo. «Canal Zone» es exactamente eso: la interpretación del nativo y de su existencia en las desgraciadas orillas del Canal. Aunque escrito por un ecuatoriano, sangra el libro la íntima tragedia del istmo, cuyo tajo dominador y ciego como el destino infunde el presente y el mañana panameños, con la imponencia fría y cruel de una bárbara divinidad. En efecto, a la luz de las páginas de «Canal Zone», la conquista yanqui estructurada en el cemento armado del Canal, simboliza para el nativo el advenimiento del dios malo, del Moloch insaciable,



No tiene «Canal Zone» la gracia, la armonía de la obra perfectamente repartida, producto de las viejas culturas sabias y sutiles. No hay en «Canal Zone» tal sabiduría ni tal sutileza. Hay luz de sol implacable y pulso de barbarie encadenada. Crudeza ardiente, sensual, de bestia humana que mira con ojos todavía espantados, desesperados por la impotencia. No se ha pretendido componer, haciendo trasiego de lecturas, un libro agradable para la negligencia de un mundo aburrido y dispéptico. Se ha querido y logrado escribir y vocear una verdad modelada en hirviente lava de tragedia racial, levantar una luz, todavía humeante de tinieblas y de presentimientos, sobre los hombres de un continente, para que lleven alguna vez su sentido fraterno hacia el cordón de tierra marcado por la desgracia que trae consigo la violencia. Se diría que «Canal Zone» está escrito con el pulso jadeante del chombo que sufre en manos y pies la pesada argolla del esclavo, con la pasión desesperada de la sangre negra que ya no sabe pedir socorro y cumple su destino. Aguilera Malta, amasado con tierra de América, se agita con semejante ritmo bajo el sol del trópico y responde así al espíritu de un pueblo, cuya historia desaparecerá como corriente de agua en el desierto.

La vida de Pedro Coorsi, chombo, estructura la síntesis del libro, bajo la influencia de la divinidad extraña abierta en la tranquila existencia del país: el Canal. Desde el nacimiento de Coorsi hasta su muerte trágica y vulgar, la gigantesca obra del imperialismo lo mantiene bajo su tenebrosa garra. Hijo de chomba y de un griego aventurero que termina despedazado por las mandíbulas del monstruo, Pedro Coorsi, estimulado acaso por la porción blanca de su sangre, pretende desviar la humilde trayectoria de su vida, sobreponerse a la tara del color mediante el brillo de su inteligencia, mejor cultivada que la de todos los de su raza, y atraer sobre ellos y sobre sí la atención y el respeto que se merecen.

La madre chomba objeta:

—«Hay que soportar, Pedro. Es nuestro delito. Este rostro obscuro, estos cabellos apretados, estos labios gruesos son una valla ante los blancos. Tenemos que tolerarlo. No sé para qué estudias. Yo trataría, más bien, de ingresar al Artes y Oficios. O emprender cualquier negocio. Nunca te perdonarán tu color. Te será difícil ganarte la vida en esas condiciones.

«Pero en ese momento surgió en Pedro Coorsi, la otra sangre que llevaba dentro:

—«No, madre. Yo seguiré estudiando. No importa que hagan lo que quieran los blancos. Ya veremos si es posible que yo sea algo. Pueden ahora despreciarme. Ya verán más tarde. Además aquí en Panamá, hay muchos negros. Y puede ser que algún día...».

Pero cuando la educación de Coorsi lleva las mejores expectativas, el Canal le mata a su padre; el joven comprende que es necesario ganarse el pan. Lo hace sin desesperar mucho. Entra en las linotipias de un gran diario y un buen día la crisis lo arroja de nuevo a la calle. Comienza la desesperación, esa forma de locura que en algunas razas alcanza densidad de letargo y de penetrante y angustiosa tristeza.

La crisis que sobreviene con la terminación del Canal crea en el pueblo panameño diversos conflictos. Coorsi comienza la lucha social y sus movimientos ciegos y anhelantes lo llevan, poco a poco, hacia un destino peor. Huelgas, manifestaciones y la consiguiente nota pintoresca y decisiva de la traición interna, terminan por hacer de esta pobre vida chomba un deshecho social, como la gran masa de la población panameña. Vencido, caído en los más bajos menesteres, sin haber logrado jamás el deleite del triunfo contra aquella fuerza terrible que viene del Canal erizado de acero, de insolencia y de lamentos, Coorsi muere en un accidente.

Su época de agitador nos lleva hasta las raíces del bajo pueblo. Su miseria, igual a la de todos los pueblos indoamericanos, sucia e indolente, su abandono total de parte de los gobier-

nos. La agitación logra infundirles aliento de dignidad, que luego se pierde sin haber dado su fruto. Esta esforzada batalla para subsistir,—distensión de muchedumbre que forcejea con las amarras para levantarse y respirar el aire de una vida menos vil,—tiene un solo enemigo visible: el Canal. Tras él está la raza odiada. El libro da a entender que cualquier movimiento, simulado o no, estará orientado contra la insolencia rubia. El Canal es eso: el abuso, el crimen, la violación de la hermana, de la esposa, de la madre, las ametralladoras voraces, el desprecio. Pocas palabras en la literatura indoamericana, tienen el sentido trágico de sarcasmo, homicida, de aquel *Welcome*, que brilla allí, torvo y bruñido como un puñal, ganoso de carne rubia. Por lo demás, los invasores lo saben. Un marino de la gran flota en maniobras, habla: «Todos nos odian, todos nos miran con terror. En Nicaragua, cuando llegábamos a algún sitio, se daba la señal de dispersión. No se nos daba ni agua. Es verdad que cuando vamos a algún país latinoamericano el Gobierno nos festeja. Pero el pueblo no. Si salimos solos y hay una oportunidad nos hacen flecos»... «No somos culpables. Ni cuando violamos una mujer, ni cuando nos emborrachamos y cometemos atropellos. Ni cuando apoyamos el avance de una política nefasta en uno de los países latinoamericanos. Desgraciadamente se nos ha convertido en una máquina».

Hay, pues, en «Canal Zone», mayor porción de humanidad y de intención rebelde, que mera literatura. Es un libro de emoción y de inquietud elemental.

«El estilo—dice Wolfflin—es la expresión de una época y de una sentimentalidad nacional, así como expresión de un temperamento individual». Aguilera Malta trasunta en su último libro el pulso desigual, premioso, de una raza herida, el pensamiento y el dolor de un pueblo condenado a morir pisoteado. Es un estilo que a veces jadea, como si la necesidad violenta de la confesión le dejara de súbito sin aliento. De ahí la frase rápida, substantiva, mutilada a veces, como un grito ahogado en la som-

bra. De ahí, asimismo, su intensidad y su calor, que a veces nos lleva a acariciar las páginas como se acaricia un miembro herido.

Aguilera Malta entra con entereza de anunciador de nuevos tiempos en la joven y ya maestra literatura ecuatoriana, donde se tallan talentos indudables como Alfredo Pareja, Gilbert y otros. «Canal Zone» es un aporte documental, cuya sinceridad nos era necesaria para el mejor entendimiento de los pueblos indoamericanos.—LAUTARO YANKAS.



#### UNA NOVELA ECUATORIANA

Siempre nos ha producido desconfianza una obra en la que aparecen juicios o más bien, elogios, de diferentes personas sobre la personalidad del autor o sobre libros anteriores del mismo. Se nos ocurre que el autor pretende impresionar al posible lector en sentido favorable, sugestionarlo e inducirle a opinar en idéntica forma elogiosa que las personas cuyos comentarios se han reproducido en el libro. Por lo demás, estos comentarios que se colocan en la parte primera o posterior de un volumen, son, la mayoría de las veces, simple cortesía con la que se retribuye el envío de una obra. Casi siempre están desprovistos de sentido crítico y son sólo una alabanza cordial, una apología por lo general inmerecida y que no tiene relación con el contenido intrínseco del libro elogiado.

Frente a esta novela de Humberto Salvador, titulada: *Camarada, apuntes de un hombre sin trabajo*, (1) nos ha sucedido lo mismo, no obstante que el nombre de la obra provocó instantáneamente nuestra simpatía. Empezamos la lectura con temor, con vacilación. Pero pronto comprendimos que nuestras suposiciones estaban fuera de lugar, pues nos encontramos

---

(1) Talleres Tipográficos Nacionales, Quito. Ecuador.

frente a un escritor dueño de un temperamento definido y de una capacidad expresiva y creadora de primer orden y para cuya estimación y comprensión no se necesita conocer la opinión de otros individuos.

Esta novela es de manifiesta tendencia social, abiertamente concreta y definida. Humberto Salvador se convierte en exegeta y animador de una determinada doctrina, de una concepción económica, social y política precisa y hace de su obra una verdadera línea de conducta a seguir, un programa a realizar. Aquí está, creemos, su fundamental error, no obstante que nosotros sustentamos íntima y profundamente la misma doctrina que Humberto Salvador y creemos con él, que fuera de ella actualmente la humanidad no tiene otro cauce a seguir para salvarse de la quiebra total que devendría en anarquía lacerante. Pero es que entendemos que la novela—el arte en general— por lo menos en la presente organización social, no debe limitarse a ser la expresión de una ideología determinada ni ser la defensa de un programa político, económico y social definido. La novela debe captar la expresión humana en sus aspectos más diversos y vivos, en sus relaciones más patéticas e injustas, más hermosas, verdaderas y falsas. Debe pretender condensar la vida toda, en sus contradicciones sociales e individuales, pero siempre independientemente, objetivamente, sin enseñar una ruta precisa, sin determinar un camino inevitable que deberá necesariamente seguirse. Esto debe desplazarse al ensayo, al discurso, a la polémica, al panfleto, a la propaganda periódica y sistemática. En una novela, cuando más, debe aludirse finalmente, debe sugerirse, de manera transitoria, porque si no existe el peligro de caer en la simple defensa, en la declamación social sin contenido artístico.

Hemos señalado, a nuestro juicio, el defecto fundamental de esta obra de Humberto Salvador. Posee otros de mucho menor importancia, como ser, el desaliño de las frases, cierto preciosismo que a veces se transforma en pedantería o cuando

menos, en rebuscamiento tan manifiesto que resulta insoportable. Sin embargo, todos estos defectos que hemos querido precisar debido al valor mismo de la obra, no impiden que esta novela observada y analizada en conjunto, resulte una de las más interesantes que se haya escrito por los últimos escritores sudamericanos. Desde sus primeras páginas el lector se siente dominado por el intenso y profundo sentido humano que la alienta, por la poderosa comprensión de los de abajo, por la fervorosa piedad hacia todos los que sufren la miseria cotidiana y que inútilmente se sacrifican por obtener el pan diario para ellos y sus familias zarrapastrosas y que nunca alcanza para satisfacer las necesidades más apremiantes de sus estómagos, por más que el trabajo sea brutal y agotador. Ahora, la tragedia de los desocupados, más patética y tremenda, sin siquiera la débil esperanza del salario, aparece pintada en toda su dolorosa realidad, en toda su lacerante desnudez.

Sergio Ignatoff, escritor ruso contemporáneo, habla con certeza de la obra de Humberto Salvador:

«Humberto Salvador se detiene en su intsesante libro en anormalidades sociales, morales y familiares de la sociedad contemporánea. Su libro es una protesta áspera y una especie de bofetada dada a esa sociedad. El autor toma muy profundamente los problemas principales de la especie humana—el hambre y el amor—y los trata muy extraordinariamente. El añade el psicologismo a la prosa narrativa de su país. Sus ejemplos literarios se deben buscar en la literatura rusa y aquí, en primer lugar es preciso mencionar las obras de Dostoiewsky. Pero sería una grande equivocación el contar al autor como un imitador. La obra suya es enteramente original y se separa de la literatura americana muy inspirada por la literatura francesa. Humberto Salvador, asimilando de los autores rusos la profundidad del análisis psicológico y recogiendo para sus temas varios desvíos de la norma psíquica, rehusa la influencia francesa tan corriente en Indoamérica. El autor se da cuenta de los caminos de

la evolución futura de la literatura americana. Esos caminos no la conducen a París. Extraordinariamente importante es el valor social en la obra de Humberto Salvador. El autor es psicólogo muy sutil, tiene gran cultura y erudición y se presenta como un gran maestro de la prosa fuerte, flexible, rítmica. Su lenguaje tiene agudeza y color brillante. Resulta el libro magnífico, lleno de contrarios sociales y sexuales, esbozados por su mano maestra».

La referencia recién transcrita, es a un volumen anterior de Humberto Salvador, titulado *Taza de té*, pero que puede aplicarse en todas sus partes también a *Camarada*.

La característica esencial de esta novela, aspecto ya señalado por Sergio Ignatoff, es el análisis que en ella se hace del aspecto económico y sexual de la vida. Esta dualidad domina en el libro, siendo el eje motriz de la misma. Todos los conflictos sexuales que provoca la ausencia de una economía estable, los sacrificios que esta ausencia lleva envuelta, las desesperanzas quemantes que inocular, las desesperaciones que crea, aparecen pintadas de una manera sobresaliente. Existe vigor en la frase, absoluta precisión en las observaciones y un gran conocimiento de los personajes estudiados que hace suponer que Humberto Salvador ha conocido de muy cerca la vida desgraciada de los mismos. El análisis de las pasiones y problemas que los agitan diariamente, el proceso psicológico que se desarrolla de manera simultánea al desarrollo de sus vidas, está realizado en forma verdaderamente notable, demostrando Humberto Salvador ser un psicólogo penetrante, un analista poderoso de las contradicciones que plantea permanentemente la vida.

Algunas escenas, diremos más bien, la mayoría de ellas son de una crudeza dolorosa que dejan el espíritu llastado, obsesionado por las amarguras de las injusticias sociales, por la irremediable situación de los que laboran cotidianamente la riqueza del mundo. Ahora, agreguemos la audacia de pensamiento, la

ausencia de prejuicios, el anhelo fervoroso por transformar todas las miserias diarias, por evitar al humilde su constante condición de ofendido y comprendemos que «Camarada» es una obra que llegará a ser el verdadero camarada de los harapientos. Creemos que este puede ser el mejor elogio de la novela de Humberto Salvador.—ARTURO TRONCOSO.



HOMBRES, por *Eugenio González*.—(Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1935.

A pesar de que la producción literaria de Eugenio González es exigua, su nombre se destaca, egregio, en nuestras letras. La aparición de su novela «Más Afuera», tuvo todo un valor consagratorio. De suerte que la publicación de un nuevo libro suyo era esperada ansiosamente por cuantos tienen aficiones literarias. Por eso, su última novela «Hombres» ha provocado ya el comentario crítico; elogiada y denigrada, esta novela de González no podía pasar inadvertida en nuestra abundante cuanto mediocre producción de este último tiempo. Tiene «Hombres» merecimientos y defectos tales, que en torno a ella se polemizará, saliéndose del mero juicio literario para abarcar trascendentales problemas sociales y políticos. No es tal nuestro ánimo; sólo estamparemos nuestras personales acotaciones de lector presuroso.

Juzgar un libro es justipreciar sus méritos y dolencias de forma y de fondo; se dan a veces tan indisolublemente unidos estos aspectos, que es imposible separar el uno del otro, pues entre ambos existe íntima correlación. Aun cuando en este libro de González la forma es la genuina expresión de su contenido, debemos, al juzgarlo, demarcar nítidamente el fondo y la forma.

El más exigente en materia de lenguaje, tendrá que convenir en que «Hombres» está escrito en una prosa impecable,



no en el sentido gramatical, de fría corrección sintáctica, de discreto uso de los enclíticos, etc. Impecable nos parece la prosa de este libro, porque hay riqueza de vocabulario, expresiones novedosas, sugerencia en las frases, variada la adjetivación, sin ser profusa, pero lo suficiente para henchir los períodos de nervio y reciedumbre, musicalidad y transparencia, como aguas rumorosas que discurren lentas, graves, por el lecho que va abriendo implacable el denso caudal, clarificándose en un correr incesante.

La descripción de un mitín, la vida misérrima de un conventillo, las orgías en una casa de prostitución, las discusiones entre académicos de la revolución, los estados anímicos de sus personajes, todo ello tiene tal color y poder de sugerencia, en este desfile sonambulesco de revolucionarios descentrados, de adolescentes románticos y literalizados, poetas sin versos, borrachos de palabras y de teorías. Son páginas de patética belleza esas en que González pinta la vida y muerte de una pobre lavandera en un conventillo, mientras su hijo, su esperanza, lleva una existencia desorbitada y sórdida, como la de casi todos los revolucionarios que desfilan a través de las páginas de «Hombres».

Por todo ello, este libro se lee sin exigir al lector esfuerzo de concentración; al contrario, lo retiene, abstraído en la lectura, firmemente engarfiado a ella, hasta dar remate a la historia de todas esas vidas que pasan vertiginosas ante nuestra emoción atenta.

Así apreciada la forma de esta novela, estamparemos ahora lo que su contenido nos sugiere. Desde luego, hay que hacer notar que novela en el sentido que la preceptiva da a este género literario, no lo es este libro. No hay unidad en la acción, carece de personajes centrales que hagan de protagonistas, alrededor de los cuales gire la trama, la cual tampoco existe; no hay propiamente una intriga que despierte la curiosidad de saber cuándo los personajes se casan, qué es lo que comen, cómo

eyaculan, es decir, todas esas triquiñuelas que tanto gustaron a nuestros antepasados y siguen gustando a los choferes y señoritas en sus lecturas de novelones. «Hombres» está formado por una sucesión de cuadros que se refieren a una huelga de zapateros, acaecida por el año 1920. Todo gira en torno a este hecho que tuvo un carácter francamente revolucionario. Y, a nuestro juicio, el mayor merecimiento de este libro reside, después de la forma en que está escrito y que ya hemos elogiado, en la pintura, al aguafuerte, de numerosos revolucionarios y de los ambientes en que actúan. González pinta a sus personajes introspectivamente, los retrata no por sus características físicas, externas, por su modo de andar y por el color de su pelo. Nos los presenta por sus diferenciaciones psicológicas; son los pensamientos íntimos, más que sus palabras, los que sirven para conocer a los personajes de esta novela. Y en ello González ha acertado plenamente. Vargas, Rosenberg, Sierra, Gómez, Leiva, Zapata, Marín, todos ellos tienen una existencia propia bien diferenciada, que va más allá de las frías páginas de la novela para vivir reencarnados en numerosos seres que hemos conocido en nuestras vidas. ¿Son todos ellos *hombres*, no en el sentido masculinamente biológico del vocablo, sino por sus caracteres firmes, por sus limpiezas de alma, por sus generosidades, por sus talentos, por la sinceridad de sus ideales, etc.? He aquí una interrogación que se nos ha interpuesto en todo el curso de la lectura de «Hombres». Y cabe responder, al voltear la última página, con un rotundo *no*. Ex hombres, subhombres, es el calificativo que, en definitiva, merecen casi todos esos personajes que González ha pintado en su libro, pues todos ellos son, en el fondo, mezquinos, desorientados, abúlicos, ambiciosos, arribistas, de corazones menguados, empequeñecidos por sus propios instintos, almas turbias como aguas encenegadas.

Acaso, estas vidas noveladas por González sean reales o simplemente imaginarias. Ello no nos interesa. Al arte no le incumbe verificar los hechos. Son verosímiles, y basta. Así él

las conoció o así él las imaginó; no podemos exigirle que nos las pinte a nuestro amaño para contentamiento de nuestras personales ideologías. El artista obra de acuerdo con sus íntimas sollicitaciones; lo otro, sería falsearse, hacer un arte ad-hoc, de gabinete, insincero. Es decir, sin calidad humana. Exigirle a González la pintura de héroes cuando él no los *siente*, es pedirle a un hombre que sea risueño cuando en su alma asoma siempre la tragedia. Un absurdo.

Ahora bien, que la novela de estas vidas sea negativa, así la creó González y así tenemos que cogerla nosotros. En verdad, «Hombres» resume desilusión, creímos un momento que esos revolucionarios tenían ideales y luchaban desinteresadamente por ellos, que eran capaces de sobreponerse a las mezquindades torvas de la vida; pero, a la postre, resultaron derrotados por sus propias almas sin fuego, corazones vacíos de cordialidad, vidas que parecieron ser heroicas y que terminaron en el más uniforme anonimato.

Leído este libro, deja en el alma del lector amarga desesperanza. González, que conoció nuestros ambientes revolucionarios, cree que en ellos no se dieron héroes. Triste verdad para los que ansían una mejor vida, tiempos mejores, menos padeceres y más alegría. Pero lo que así fué, no significa que así sea o será.

Eugenio González se incorporó en plena juventud a las luchas revolucionarias, actuó dentro de ellas ocupando situaciones destacadas; ahora está alejado de todo ello y escribe esta novela desesperanzada. Ya el joven revolucionario de ayer, se ha tornado en un escéptico. Acaso siempre lo fué. ¿Podemos, entonces, exigirle un entusiasmo por lo que no siente ni ha sentido? Creemos que González es sincero consigo mismo, y ello es suficiente para explicarnos su íntima reacción frente a hombres y acontecimientos. Para otros la doctrina y la lucha. Dejemos al artista encerrado en su yo, laborando en su corazón las emociones que la vida le vaya sugiriendo a su paso ingrato. Y en-

tonces, el artista podrá darnos páginas tan bellas como las que hemos encontrado en este libro desilusionador.—MILTON ROSSEL.



DON DIEGO PORTALES. (Historia novelada.) *Máximo Soto-Hall.*

Leyendo esta novela del conocido escritor centroamericano, llega uno a convencerse de que el político chileno está bien ahí: en la novela. Voluntarioso, porfiado, enamorado en ocasiones, no es el personaje de América, ni siquiera de Chile, que el Sr. Encina, con criterio provinciano, estudiara en páginas de lectura difícil y aburridora.

Ni estadista ni político de visión amplia, Portales fué sólo un espíritu enérgico en una época turbulenta de la vida chilena. Y debe a un partido político su monumento y su pequeña gloria.

Soto-Hall ha desarrollado con maestría el plan de la novela, y logra que el lector devore sus páginas con interés mantenido. Pero tiene su obra, el mismo punto débil—imperdonable en este caso—de toda su labor de ensayista: el estilo.

Pobre, vulgar, sin sugerencias, incorrecto muchas veces, sin calor humano siempre, interesa con su relato sin que consiga emocionar. Conoce la técnica de la novela como pocos escritores indoamericanos de hoy, pero eso no basta para ser novelista. Le falta lo interno y lo externo. La pasión que se transmite y la forma expresiva que atrae.

Con todo, pensamos que mientras el voluminoso estudio del Sr. Encina, digno de un personaje universal, más que de un mediano político criollo, será, en plazo muy breve, durmiente forzoso en estanterías que nadie revisa, esta novela (1) de Soto-Hall, a pesar de sus deficiencias, dará a conocer en Amé-

(1) Editorial Ercilla.—Santiago, 1933.

rica la personalidad cierta y discutible de don Diego Portales, y será leída con agrado por todos los públicos. Tiene, para conseguir ese triunfo, dos cualidades evidentes: livianura y amabilidad.—C. P. S.



NOVELAS DEL PÁRAMO Y DE LA CORDILLERA.—*Sergio Núñez.*

He aquí otro nombre que añadir al de los prosistas ecuatorianos de la hora, con méritos que le acercan bastante a Pareja Diez-Canseco, Gil Gilbert, Aguilera Malta y Gallegos Lara.

Pintor realista del indio sufridor, nos da la visión del campo ecuatoriano y de su tragedia inacabable. Con pleno conocimiento del ambiente y de las costumbres populares, cada una de sus novelas cortas es un documento vivo que deja ver hasta dónde llega la expoliación del aborigen por el capitalista ecuatoriano.

Otros novelistas de su tierra trataron ya el mismo asunto que Sergio Núñez, y con igual deseo de redención que él. No hay, pues, gran novedad en los temas abordados, ni su desarrollo se sale de la técnica ya conocida.

Isaac J. Barrera, prologuista de esta novela del páramo y de la cordillera (1) se refiere, de paso, a la continuada labor que ha desarrollado Núñez en periódicos del Ecuador. Y ese dato sirve para explicarnos deficiencias de estilo, inherentes a casi todos los periodistas que cultivan la literatura de creación. Absoluta carencia de síntesis, exuberancia de lugares comunes y falta de elegancia en la adjetivación.

Estos defectos de su estilo, fáciles de corregir, hacen desmerecer el hondo y noble sentido de redención que tienen todos sus relatos. Porque la novela puede tener o no un espíritu

---

(1) Imprenta Ecuador, Quito, 1934.

de lucha social, y hasta convertirse en acusación a los que gobiernan; pero no puede carecer de las condiciones de técnica y de estilo, a menos que degenerare en campaña ideológica simplemente.

Con Sergio Núñez, suman ya cinco o seis los novelistas ecuatorianos que tienen como único horizonte literario la defensa de las clases humildes de su patria, del indio especialmente. El tema corre, pues, peligro de agotarse.—C. P. S.



EL SUEÑO DE MI NIÑEZ.—*Manuel Benavente.*

Relatos autobiográficos, el hogar, la iglesia, el colegio, la calle, el amor, forman este primoroso libro en prosa, del poeta uruguayo Manuel Benavente.

Alguien dijo que los poetas auténticos escriben mejor prosa que los prosistas. Este libro del autor de «Rosas de bohemia» tiene el estilo purísimo de un canto, la precisión de conceptos y la síntesis sugeridora de un gran prosador.

Sin hallazgos—buscados, por lo general, afanosamente—de imágenes o de giros, nos dice la verdad de su vida sin miras a lo trascendental, convencido de que la belleza no es niña complicada.

El relato de sus tres amores de adolescente, lleno de frescura, tiene para nosotros el defecto de una timidez temblorosa. Se advierte que el autor quisiera decir algo más de lo que deja ver; pero se estrella con la posible ruindad de un comentario baladí.

Libro amable, «El sueño de mi niñez» (1) reafirma el prestigio intelectual de Manuel Benavente.—C. P. S.

---

(1) Imprenta Marsén. San José, Uruguay.

EXALTACIÓN. Poesías, por *María Consuelo Garay*.—Editorial Cultura. Buenos Aires.

Probablemente, si la autora de estos versos, en vez de escribirlos claros, sencillos y ajustados a cánones, los hubiese escrito hueros, complicados y sin ton ni son, habría tenido una mayor resonancia literaria. Desde luego, habría sido más discutida, y con la discusión... : «Hay que enturbiar el agua para que no se vea el fondo», dice Nietzsche.

Bien. La fe salva al creyente, pero la buena fe pierde a los poetas. Y el poeta no es un creyente. Hacer versos es un buscar rumbos hacia la belleza escondida; es un balbucir interrogaciones eternas. De eterna irresolución. De la poesía, más que de ninguna otra cosa, se puede decir que todo es en ella relatividad. Pero relatividad, cuyo alcance cualquiera puede apreciar más o menos claramente, cuando son claros los elementos y los intentos de que se ha dispuesto. Si se enturbia el agua, no se podrá ver el fondo de esa relatividad. Eso es todo. Y a eso íbamos, nada más: Hacer arte claro es limitarse honradamente a la realidad de esa relatividad.

La señorita *María Consuelo Garay* tendrá que resignarse, desgraciadamente, a ese límite puesto por su misma honradez. Un límite muy limitado. Sus versos son, como lo enunciamos más arriba, claros, demasiado claros; sencillos, más que sencillos, casi simples. Su disciplina estética se queda en el grado primario de la rutina.

Nada hay de exaltado, fuera del título, en este libro. «Exaltación» es una palabra que aquí tiene el vuelo de una flecha de museo. Poesías de pequeños bríos mujeriles, no poseen la fuerza de excepción a la regla de las poetisas ilustres, como la *Mistral*, la *Ibarbourou*, la *Delmira Agustini*. No la inspiración salomónica, ni la pagana gracia, ni la pasión divino-mefistofélica. Pajarillo

de a ras de tierra, sus ímpetus se van reanudando sucesivamente de palo en palo, de título en título. Larga hilera de títulos, entre los que corren, apenas ludidos por el soplo creador, versos de gris inconsistencia.

Versos débiles, indecisos, de una unción inexpresiva. A pesar de sus alardes pecaminosos, trascienden íntimamente a lirismo casto y cotidiano:

«Una palabra, «mío»,  
yo llevo por rezarla  
en su abrazo, ardorosa  
como una fe agrandada,  
y aprieto entre los dedos  
una caricia larga  
que enroscaré a tu cuerpo  
como una vid sagrada...».

(Y dijo la Ensoñadora, pág. 15).

A veces, raras veces, logran atrapar la mariposa esquiva de una bella metáfora:

«Su racimo exprimieron las nubes  
sobre el surco...».

(Cosecha, pág. 28).

Pero generalmente no se le descubre, bajo sus suavidades femeninas, la «vena» lírica a esta poetisa de lindo nombre romancesco. Por mucho que rebusque y combine ideas y palabras, sus versos nos dejan casi siempre la impresión de que son sólo «palabras, palabras, y palabras»:

«Cuántas veces yo sueño cuando hay Luna  
regalarle a su luz mi azul crisálida,  
porque maravillosa abriera en una



escultura ideal de forma cálida  
y Vestal consagrada de la Luna  
prender de un rito toda su luz pálida».

(Panteísmo, pág. 70).

Sí; nosotros también estimamos que, por el momento, la señorita María Consuelo Garay, es sólo una crisálida lírica. Esperaremos su evolución perfecta.—GUILLERMO KÖHNENKAMPF.

■

EN TORNO A UN AUTOR PREMIADO

Luis Durand es el escritor nacido del ambiente mismo de sus obras. Viene a nosotros en menos tiempo y mejor clima literario, pero trae también tejido de carne más sufrido y pupilas bien logradas en hombres y paisajes. Sin embargo, quedarán ausentes de vida interpretativa, antes de ser vertidos al papel, en espera de mayor madurez y de livianura de preocupaciones. Durand, en medio de su realidad sufriente, seguirá siendo actor de sus cuentos sin vislumbrar aún el mundo de la ficción novelística. Cuando empieza a escribir, acaso él mismo se sorprenda de que sus creaciones tengan una firme consistencia. Hacén ocho años no más yo mismo leía esos primeros relatos que eran el desahogo lógico de una naturaleza llena de posibilidades; después el escritor se irá afinando, la cuerda grave de su sensibilidad vibrará en un tono más sutil y en la imaginación los tipos vistos en sus campos cauquenenses adquirirán la fuerza persuasiva y la atmósfera vital en que viven.

Luis Durand ha sabido ser consecuente a ese mensaje de su tierra, dándonos volúmenes de afanosa constancia y bella labor, hasta entregarnos su mejor realización en «Mercedes Urizar», que es a la vez su primer y feliz intento de novela. Léida así, de golpe, más rápida que otros libros que caminan

consagrados, se puede entrar seguro en su ambiente acogedor y quedarse allí en confianza, sujeto a la atmósfera de los protagonistas. Se empieza por abandonar todo espíritu de análisis y se entra a ese mundo del villorrio chileno restallante en su paz aparente y rico en contenido emocional. El ambiente de «Mercedes Urízar» constituye su más legítimo éxito de narrador; el ambiente es la fuerza que salva la novela de toda fórmula crítica y hace en el espacio un hueco aislador, una palma caliente de mano, que se cobija como un nido entre coposos arbolados.

Los protagonistas no van a ser en sus pasiones grandes ni complicados. Viven y resuelven la vida en el sentimiento de su mundo, cuidándose divulgar sus flaquezas, formándose en padecimiento de amar y en reparar el fracaso matrimonial con ternura ardida en la montaña, entre suspiros e ilusiones. El autor encuentra aquí voces íntimas, de expresión y renunciación, que saldrán a dar el tono de la novela, a descargarla de su miel, a poner limpia de obscuridad la virtud inmanente de la tierra, reflejada en sus tipos que nunca apagan su llama interior. Ellos son la humanidad del campo chileno que ha salido del folklore, para incorporarse al vivir ancho de la vida. Pero la ciudad arribista, con su cortejo de falsas seducciones, tiene todavía puesto su puñal contra ese renacer de esperanzas de la tierra misma. No es otra cosa el golpe traidor que recibe el protagonista Andrés García del ex marido de Mercedes Urízar en el acecho nocturno. Es la puñalada de la ciudad perversa al alma ingenua del campo, cuando ésta se manifiesta en toda la grandeza del amor, libre de prejuicios, como una oleada madura de sangre de quilantar, mullido en los bosquecillos, exaltado en las ensenadas de lagos misteriosos, frente a la naturaleza virgen de la noche austral.

El premio municipal de novela, 1934, ha venido a su labor en buena madrugada de aliento.—SADY ZAÑARTU.

■

## CUENTOS

«LOS FUSILADOS» por *Cipriano Campos Alatorre*.—Apunte del autor por *Roberto Acevedo*.—Portada de *Julio Prieto* (1).

Existen dos tipos fundamentales en la novelística de la Revolución Mexicana. Uno—cuya mejor realización se encuentra en «El Aguila y la Serpiente», de Martín Luis Guzmán—participa del reportaje, el retrato y la fotografía. «Vámonos con Pancho Villa», de Rafael F. Muñoz, y en cierto modo «Cartucho», de Nellie Campobello, se acercan a ese tipo.

Mariano Azuela inició con «Los de Abajo», otro estilo de novela de la revolución, en la que no aparece ninguno de los grandes caudillos, y se elimina todo lo que sea alusión directa a los hechos y a las personas. Esto vale sólo para «Los de Abajo», ya que en «Las Moscas» el procedimiento era distinto y más directo.

Cipriano Campos Alatorre novela también con «Los de Abajo», la multitud anónima. Sus personajes son típicos y poco individualizados.

«Los Fusilados» es sólo un detalle de la lucha entre carrancistas y zapatistas, pero su autor logra dar—como sucede en las mejores páginas de Azuela y de Gregorio López y Fuentes—la temperatura de cien acontecimientos que no aparecen en su relato. Su lectura hace recordar a los soldados desesperanzados y desaparrados de «La Derrota», de Fadeiv. Los zapatistas que aparecen en el relato no tienen ninguna apariencia de soldados, pelean por la tierra, y van con sus soldaderas y hasta con sus hijos, a cuestas. No hay gran disciplina, pero sobra humanidad.

---

(1) Edición Sur. Oaxaca México. 1934.

—«Oiga, mi coronel, la verdad... yo ya me muero de hambre.

—Lo mismo decimos nosotros. Todavía uno se puede aguantar como los hombres, pero las...

—¿Sabe usted, mi coronel—prorrumpió Evaristo, mezclándose al grupo—que nosotros estamos hasta el copete de todo esto? Nueve años consecutivos de lucha por agrarismo... tierras por aquí y tierras por allá. Y al final del cuento no adquirimos más tierras que en la que nos caemos muertos.

—Hablas como un libro, comentó Santiago Luna, rascándose.

El coronel se puso pensativo... (pág. 20).

Primero se va a la pelea, y después se trata de averiguar por qué se pelea:

—«Oye, Evaristo—clamó Simón echando el brazo a su compañero. Yo no he podido entender eso del «agrarismo», por más que lo estoy oyendo a cada instante. Si he de hablarte con franqueza, yo no más me di de alta porque en la revuelta cerraron la fábrica, y no había que comer. Primero pasaron los carrancistas y estuve a punto de partir con ellos, pero me sentí algo enfermo... Cuando los fuí a buscar se habían marchado. Rodando vine a dar con ustedes. Yo pensaba que de morir de hambre a morir de un balazo, era preferible lo último, ¿qué te parece? Pero ya veo que aquí se pelea por algo»... (pág. 23).

Más, mucho más, que la idea revolucionaria predominan los motivos sentimentales: «Evaristo que en sus ratos de ocio era un algo músico y poeta a la vez, improvisó el «Corrido de Simón Gutiérrez», relatando las aventuras de éste, desde el día en que lo abandonara la mujer;

«Por ti, mujer desalmada,  
me he dado a la perdición,  
prefiero morir de un tiro  
a morir por tu traición.

Ya con esta me despido;  
señores digan su adiós,  
a un pobre desventurado  
que fué a la revolución».

En las escenas del fusilamiento, sádicas y melodramáticas y llenas de color «rojo y verde», pictóricas casi, culmina la tragedia menuda y angustiosa que enturbia las páginas de este cuento.

—«Son agraristas, querían su territa, ¿no es cierto? Pues ahora es cuando la van a aprovechar.

Simón, en quien un desesperado instinto de vida pudo más, echó a correr, nadie pudo saber cómo, con tres heridas en la espalda; pero un soldado le dió alcance y lo remató a machetazos.

Perseguidor y perseguido estuvieron dando vueltas alrededor de un maguey, durante un minuto de intensa expectación entre los que presenciaron aquella lucha desigual.

El soldado, enfurecido, tiraba tajos a diestra y siniestra gritando como un desaforado.

Gruesas, carnosas pencas de maguey caían sobre la hierba.

Simón se estiraba, se encogía, y daba saltos inverosímiles; pero de pronto se detuvo. Un machetazo había dado en el blanco. Con un hombro casi desprendido, y regando la tierra con su sangre cayó de rodillas.

—¡Hermano... hermanito...! ¡No me vayas a matar!

La sombra iba ascendiendo lentamente.

Atardecía.

Bajo la roja tragedia del ocaso, era igualmente doloroso el cuadro del hombre mutilado, y el maguey, con sus pencas vigorosas y verdes destrozadas...» (pág. 65).

El volumen trae cinco cuentos. Con «El Profesor Neraz» y con «María Concepción Curiel». (Confidencias de una Taquimecanógrafa)—equivalente en nuestra literatura a «La señorita Cortés Monroy», de Januario Espinosa—Campos Alatorre se nos

muestra como una buena promesa de novelista de la clase media mexicana.

Cipriano Campos Alatorre es un escritor muy joven, la misma variedad de temas que aborda en este volumen de cuentos, nos da la pauta de su indecisión y de sus posibilidades.—  
JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

■

«ESTAMPAS DE LA BIBLIA», de *Juana de Ibarbourou*

He leído reiteradamente—con ahinco pasional—este nuevo libro de perfume bíblico de la gran poetisa uruguaya. Ha sido editado por la Sociedad de Amigos del Libro Ríoplatense, esa empresa de lirismo piloteada por finos y penetrantes líricos de las dos orillas.

«Estampas de la Biblia» presenta, en fuertes y aromosos cuadros de evocación, las heroínas y patriarcas del Viejo Testamento. No es una substanciación gráfica, de perfiles decorativos, sino cierta desdibujación de facciones materiales para conseguir, en ágiles momentos de lucidez emocional, los relieves místicos y religiosos de las grandes figuras parlantes y actuan-tes de la Biblia.

Pero Juana de Ibarbourou ha tenido la insubstituible sabiduría estética de permitir que cada personaje se presente por sí mismo, vertiendo desde adentro la suma de emociones y sucesos que definen el lugar, la fisonomía interior y las evocaciones que caracterizan cada jerarquía. Las mujeres heroicas hablan de su entraña desgarrada, del amor tremendo, de la fe pasional o el instinto maldito; y hablan con el mismo ardor e intensidad de entonces, buscando el latido y las formas precisas del alma, a objeto de fijar la vibración espiritual con que viven en los siglos.

Es claro: estas «estampas» surgen de una maraña de lati-

dos humanos. La poetisa quiere hacer con ellas, no cosas estáticas, marmóreas, sino un flujo vivo—valga la redundancia—en que cada ola de pasión amorosa, civil o religiosa constituya el mar ardiente, tumultuoso, rebalsante; costas en que la substancia humana retuerce sus angustias para el pulso recóndito y preciso del sosiego cósmico. Una voz milenaria prende nuevamente sobre la tierra—sobre la liberación de la tierra—y, casi como a hurtadillas del fárrago mundial, desenvuelve ternezas profundas y férvidos clamores de eternidad. Es el grito de los viejos profetas que el acento lírico desparrama sobre la invencible tragedia del hombre; y es asimismo el sollozo de las mujeres de Israel,—Sarah, Rebeca, Lía, Débora, Ruth, la madre de los Macabeos—que distiende el dolor amoroso en afanes de liberación y de vigilia redentora. Unos y otras reconcilian, en la plenitud artística, un sentido de crecimiento y de comprensión irresistibles. Esto ratifica, frente a todos los vientos marítimos y terrestres, una integración espiritual y la medida secreta en que la vida es un propio contenido de perduración.

Juana de Ibarbourou tiene en esta nueva obra suya un reencuentro con su lúcida vitalidad lírica. Echábamos de menos, en estos años trashumantes, aquel arranque creador y liberador que le diera abolengo esclarecido de cantora magnífica. Ese olor a raíces de árboles nuevos que vitalizó su poesía parecía haberse dormido; quizás guardaba la misma entonación, el atrevimiento libre, todo lo que sirvió en ella para magnetizar en torno a su nombre un valor de primera agua en la poesía de América. Pero no era «ella», la fina, ardiente y calurosa poetisa del desenfado pasional y el vigor expresivo. Su verso parecía nacer despojado del júbilo verbal, ensimismado en planos exóticos; como respondiendo a interferencias de una vibración que en otros cantores era varonía y en ella despersonalización. Tanto Juana como Alfonsina Storni han sufrido indudablemente un hechizo temporal: los desvelos del nuevo liris-

mo. No pudieron continuar en esa fascinación, porque pertenecen a otras latitudes estéticas y viven en acentos más hondos. Alfonsina es hoy—lo digo con admiración leal—una desorientada en su propio verso. Hasta hace algunos meses lo ha sido también Juana de Ibarbourou. Por eso, cuanto tiene jerarquía y dignidad de crecimiento lírico auténtico, está en los cantos de las primeras etapas. No hay que culparlas demasiado; es el impulso disociador del tiempo que vivimos, pues líricos ilustres atraviesan por análogos fenómenos. Pero conviene anotar esa desviación de nuestras celebradas poetisas ríoplatenses, porque entraña un hito saludable y una advertencia para otros espíritus.

Ahora concentra Juana de Ibarbourou una plenitud evocativa y expresiva insuperable. Estas estampas bíblicas son vivaces y transparentes poemas de supervivencia espiritual. Se alían en ellos la destreza formal al sentido de reconciliación con el alma; a fuerza de hondura y felicidad han creado una gracia distinta para cada minuto. La tragedia eterna y el dolor de amor están presentes en cierta vigilia de belleza; es el dolor sano y superador de la cosa irremediable. La belleza parece ser, bajo el flúido poético, un nuevo descubrimiento del clamor del hombre de adentro. Esa porfía que, más que angustia de lo que no se tiene, es comprensión de la muerte que hierve en nosotros.

La poetisa uruguaya puntualiza su derrotero categórico. Nos da, con tal motivo, su valentía de antaño. Así, su poesía no es sino autenticidad del crecimiento espiritual de la autora. Habla con palabras porque no puede hablar con otra materia. Mas revela el espíritu en su realidad desnuda; el espíritu que, cada vez más huraño para las formas absurdas de la vida, se vuelca sobre el arte en demanda de la verdad esencial.

Ahora tiene Juana de Ibarbourou un emocionario bíblico y religioso. Vierte en sus páginas, perfumadas y limpias, su



verdadera fisonomía interior. Su voz nace de nuevo con la *mujer* que le pertenece; y nace buscando el sentido integral de la mujer de América, que no puede ser contorsión desatenta de pantalla de cine, sino sangre clamante e impulso de profundidad.—RICARDO TUDELA.

Mendoza, abril de 1935.

## Notas del mes

### Una revista nueva

Ha aparecido el primer número de *La Revista del Pacífico*, magazine que dirige Fernando Santiván. La preocupación de hacer una revista no enteramente literaria, para decir en ella el pensamiento de los escritores, nos parece una buena idea. También la política puede ser una actividad digna de ser examinada por los escritores que se sientan tentados a abordarla. Claro es que la política de alta temperatura; no la política de emboscadas que carece en absoluto de interés entre nosotros, y que ni siquiera debe ser mencionada.

El magazine que nos ocupa, en su primer número, ha obtenido éxito. Es una excelente contribución a la difusión de la literatura nacional y todo lo que contribuya a prestigiar la actividad literaria debe ser aplaudido. Esperamos que esta revista obtenga todo el éxito que se merece. Desde luego existe entre los escritores el propósito decidido de cooperar a su mantenimiento por la colaboración constante acerca de materias no exclusivamente estéticas, que indudablemente no faltarán, sino además, con colaboraciones de carácter nacional, de análisis de la realidad chilena y de otros tópicos que se apartan de la literatura pura. Celebramos la aparición de esta revista y le deseamos una vida larga y fructífera.

### Exposición del libro hispanoamericano.

Para esta exposición que se prepara en Quito y que constituirá uno de los más brillantes torneos americanos, los escritores nacionales preparan ya sus envíos. Con ellos las editoriales chilenas podrán demostrar, en la capital del Ecuador, el grado de perfeccionamiento alcanzado en pocos años. Las editoriales chilenas pueden mostrar con justo orgullo sus ediciones, muchas de las cuales nada tienen que envidiar a las editoriales europeas.

Aparte de estas consideraciones existen otras de alto interés intelectual. El libro chileno mostrará el avance que entre nosotros representa la literatura. Hemos logrado realizar ya un espléndido camino en punto a creación artística. Novelistas, cuentistas, poetas, historiadores, ensayistas, se cuentan entre lo más selecto de América.

Por más que entre nosotros sea costumbre referirse con cierto desdén a lo nacional, lo cierto es que en todos los países de América se reclaman las obras chilenas y se emiten de ellas juicios singularmente interesantes. No lo saben sino los que se preocupan de averiguarlo o los que desean estar al día en esta materia. Para una mayoría que sólo vive de las sensaciones, es probable que sea motivo de asombro saber que los libros chilenos gozan de buena salud en otras partes, son apreciados como se merece y hacen la verdadera labor de difusión y de conocimiento del país, que por otros medios apenas se logra.

La exposición de Quito, organizada por uno de los grupos literarios más interesantes de este continente, el Grupo América, que edita además una de las buenas revistas americanas, con el mismo nombre del grupo, será ésta una confirmación efectiva de su americanidad auténtica y un éxito para todos los escritores que concurren. La literatura ecuatoriana puede juzgarse sin reservas, como una de las más novedosas de América. Está realizando por medio de un grupo selecto de autores jóvenes, una labor de interpretación artística de su país, en extremo in-

terésante. Los nombres de Augusto Arias, Aguilera Malta, Gil Gilbert, Gallegos Lara, Humberto Salvador, Pareja Díez Canseco, Jorge Carrera, Abel Romeo, son ya vastamente conocidos en América y representan el más legítimo grupo de creadores de que puede honrarse una literatura.

La exposición del libro hispanoamericano se inicia el 10 de agosto próximo.

### Conferencias

El Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Concepción, desarrolla una labor interesante en lo que se refiere a la difusión de la cultura. Periódicamente invita a los escritores y hombres de ciencia de la capital para que dicten en ella cursos o conferencias sobre tópicos diversos. En esta forma contribuye prácticamente al acercamiento entre los escritores de la capital y los núcleos de escritores, universitarios y maestros de aquella ciudad, cuya influencia se extiende sobre un gran sector del país.

Ultimamente fueron invitados los escritores Mariano Latorre y Domingo Melfi. El primero desarrolló un tema de alto interés literario. «Bret Harthe y su influencia en la literatura americana», que puede considerarse como uno de los estudios más completos del célebre escritor norteamericano; y el segundo, abordó el tema de las generaciones jóvenes chilenas desde el doble punto de vista literario y político.

En ambos trabajos, que serán publicados en nuestras páginas, los escritores mencionados abordan la realidad chilena en sus aspectos literarios y sociales, contribuyendo al conocimiento de nuestra literatura y de los problemas sociales de mayor calidad.

# NOTAS Y DOCUMENTOS

## MEMORIA DE LA ESCUELA DE CIENCIAS JURIDICAS Y SOCIALES

### ALUMNOS.

Durante el año a que se refiere esta Memoria se matricularon 141 alumnos para seguir los diferentes cursos de la Escuela. Durante 1933, el número de alumnos efectivos matriculados alcanzó solamente a 134.

Esta población escolar estuvo repartida en cuatro cursos, de acuerdo con el plan de estudios correspondiente, que ya ha terminado entre nosotros.

A cada uno de los cursos indicados correspondió, durante 1934, la siguiente matrícula:

I año .....	63 alumnos
II año .....	30 »
III año .....	31 »
IV año .....	17 »
<hr/>	
Total .....	141 alumnos

De estos 141 alumnos matriculados, fueron presentados a examen 128, contra 109 en 1933.

## PLAN DE ESTUDIOS.

Como se dijo en la Memoria anterior, los estudios en esta Escuela se desarrollarían durante 1934 con arreglo al nuevo plan de cinco años, que ha introducido modificaciones de importancia con respecto a los planes anteriores.

El último curso de cuatro años, que acaba de terminar, puso de manifiesto que los estudios jurídicos y sociales no pueden hacerse con éxito en un plazo tan angustiado, manteniendo el mismo número de asignaturas que habían venido figurando desde tanto tiempo distribuidas en un plan que duraba cinco años. Quedó demostrado, sobre todo, que el plan de cuatro años no era compatible con el funcionamiento de los Seminarios de investigación, pues los alumnos carecían del tiempo y del reposo necesarios para dedicarse a este género de estudios.

## «REVISTA DE DERECHO».

Ha seguido publicándose regularmente y llega ya a su N.º 10. Me es agradable dejar constancia de la aceptación que ella ha encontrado en el público, hasta el punto de que algunas ediciones se hayan agotado por completo, colocándonos en situación de no poder satisfacer a los pedidos de ciertos ejemplares que continuamente se nos solicitan para completar colecciones.

Nuestra Revista es vendida en todas las ciudades importantes de la República y mantiene canjes y correspondencia con otras similares del extranjero.

Tiene actualmente abierto un concurso sobre un importante tema jurídico y es de creer que no faltarán interesados por tomar parte en él. Es este el primer ensayo que la Facultad hace con el propósito de interesar a los hombres del foro en el estudio de asuntos que interesen a la profesión, y si, como lo creemos, alcanzamos éxito en esta oportunidad, se orga-

nizarán después otros certámenes de mayor importancia, en forma de que, por este medio, se estimule eficazmente el espíritu de estudio y de investigación entre abogados y profesores.

#### SEMINARIOS.

Ha seguido, durante 1934, la tarea de organización y perfeccionamiento de esta importante repartición de la Escuela. El señor Director de este servicio le ha consagrado toda la atención necesaria y los resultados obtenidos, si no son aún plenamente satisfactorios, marcan un progreso considerable respecto a lo que antes se había hecho en esta materia.

Durante el último período escolar, los trabajos desarrollados por el Instituto de Enseñanza Práctica consistieron en la atención del Consultorio gratuito y en comentarios sobre sentencias o casos de interés práctico planteados para su solución.

El número de sesiones celebradas alcanzó a 137, bajo la dirección inmediata de cuatro ayudantes y con la asistencia de cuarenta y cuatro alumnos. Durante esas sesiones se confeccionaron 734 fichas; pero hubo otros trabajos de que no quedó constancia en ellas, por tratarse de leyes especiales o que no admitían esta forma de exposición.

Por un acuerdo especial con el Consejo Provincial del Colegio de Abogados, el Instituto controló el trabajo de práctica que debe ser hecho por los alumnos que estén en situación de obtener su título profesional.

El señor Director del Instituto hace notar los inconvenientes de todo orden que acarrea para el buen funcionamiento de los servicios el hecho de que el local del Consultorio se halle separado de la Biblioteca de la Escuela, circunstancia que dificulta mucho o hace imposible, con mucha frecuencia, disponer en el momento oportuno de los libros que es necesario tener a la vista para la mejor realización de los trabajos. Felizmente, esta desfavorable situación lleva camino de terminar pronto,

pues en el edificio que actualmente se construye para la Escuela, se contará con todas las salas y dependencias necesarias para el cómodo funcionamiento de clases y seminarios.

## MEMORIA DE LA ESCUELA DENTAL

La Escuela Dental ha desarrollado, durante el año 1934 ppdo., en forma normal y altamente satisfactoria las actividades que le son propias dentro del rodaje universitario, distinguiéndose especialmente por su eficiente enseñanza y bien marcado espíritu de investigación científica.

Los servicios ya organizados y algunos de reciente creación han permitido dar a esos estudios un alto valor pedagógico y ofrecen atención rápida y expedita en las diversas reparticiones que proporcionan al público servicios de carácter profesional.

En este orden de actividades el Instituto ha auspiciado conferencias dictadas por miembros de la Sociedad y de la Asociación Odontológicas y por el personal docente del establecimiento.

### TRABAJOS PRÁCTICOS EJECUTADOS EN LAS DIVERSAS CLÍNICAS

#### *Clínica de Operatoria.*

Incrustaciones.....	813
Porcelanas .....	241
Orificaciones .....	30
Amalgamas .....	436
Inlays comb. ....	172
Tratamientos .....	30
Inlays acolite .....	334



*Clínica de Prótesis.*

Placas totales.....	70
Placas parciales.....	100
Aparato contención de fractura .	10
Reparaciones de placa.....	9
Piezas de cerámica.....	12

*Clínica de Coronas y Puentes.*

Puentes.....	70
Coronas Richmond.....	17
Coronas metálicas.....	14
Coronas Davis.....	30
Coronas fundas.....	15
Reparaciones.....	6

*Clínica de Cirugía.*

Extracciones.....	5,340
-------------------	-------

TRABAJOS EFECTUADOS EN EL DEPARTAMENTO DE RADIODONCIA

Radiografías dentales.....	3,005
Radiografías craneales.....	24
Radiografías particulares.....	235

*Trabajos efectuados:*

Por el alumno señor Guillermo Pórter:

Fotografías.....	5
Copias.....	40

## Por el alumno señor Vera:

Copias .....	105
--------------	-----

## Por el alumno señor Bórquez:

Diapositivos .....	45
--------------------	----

Copias .....	350
--------------	-----

## Por el alumno señor Echeverría:

Fotos .....	33
-------------	----

Copias .....	230
--------------	-----

## Por la alemana, señorita Pontony:

Diapositivos .....	5
--------------------	---

Copias .....	35
--------------	----

## Por el alumno señor Graf:

Copias .....	390
--------------	-----

Fotos .....	10
-------------	----

Diapositivos .....	29
--------------------	----

## Por el alumno señor Barroso:

Copias .....	255
--------------	-----

## Por la alumna, señorita Pollarolo:

Diapositivos .....	24
--------------------	----

Copias .....	240
--------------	-----

## MEMORIA DE LA ESCUELA DE MEDICINA

### FUNCIONAMIENTO.

Los distintos cursos de esta Escuela funcionaron regularmente en sus diferentes locales.

Se terminó la construcción del Instituto de Biología General y se empezó a habilitarlo, pudiendo así durante el año 1935, funcionar en el nuevo edificio el curso de Biología Médica y Dental, el curso de Parasitología y el de Química Biológica.

Fuera de esto, el Instituto de Biología continuará normalmente labores de investigación con instalaciones modernas y apropiadas.

### MOVIMIENTO DE ALUMNOS.

Fué el siguiente:

Cursos	Matric. Gral.	Retirados	Matric. efectiva
Año I.....	75	8	67
Año II .....	45	4	41
Año III .....	27	2	25
Año IV.....	31	1	30
Totales.....	178	15	163

### EXÁMENES.

El resultado de los exámenes fué el siguiente:

AÑOS DE ESTUDIOS	N.º de alumnos	Inscritos a exámenes de Diciembre	Aprobados	Inscritos a exámenes de Marzo	Aprobado	% Promovidos
<i>Primer Año:</i>						
Química General...	67	52	37	23	7	65
Física. ....	67	6	5	52	21	38
Biología. ....	67	54	7	51	23	44
Botánica. ....	67	60	45	12	7	77
<i>Segundo Año:</i>						
Anatomía. ....	41	17	13	35	10	56
Histología. ....	41	35	14	30	16	73
Fisiología. ....	41	26	18	25	11	70
Parasitología. ....	41	38	12	31	20	78
<i>Tercer Año:</i>						
Patología General ..	25	25	24	3	2	100
Bacteriología. ....	25	22	17	7	7	96
Cirugía. ....	25	25	24	3	1	100
Química Biológica ..	25	22	20	5	3	92
<i>Cuarto Año:</i>						
Anatomía Patológica	30	24	23	3	3	86
Patología Interna ...	30	22	17	7	7	80
Patología Externa .	30	21	19	5	5	80
Farmacología. ....	30	24	23	2	2	83

INVENTARIOS GENERALES.

Los inventarios practicados han arrojado las siguientes cifras:

Institutos Patológico .....	\$ 177,967.99
Instituto de Biología .....	53,146.94
Instituto de Histología.....	101,134.72
Instituto de Anatomía .....	71,183.46
Instituto de Bacteriología.....	53,279.69
Cirugía.....	24,066.32
Clínica Médica .....	54,533.99
Clínica Quirúrgica .....	8,434.81
Varios (Instituto Anatomía) .....	116,776.85
<hr/>	
Total .....	\$ 691,915.94

LABORATORIOS CENTRALES E INSTITUTOS.

A continuación doy cuenta del funcionamiento de ellos:

CLÍNICA MÉDICA.

El personal de esta Clínica es el siguiente:

Dr. Guillermo Grant Benavente, Profesor.

Dr. Carlos Valenzuela Carvallo, Jefe de Clínica.

Dr. Domingo Puga Monsalves, Ayudante de planta.

Dr. Ivar Hermansen Pereira, Ayudante de planta.

Dr. Humberto Jara Aqueveque, Ayudante ad-honórem.

Dra. Teresa Vivaldi Laura, Ayudante de Laboratorio.

Dr. Alberto Moena Gómez, Ayudante de Laboratorio.

Srta. María Bruna Silva, Enfermera, y

Srta. María Salazar, Enfermera Estadística.

Esta Clínica ha seguido desarrollando su labor eficientemente. Las investigaciones y observaciones clínicas, de más relieve, se publicaron durante el año en un anuario, con el siguiente sumario:

Dr. Gmo. Grant B.: «Consideraciones acerca de la gran proporción de colessterina que encierran las grasas alimenticias en Chile y su probable intervención en la frecuencia de la colelitis».

Dr. Carlos Valenzuela C.: «Algunos casos de neumonías crónicas».

Dr. Domingo Puga M.: «Aneurisma de la aorta que simula un aneurisma de la arteria pulmonar».

Dr. Eduardo Viñals M.: «Comentario sobre un caso de anemia acompañado de anasarca».

Dra. Teresa Vivaldi L.: «Un caso de tuberculoma del cerebro».

Dr. Domingo Puga e interno Roberto Fuentealba: «Dos observaciones de ictericia crónica por obstrucción».

Dr. Carlos Valenzuela C.: «Un caso de neurorecidiva».

#### CLÍNICA QUIRÚRGICA.

El personal de esta Clínica es el siguiente:

Dr. René Ríos Guzmán, Profesor.

Dr. Darío Pulgar A., Jefe de Clínica.

Dr. Ignacio González G., Ayudante.

Dr. Raúl Molina B., Ayudante.

Dr. Néstor Ide P., Ayudante ad-honórem

Srta. Margot Bossel, Estadística.

Srta. Rosalía Aravena, Enfermera, y

Srta. Julia Godoy G., Enfermera.

La labor desarrollada por esta Clínica se condensa principalmente en el anuario publicado durante el año, con el siguiente sumario:

Estadística General del servicio de los años 1930 al 1933.

Dr. René Ríos G.: «Experiencia quirúrgica del drenaje abdominal en las peritonitis generalizadas de origen apendicular».

Dr. Ignacio González G.: «Algunas consideraciones sobre cirugía biliar».

Dr. Néstor Ide P.: «Una observación del cáncer del recto».

Dr. Ignacio González G.: «Consideraciones sobre el tratamiento de las fracturas expuestas de los miembros».

Dr. Ignacio González G.: «Un caso de mioma infectado».

Dr. Ignacio González y Dentista René Louvel: «Un caso de herida complicada de la cara».

Dr. José M. Reyes N.: «La Fisiopatología de las fracturas y su reducción mediante anestesia local».

La labor docente se cumplió ampliamente en forma muy satisfactoria.

\* \* \*

Los demás cursos del programa de estudios de esta Escuela se han desarrollado normalmente; las clases de Patología General, a cargo del Dr. Ricardo 2.º Burmeister, se han dictado en el Instituto de Anatomía Patológica, haciendo dos clases semanales de carácter teórico y una tercera destinada a demostrar prácticamente al alumno, frente al enfermo, en intervenciones quirúrgicas oportunas, en preparaciones macro y microscópicas, los conocimientos adquiridos en las anteriores; las clases de Patología Quirúrgica, a cargo del Profesor, Dr. Enrique González Pastor, se han dictado en el Hospital San Juan de Dios, y las demostraciones y lecciones se han completado con radiografías, historias clínicas y exámenes de laboratorio; las

clases de Farmacología experimental, durante este año las hizo el Profesor Dr. Alejandro Lipschütz, mientras se resuelve definitivamente acerca de la situación de esta cátedra.

#### INSTITUTO DE ANATOMÍA PATOLÓGICA.

Gracias a las grandes ventajas que proporcionan las instalaciones modernas del nuevo edificio del Instituto, la labor científica ha aumentado en forma considerable. Así se han hecho ocho memorias para optar al título de médico cirujano, o sea, más del doble del año 1933. El Museo pudo aumentarse hasta el respetable número de 500 hermosas preparaciones. También la colección microscópica cuenta hoy día con más de 200 preparaciones provenientes del material investigado en el Instituto. Se comenzó una serie de diapositivos tomados de piezas macroscópicas o preparaciones microscópicas.

Las investigaciones microscópicas, es decir, las biopsias, enviadas de los hospitales de Concepción y de otras parte del sur del país, se han mantenido más o menos igual que el año 33, entre 400 y 500. Las autopsias practicadas llegaron casi a 300. La discreta disminución se debe a algunos inconvenientes técnicos imprevistos y a enfermedades del personal.

Después de más de 3 años de un trabajo abnegado e infatigable, se fué a Alemania la preparadora técnica señorita Welker, la que ha sido reemplazada por la señorita Jorinde Lehmus.

En vista del aumento progresivo del trabajo y de los numerosos nuevos problemas relacionados con la investigación científica y la enseñanza, fué creado un nuevo puesto de Laboratorista, ocupado por la señorita Irene Paetz. También por la gran extensión del nuevo Instituto fué necesario el puesto de un segundo mozo, ocupado por el señor Miguel Cabezas.

En el personal del Instituto se han presentado algunos cambios y actualmente se compone de las siguientes personas:



Dr. Ernesto Herzog, Profesor y Director.

Dr. Manuel Sanhueza, Jefe de Trabajos.

Dr. Rubén Oyarzún, Ayudante 1.º

Dr. Aurelio Moena G., Ayudante 2.º

Srta. Jorinde Lehmus, Preparador técnico 1.º

Srta. Irene Paetz, Laboratorista, y

Srta. Gisela Ramdohr, Secretaria.

*Enseñanza.*—Las comodidades del nuevo Instituto son excelentes y sus modernísimas instalaciones han quedado ampliamente demostradas en las clases teóricas y cursos prácticos para los alumnos.

*Investigación científica.*—Como se ve en la lista de publicaciones científicas del año 1934, se nota un considerable aumento que se debe al gran entusiasmo y a la infatigable labor de los colaboradores, como asimismo a las excelentes condiciones para el trabajo que ofrece este nuevo Instituto.

Así, se ha comenzado con la publicación de las contribuciones a la Patología Geográfica de Chile y con extensos estudios sobre el tifus exantemático, aprovechando el grande y único material de la epidemia de los dos últimos años, fuera de otros temas interesantes.

*Distinción.*—El Director del Instituto fué invitado al V Congreso Nacional de Medicina en Rosario, Argentina, celebrado del 2 al 9 de Septiembre de 1934; y gracias a la entusiasta y generosa ayuda del Honorable Directorio de la Universidad de Concepción, pudo asistir a este Congreso, como delegado y presentar algunos trabajos científicos. En esta misma ocasión, tuvo el honor de presidir varias veces en la sección de anatomía patológica del Congreso de Rosario. Además, el Director fué invitado al II Congreso de la Sociedad Internacional de Patología Geográfica en Utrecht, Holanda (Julio de 1934) y para el Con-

greso de la Sociedad Alemana de anátomo-patólogos en Rostock (Abril 1934).

*Conferencias.*—El Director del Instituto dictó varias conferencias científicas en el Hospital San Borja de Santiago y en el V Congreso Nacional de Medicina en Rosario (Argentina); y también dió otra el Doctor Sanhueza, Jefe de Trabajos del Departamento Relaciones Nacionales e Internacionales. Se mantuvieron, como de costumbre, reuniones periódicas con los señores prosectores de los Hospitales de Santiago y Valparaíso.

El Instituto pudo aumentar en forma notable sus relaciones científicas y canje de publicaciones de la misma índole con numerosos institutos universitarios de América del Sur y de numerosos países del mundo. Debe mencionarse, en primer lugar, la excelente acogida que encontró el Director del Instituto entre sus colegas argentinos, con ocasión de su viaje como Delegado de la Universidad de Concepción al V Congreso Nacional de Medicina en Rosario. Entre el Presidente de la Sociedad Argentina de Patología Regional del Norte y el Director del Instituto, se ha convenido en intensificar las relaciones científicas y amistosas entre los anátomo-patólogos de ambos países, por medio de reuniones anuales que se efectuarán en Chile o Argentina.

*Labor social.*—También en el año 1934, numerosos enfermos de los Hospitales y Clínicas de Concepción, y de las ciudades del sur del país, obtuvieron beneficios por las investigaciones de las biopsias practicadas en el Laboratorio del Cáncer, agregado al Instituto. Existe el propósito de aumentar las actividades de esta Institución, como una de las medidas más eficaces en la lucha contra el cáncer.

*Biblioteca.*—Gracias a la amabilidad y generosidad del Dr. Aureliano Oyarzún, Profesor jubilado de Anatomía Patológica en Santiago, recibimos como regalo precioso numerosos libros

de gran valor histórico, como por ejemplo: Morgagni, Cruveilhier, Bichat, Rokitansky, Virchow, Cohnheim, von Recklinghausen, Orth, Baumgarten, Grawitz, Jacob, Bollinger, Frerichs, Hanot; además un libro sobre el más antiguo documento de la Medicina, el «Papyrus Ebers», un tomo de una de las más famosas escuelas de medicina de Salerno (Italia) del año 1612 y un poema sobre el «Morbus Gálicus» de Hieronymus Fracastorius.

También al Dr. Louvel debemos el regalo del «Compendio de Anatomía Patológica General y especial», de Peruzzi.

Por todos estos regalos quedamos sumamente agradecidos.

La colección de apartados que ha llegado de todas partes del mundo y que pertenecen a la biblioteca particular del Profesor, ha aumentado en forma considerable hasta más o menos 2,000 ejemplares.

La biblioteca fué frecuentada muchas veces por los Ayudantes del Instituto, por los memoristas, estudiantes y médicos, como también por colegas de Santiago.

#### PUBLICACIONES CIENTÍFICAS 1934

*E. Herzog:*

- 1) Alteraciones histopatológicas del sistema nervioso vegetativo periférico en el tifus exantemático. En prensa: Archivos chilenos de Morfología. Tomo II.
- 2) Anatomía e histología del tifus exantemático en Chile. Trabajo presentado en el V Congreso Nacional de Rosario. Argentina. Septiembre 1934. En prensa: Actas y trabajos del V Congreso Nacional de Medicina de Rosario, Argentina 1934.
- 3) Alteraciones del sistema nervioso simpático y en especial tumores. Trabajo presentado en Rosario 1934. En prensa: Actas y Trabajos del V Congreso Nacional de Medicina en Rosario, Argentina 1934.

- 4) La tuberculosis pulmonar del adulto según los nuevos conceptos. Trabajo presentado en Rosario. En prensa. Actas y Trabajos del V Congreso Nacional de Medicina de Rosario, Argentina 1934.
- 5) Formas y localizaciones de la tuberculosis pulmonar según los nuevos conceptos. En prensa: Actualidad Médica Mundial, Buenos Aires 1935.
- 6) Das neue pathologische Institut in Concepción, Chile. En prensa: Contralblatt der allg. Patholo. Bd. 62-1935.
- 7) Un centro de los científicos de todos los países en Berlín. Atenea año XI. Tomo 28, 1934.

*M. Sanhueza:*

- 8) «Algunas consideraciones sobre la tuberculosis pulmonar del adulto». Conferencia dada por el Dr. Manuel Sanhueza, Jefe de Trabajos de este Instituto, con motivo de las Conferencias de Asistencia Social realizadas en esta ciudad y publicada en su boletín.

*A. Moena:*

- 9) Frecuencia y mortalidad por tumores malignos en la provincia de Concepción. 1.º Contribución a la Patología Geográfica de Chile. Memoria para optar al título de médico cirujano. Santiago 1934. Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción, Tomo VII.

*R. Petersen:*

- 10) Forma y frecuencia de la cirrosis hepática en Concepción. 2.º Contribución a la Patología Geográfica en Chile. Memoria para optar al título de médico cirujano. Santiago 1934. Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción. Tomo II.

*L. Suazo F.:*

- 11) Estudio sobre la frecuencia y forma anátomo-patológicas del bocio en Concepción. 3.º Contribución a la Patología Geográfica de Chile. Memoria para optar al título

de médico cirujano. Santiago 1934. Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción. Tomo VII.

A. Holtheuer:

- 12) Frecuencia y formas patológicas de la tuberculosis pulmonar en Concepción. 4.º Contribución a la Patología Geográfica de Chile. Memoria para optar al título de médico cirujano. Santiago 1934.

#### INSTITUTO DE HISTOLOGÍA.

El personal del Instituto se compone de las personas siguientes:

Dr. Carlos Henckel, Profesor y Director.

Dr. Oscar Soenksen, Jefe de Trabajos.

Dr. José Dall'Borgo, Ayudante.

Sra. Cora H. de Cantler, Laboratorista, y

Srta. Teresa Stoehwing, Preparador técnico.

*Enseñanza.*—En el año 1934 han sido dictados los cursos siguientes:

- 1) Curso teórico de Histología para el segundo año de medicina y primer año de la Escuela Dental: 6 horas semanales.

- 2) Curso práctico de Histología para el segundo año de medicina: 4 horas semanales.

- 3) Curso práctico de Histología para el primer año de la Escuela Dental: 2 horas semanales.

- 4) Curso teórico de Embriología humana para el segundo año de medicina: 2 horas semanales.

*Investigación científica.*—Durante el año se prosiguió el estudio sistemático de las estructuras funcionales, especialmente en los tejidos de sostén. Además se hicieron varios trabajos sobre Anatomía e Histología de la cavidad bucal (véase Memo-

rias). Con interés especial se continuaron las investigaciones sobre Antropología física del país.

*Memorias.*—En el curso del año 1934 trabajaron en la confección de memorias los señores J. Weldt, C. Vera, R. Barroso y L. Miranda. Se presentaron las memorias siguientes:

*Jorge Weldt:*

- 1) «Sobre el relieve del paladar en 100 individuos de la población de Concepción». Tesis para optar al título de Dentista de la Universidad de Chile.

*Carlos Vera:*

- 2) «Sobre la anatomía microscópica de las crestas palatinas en el hombre, y en algunos mamíferos». Tesis para optar al título de Dentista de la Universidad de Chile.

*Rogelio Barroso:*

- 3) «Sobre la histogénesis de las crestas palatinas». Tesis para optar al título de Dentista de la Universidad de Chile.

*Luis Miranda:*

- 4) «Sobre la herencia de algunos caracteres morfológicos de la dentadura y del relieve palatino según observaciones en gemelos». Tesis para optar al título de Dentista de la Universidad de Chile.

*Relaciones nacionales e internacionales.*—Además de fomentar las relaciones científicas dentro del país, el Instituto ha seguido ocupándose en ampliar las relaciones con numerosas instituciones análogas de las Américas y de Europa.

Como huésped científico del Instituto llegó en el mes de Octubre de 1934, el Dr. Hans Schaeuble, enviado especialmente por el Instituto de Antropología «Kaiser Wilhelm» de Berlín-Dahlem, para colaborar con el Director de las investigaciones antropológicas. Conforme al plan general de estas investigaciones

ya desde el mes de Noviembre de 1934, se encuentran realizando observaciones somatológicas en la Araucanía.

*Distinciones.*—El Director del Instituto ha sido nombrado miembro de la Comisión de Estudios sobre la Isla de Pascua, en la Sección Etnología. Además, como miembro fundador de la Sociedad Anatómica Luso-Ibero-Americana, fué invitado al I Congreso de esa Sociedad, que se celebrará en Lisboa (Portugal) en el mes de Septiembre de 1935.

*Publicaciones científicas.*—Durante el año 1934 han sido publicados los trabajos siguientes:

*K. O. Henckel:*

- 1) «Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: II. Sobre cráneos encontrados en el conchal Darwin de Talcahuano». Bol. Soc. Biol. Concepción VII.
- 2) «Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: III. La disposición de las crestas papilares de las falangitas en los indígenas de la provincia de Cautín. Bol. Soc. Biol. Concepción VII.
- 3) «Beitrage zur Anthropologie Chiles. III. Ueber die Papillarlinienmuster der Fingerbeeren bei Indianern der Provinz Cautín». Z. Morph. Anthr. 34.
- 4) Octava edición de Pfitzner Leitfaden für Situsübungen an der Leiche. Leipzig und Wien.

En prensa se encuentran los siguientes trabajos:

*K. O. Henckel:*

- 1) «Sobre la estructura funcional del esqueleto cartilaginoso de la laringe». Arch. Chil. Morf.

*Jorge Weldt.:*

- 2) «Beitraege zur Anthropologie Chiles. IV. Das Gaumenrelief von 100 Einwohnern der Stadt Concepción». Z. Morph. Anthr.

*K. O. Henckel:*

- 3) «Sobre Hipetricosis congénita en trillizas univitelinas». Rev. Méd. Lat. Am.
- 4) «La Histología y la Embriología en la Facultad de Medicina de Concepción (Chile). Arqu. Anat.

*Rogelio Barroso y Carlos Vera:*

- 5) «Sobre la anatomía microscópica y la histogénesis de las crestas palatinas en el hombre y en algunos mamíferos». Bol. Soc. Biol. Concepción VIII.

*Jorge Weldt:*

- 6) «Contribuciones al estudio de la Antropología Chilena: IV. Sobre el relieve del paladar en 100 individuos de la población de Concepción». Bol. Soc. Biol. Concepción VIII.

*K. O. Henckel:*

- 7) «Hypotrichosis congenita bei eineigen Drillingen». Klin. Woch.

*Rogelio Barroso und Carlos Vera:*

- 8) «Zur Histologie und Histogenese der Gaumenleinten des Menschen und der Saeugetiere». Paradentium.

*K. O. Henckel:*

- 9) «Frecuencia y distribución geográfica de los partos múltiples en Chile». Rev. Méd. Lat. Am.

#### INSTITUTO DE ANATOMÍA DESCRIPTIVA.

Durante el año 1934 se desarrollaron normalmente los cursos de Anatomía Descriptiva que funcionan en este Instituto, pero, con algunos cambios de programa, debidos a la necesidad de descongestionar el segundo año de medicina recargado por la inclusión de la anatomía topográfica.

Así, en el primer año, ha quedado incluida la Angiología que antes se estudiaba sólo parcialmente en este curso.

El curso de Anatomía del primer año de la Escuela Dental



se desarrolló con más holgura que otros años, a causa del aumento en las horas de clases.

En los trabajos prácticos se han introducido algunas modificaciones tendientes a un mejor aprovechamiento del material que, en el presente año, se pondrán en práctica de una manera sistemática.

En el taller de dibujo se trabajó en láminas de Miología, colección que ya se encuentra bastante completa.

El material del museo ha progresado poco, debido a la exigüidad del presupuesto destinado a este fin y a las dificultades para hacer encargos al extranjero. Por esta causa, solamente se ha conseguido reponer el material perdido o gastado y agregar algunos preparados de órganos normales.

Entre otras actividades realizadas durante el año 1934, se encuentra la preparación de algunos trabajos sobre anomalías de partes blandas desarrolladas en forma estadística, huesos supernumerarios del pie y de la mano, etc., en los cuales se trabaja desde principios de 1934.

Se dictó, además, una conferencia en el aula de Clínica Médica del Hospital de San Juana de Dios, que versó sobre la «Anastomosis en el Sistema de las Coronarias».

#### INSTITUTO DE BIOLOGÍA GENERAL.

El personal de este Instituto se compone de las siguientes personas:

Dr. Ottmar Wilhelm, Profesor y Director.

Dr. Eduardo Benavides, Jefe de Trabajos.

Dta. René Louvel, Jefe de Trabajos.

Vacante, Ayudante.

Srta. Ida Stockmeyer, Preparador Técnico, y

Srta. Raquel Bastardt, Preparador Técnico.

*Organización.*—Entre los progresos de orden material, debemos mencionar, en primer lugar, la construcción del edificio para el Instituto de Biología General que fué entregado en Octubre de 1934.

*Investigaciones científicas.*—Durante el año 1934 se han proseguido las investigaciones, especialmente las referentes a algunos problemas de Parasitología Humana, como la Ankilostomiasis, el Sodoku y el Tifus exantemático.

*Conferencias y publicaciones.*—Una parte de los resultados de estos trabajos de Parasitología, de aplicación práctica en la medicina y en relación con los problemas Médico-Sociales fueron dados a conocer en la «Reunión Regional de Concepción de la Asociación Chilena de Asistencia Social» celebrada en Concepción el 30 de Junio de 1934.

*Publicaciones.*—Durante el año 1934 se publicaron los siguientes trabajos:

*O. Wilhelm:*

- 1) «Epidemiología y Propilaxos de la Ankilostomiasis en la Provincia de Concepción.  
(Un problema médico-social y de higiene industrial).  
Revista de Asistencia Social (Nueva serie de la revista de Beneficencia Pública). Tomo 3, N.º 3, Santiago de Chile, Septiembre 1934.
- 2) «Los primeros casos de Sodoku en Chile, producidos por la Spirochaeta Morsus Muris o Spirella Morsis Muris». Boletín del Servicio Nacional de Salubridad, N.º 8, Julio 1934.

*Viaje de estudio.*—Las vacaciones de Septiembre fueron aprovechadas en obtener material científico en la Isla de Pascua para el Museo del Instituto.

A la gentileza y al entusiasmo del distinguido comandante del buque Escuela «General Baquedano» de la Armada Nacional, capitán de fragata don Arturo Young Ward, fué posible hacer un viaje sumamente provechoso, científicamente considerado.

Desde luego, gracias a la pericia del Comandante, fué posible desembarcar también en la Isla de Sala y Gómez, hecho que no se había practicado desde hacía muchos decenios. En esta isla esporádica pudo recogerse un material científico interesante, principalmente ornitológico, que abunda en ella.

El material geológico de la Isla de Sala y Gómez, como de Pascua, fué estudiado en el Instituto de Biología por el señor Folke, quien ha elaborado un valioso informe sobre el particular.

En la Isla de Pascua se recogió un abundante material zoológico y se practicaron excavaciones tanto para la colección de material antropológico, como para recoger fauna bípoga que tiene para las investigaciones de Pascua un interés especial. Además, el buzo de la nave extrajo un importante material de Biología Marina.

En la isla de Pascua, el Director del Instituto tuvo ocasión de conocer a los distinguidos miembros de la comisión científica franco-belga, representada por los eminentes sabios Prof. Alfredo Metraux y Prof. Henri Lavanchery, quienes han realizado una serie de trascendentales estudios en Pascua. A estos dos distinguidos hombres de ciencia debe agradecerseles también el material que obsequiaron para el Instituto de Biología.

*Relaciones científicas internacionales.*—Como en años anteriores, el Instituto ha mantenido el canje de reimpresiones con los Institutos similares en Europa, Norteamérica y las Universidades Latinoamericanas.

*Listinciones.*—El profesor fué agraciado con el premio Marcial Martínez, por sus trabajos de Parasitología, premio que

le fué otorgado y entregado por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en Octubre de 1934.

*Actividades docentes.*—Como en los años anteriores, el Profesor ha desempeñado las cátedras de Biología General para el primer año de Medicina, el primero de la Escuela Dental y la cátedra de Parasitología Humana para los alumnos del segundo año de Medicina.

Cada uno de estos tres cursos funcionaron con sus correspondientes trabajos prácticos y cursos de técnica microscópica.

#### INSTITUTO DE FISIOLOGÍA.

La memoria de este plantel es presentada directamente por su Director.





Editores: RUIZ HERMANOS, Madrid - NICOLA ZANICHELLI, Bologna  
FELIX ALCAN, París - AKADEMISCHE VERLAGSGESELLSCHAFT m. b. H., Leipzig  
DAVID NUTT, London - G. E. STECHERT & Co., New York  
F. MACHADO & Co., Porto - THE MARUZEN COMPANY, Tokyo

1934                      Año 28                      Revista Internacional de Síntesis Científica  
"SCIENTIA"                      Publicación mensual. (Cada cuaderno de 100 a 120 páginas)  
Directores: F. Bottazzi - G. Bruni - F. Enriques  
Secretario General: Dott. Paolo Bonetti

**Es la única Revista** que tiene verdaderamente colaboradores en todo el mundo.  
**Es la única Revista** de difusión mundial.

**Es la única Revista** de síntesis y de unificación de la ciencia que trata todas las cuestiones fundamentales de todas las ciencias: matemática, astronomía, geología, física, química, biología, psicología, etnología, lingüística; de historia de las ciencias; y de filosofía científica.

**Es la única Revista** que, por medio de investigaciones entre los más eminentes sabios y escritores de todas las naciones, (*Sobre los principios filosóficos de las diferentes ciencias; Sobre las más importantes cuestiones astronómicas y físicas del día; Sobre la contribución de los diferentes países al desarrollo de los ramos de la ciencia; Sobre las más grandes cuestiones biológicas, etc., etc.*), estudia todos los problemas fundamentales que llamen la atención de los sabios y de los intelectuales de todo el mundo, y en el mismo tiempo constituye la primera tentativa de organización internacional del movimiento filosófico y científico.

**Es la única Revista** que puede tener en calidad de colaboradores a todos los más ilustres sabios del mundo.

Los estudios se publican en la lengua natural de sus autores, y en cada cuaderno está adjunto un Suplemento, llevando la traducción francesa de todos los estudios cuyo original no es francés. Por esto, la Revista puede ser leída aún por los que conocen tan sólo el idioma francés. (*Pídanse cuadernos gratuitos de ensayo al Secretario General de «Scientia», Milano, enviando—a título de reembolso de los gastos de correo y envío—50 céntimos de sellos postales del país de origen.*)

PRECIO DE SUSCRIPCION: L. 1.50

Fuertes rebajas se conceden a los que suscriben a más de una anualidad

Se pidan informes directamente a "SCIENTIA" Via A. De Togni, 12 - Milano 116 (Italia)

## Atenea

Se ruega a los escritores nacionales e iberoamericanos enviar sus obras a esta Revista, en cuyas páginas daremos cuenta en notas bibliográficas y críticas

Dirección para estos envíos:

EDIFICIO LA MUTUAL DE LA  
ARMADA Y EL EJERCITO

4.º Piso — Oficina 22

SANTIAGO DE CHILE

**Distribuidores:**

**EDITORIAL NASCIMENTO**  
**SANTIAGO · CHILE · CONCEPCION**  
Ahumada 125                      Barros Arana 800

MCD 2018











MOD. 2018